
Entre
las
brechas
del
silencio
Puede protegerla de todos... excepto de sí mismo
Melanie Wade

ENTRE LAS BRECHAS DEL SILENCIO

Puede protegerte de todos, excepto de ti mismo

Melanie Wade

Copyright © 2025

DEDICATORIA

A mi familia, por ser mi refugio de amor, fortaleza y serenidad. Gracias por confiar en mí, incluso en los momentos en que yo misma flaqueaba.

Por cada gesto de ánimo, y por recordarme que unidos somos capaces de vencer cualquier obstáculo.

Este libro es tanto vuestro como mío, porque vuestro apoyo ha sido el pilar fundamental para hacerlo realidad.

.

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12



Capítulo 1

Mansión de los Morgan, Westchester. Agosto, 2023

Lunes

La puerta blindada del vestíbulo se cerró con un leve clic metálico. El eco no había terminado de desvanecerse, cuando la voz de Victoria Morgan llenó el aire con su habitual mezcla de entusiasmo y autoridad.

—Casey, cariño. Ya ha llegado tu nuevo guardaespaldas.

Desde la parte alta de la escalinata de mármol blanco, unos pasos descalzos descendieron con ritmo perezoso. Casey apareció con unos shorts deportivos. Un top ajustado, que dejaba ver los abdominales marcados por el entrenamiento, y su pelo rubio platino, natural, recogido en una coleta improvisada. Llevaba una botella de agua en la mano y las gotas de sudor aún brillaban en su clavícula. Su mirada azul recorrió la escena con interés… hasta que se detuvo en él.

Estaba de pie junto a Michael, el jefe de seguridad de la mansión. Dimitri Volkov era un bloque de músculos de casi dos metros. Llevaba un traje hecho a medida, que se ajustaba a su cuerpo y marcaba su imponente figura. Era muy rubio, con el pelo corto por los lados y algo más largo en la parte superior. Un corte tipo militar. Tremendamente serio.

Casey entrecerró los ojos un instante, como si calculara su índice de masa corporal con la mirada. Después ladeó la cabeza,

encantadoramente insolente.

—¿Papá ha contratado a un armario nórdico? —preguntó, con voz perfectamente audible desde la escalera—. ¿Es de Ikea o viene con manual de instrucciones?

Michael disimuló una sonrisa y Victoria se aclaró la garganta con elegancia.

—Casey… —advirtió la madre.

Dimitri no se inmutó. Ni un tic. Ni un parpadeo fuera de lugar. Cuando habló, lo hizo con una voz grave y seca, como si la frase hubiese sido calibrada al milímetro.

—Estoy aquí para protegerla. No para entretenerla —dijo, con un ligero acento que ella no pudo precisar.

Casey apoyó un codo en la barandilla y lo observó desde su trono de mármol, como una reina moderna examinando a su nuevo gladiador.

—¿Eres siempre tan cálido, o solo cuando te sacan de quicio?

—Siempre —dijo él, sin pestañear.

Casey sonrió, con esa mezcla de ironía y encanto que confundía a extraños y desarmaba a enemigos. Bajó los últimos escalones sin prisa, dejando que el silencio se llenara de tensión.

—Entonces vamos a llevarnos de maravilla. A mí me encantan los hombres imposibles.

En ese momento intervino el jefe de seguridad.

—El señor Dimitri Volkov se incorpora hoy como responsable de su seguridad personal, señorita Morgan —dijo Michael, intentando

mantener el tono profesional.

Ella bajó el último escalón sin prisa, ladeando la cabeza. «Es soviético, coño», pensó.

—¿Responsable de mi seguridad? Pensaba que eso lo hacían los hombres de negro que se pasean por el jardín con pinganillos y cara de póker.

—También, pero, a partir de hoy, él se encargará de coordinar todo eso. Y de acompañarla —añadió Michael—. En sus desplazamientos, salidas, reuniones…

—¿También en mis citas? —interrumpió Casey, sin dejar de mirar a Dimitri.

Él no parpadeó. Ni una mueca, ni un gesto de incomodidad. Solo la observó. Desde los pies descalzos hasta los preciosos ojos azules que lo miraban.

—Solo si su seguridad está en riesgo —respondió el ruso.

Su inglés tenía un acento apenas perceptible y su voz era grave, casi metálica.

Casey enarcó una ceja.

—Qué suerte. No me gustaría tener que cancelarlas. Yo soy Casey Morgan, la criatura que va a sacarte de quicio en menos de una semana —dijo, y le ofreció la mano con fingida inocencia.

Él tardó un segundo en aceptar el gesto. Aunque su mano era firme y grande, no apretó más de lo necesario.

—Dimitri Volkov —dijo, sin adornos.

Al momento, soltó su mano, como si el contacto hubiese sido innecesario. Casey se lo quedó mirando, le dedicó una sonrisa, y dio media vuelta, hacia la cocina.

—Bienvenido al circo, Dimitri Volkov. Espero que te gusten los leones.

Él le sostuvo la mirada con una intensidad que habría aterrorizado a más de un hombre armado, pero a Casey solo le provocó un cosquilleo en la nuca.

Antes de atravesar el marco de la puerta, se detuvo.

—Salgo hacia Manhattan en media hora. Ponte algo que no grite «seguridad internacional contratada por millonarios paranoicos». Ah… y no andes como un rinoceronte. No quiero ser perseguida por un tipo que camina como si estuviera en un desfile militar.

Dimitri no dijo nada.

Pero Michael, que solo conocía a Dimitri desde hacía tres horas, hubiera jurado que el ruso acababa de esbozar, muy, muy sutilmente, algo que podría describirse como una sonrisa. O tal vez fue solo una sombra.

Michael pensó que aquel tipo era casi inhumano.

Café y verdades a media voz

Casey abrió la puerta de cristal de la cocina y caminó directo a la cafetera de cápsulas, como si estuviera en modo automático. Programó el Nespresso, dejó la botella de agua sobre la encimera y se apoyó en la isla central, sin decir una palabra.

Victoria apareció segundos después, impecable incluso con su bata de seda color marfil. Llevaba el moño alto, las uñas recién hechas y un leve aroma a rosa y menta. Observó a su hija sin necesidad de hablar. Conocía esa postura: hombros tensos, la mandíbula relajada, aunque solo en apariencia, y la mirada fija en un punto neutro mientras su mente trabajaba a cien por hora.

—Bueno —dijo, acercándose—. ¿Cuál es tu primera impresión?

Casey soltó un bufido mientras vertía la espuma del café en la taza.

—Fría. Rígida. Letal. Un puto James Bond en versión KGB —dijo sarcástica—. Y con el encanto social de una viga de acero.

—Es ruso, cariño. Allí no fabrican sonrisas de serie —respondió Victoria con una sonrisa divertida.

Casey dio un sorbo al café, se apoyó contra la encimera y cruzó los tobillos.

—¿Por qué tengo que ir escoltada por una mole hipermusculada con cara de «he matado antes del desayuno»? Pensaba que los protocolos de seguridad eran para papá.

—Lo son, y también para nosotras —dijo Victoria, cambiando el tono—. Pero todo cambió cuando tú y Norma decidisteis salir de

aquella discoteca por la puerta trasera. ¿Recuerdas?

La sonrisa irónica de Casey se borró de golpe y desvió la vista.

—No pude ver nada.

—Viste demasiado, Casey —replicó su madre, esta vez más seria—. Un ajuste de cuentas en plena calle. Y tú estabas allí.

—No estaban cerca, ni a tres metros… —murmuró Casey, como si aún le costara creerlo—. Fue demasiado rápido.

—Aun así, sabes que eso cambia las reglas. El tipo al que mataron no era un cualquiera. Se llamaba Freddie Narváez y estaba siendo investigado por la policía. Aunque no hayas dicho una palabra, lo que viste puede ser peligroso.

Victoria rodeó la isla y le puso una mano suave en el brazo.

—Tu padre no se quiere arriesgar. Está preocupado.

—¿Papá lo ha decidido?

—Sí. Llamó a «Sentinel Operative Group Internacional». Es una empresa de seguridad, y tienen contratos con diplomáticos, ejecutivos de alto perfil y algunos gobiernos —dijo Victoria, soltando el aire con calma—. Dimitri Volkov es uno de sus mejores hombres, y solo acepta misiones específicas. Cuando lo hace, nadie se acerca a su cliente sin que él lo sepa.

Casey resopló y se terminó el café de un trago.

—Genial. Entonces ahora tengo una sombra rubia y armada siguiéndome a todas partes. ¿También en el baño?

—Solo si te metes en uno con narcos colombianos —respondió Victoria con toda la naturalidad del mundo.

—No tengo la menor intención. Aunque últimamente los clubes a los que vamos parecen sacados de una peli de Scorsese.

Victoria dejó la taza en el fregadero y se giró hacia ella.

—Sé que odias que te controlen, cielo, pero esto no es un capricho. Es protección. Y papá no lo está negociando.

—Tampoco esperaba que me lo preguntara —replicó Casey, sin rabia, solo con resignación—. Papá da órdenes y mamá las decora.

Victoria inclinó la cabeza y le respondió, de forma seca.

—Me molesta mucho que seas tan insolente cuando tu padre tiene razón.

Se hizo un breve silencio.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esto? —preguntó Casey, mientras tomaba una segunda cápsula de café.

—Lo que sea necesario. Unas semanas. Tal vez más. Dependerá de lo que averigüe la policía. Mientras tanto, tú harás vida normal, pero con una sola norma.

—¿Cuál?

—Volkov manda.

Casey levantó las cejas como si acabaran de pedirle que renunciara a los carbohidratos de por vida.

—¿Ese armario con acento siberiano va a decirme qué hacer?

—Sí. Sobre todo, si quieres seguir viva —afirmó radical—. La información que le han dado a tu padre confirma que existe un peligro real. Ese hombre puede ir a por ti.

Casey tomó aire muy despacio, y luego lo soltó con un suspiro resignado.

—Estupendo. Me encanta tener un frío guardaespaldas con mirada de francotirador. Va a hacer las fiestas mucho más… interesantes.

—No es para fiestas, Casey —dijo Victoria, en tono más grave —. Es para que vuelvas a casa cada noche. Entera.

Ese detalle final no necesitó réplica.

Casey asintió, en silencio. Luego, dejó la taza, cogió su móvil, y se dirigió hacia el hall con paso seguro.

—Voy a darme una ducha, y después me voy a Manhattan — dijo, mientras caminaba hacia la puerta—. Intentaré hacer una vida normal, pero acompañada de mi sombra.

Y añadió, con un último destello de sarcasmo:

—Solo espero que sea capaz de caminar con estilo.

Kilómetros y cuchillas invisibles

Autopista hacia Manhattan. Agosto, 2023. 9:42 h

El Range Rover negro deslizaba sus ruedas sobre el asfalto con suavidad, como si flotara. Dentro, el habitáculo olía a cuero y a lujo.

Dimitri conducía. No con prisas, pero con absoluta precisión. Como si calculara mentalmente la distancia entre cada coche, cada señal, cada semáforo. Llevaba unas gafas de sol muy oscuras, pero Casey sabía, con absoluta certeza, que seguía escaneando el entorno, incluso con los ojos cubiertos. «Un puto robot», pensó.

Ella iba en el asiento del copiloto, con las piernas cruzadas y el móvil en la mano. Vestía unos vaqueros blancos, rotos por la rodilla, una camiseta de tirantes de color lima, gafas de sol de Prada y una coleta baja perfectamente desordenada. Iba maquillada como si no lo estuviera, y cada detalle de su aspecto parecía espontáneo… aunque no lo era.

Llevaban catorce minutos en silencio.

—¿Tienes pensado decir algo, o eres de los que creen que hablar es una debilidad? —preguntó ella, sin mirarlo.

—Depende de con quién —respondió él, sin girar la cabeza.

Casey bajó un poco sus gafas de sol y lo observó como si lo analizara para un informe confidencial.

—Interesante. O sea, que clasificas a la gente. ¿Y yo en qué categoría entro?

—Todavía en evaluación.

La respuesta fue rápida. Imperturbable. Ella mostró una sarcástica sonrisa.

—¿Y eso que implica? ¿Me vas a seguir mirando como si calcularas el perímetro de una zona hostil?

—Esa es la idea.

El coche siguió deslizándose por la autopista, ajeno a la tensión que empezaba a flotar en el aire.

Casey se giró levemente hacia él.

—¿Sabes que podrías decir exactamente las mismas cosas… pero con un mínimo de empatía? No sé, fingir que tienes alma o algo así.

—No me pagan para fingir.

—¿Y para qué te pagan?

—Para evitar que te maten.

Ella chasqueó la lengua, molesta y divertida al mismo tiempo. Apoyó el codo en la ventanilla y lo miró por encima de las gafas.

—No sabes lo aburrido que es que me reduzcan a un posible objetivo.

—Lo sé —dijo él, sin pestañear—. Pero me da igual.

Por un segundo, Casey no supo si estaba indignada o fascinada.

—¿Siempre tan encantador?

—Siempre tan funcional.

Silencio.

Casey bajó la ventanilla y dejó que el aire le moviera el pelo. Por el retrovisor, vio cómo Dimitri controlaba los coches que les seguían. Ni una palabra innecesaria. Ni un gesto de más. Solo ese maldito dominio absoluto.

—¿Y qué haces cuando no estás salvando a hijas de multimillonarios? —preguntó, con voz más neutra.

—Entrenar. Leer. No morir.

—¡Guau! Parece el eslogan de una camiseta deprimente.

—Hablas demasiado —dijo él, girando un segundo la cabeza hacia ella.

—Y tú, demasiado poco.

Otra pausa. El coche cambió de carril con una suavidad que rozaba la arrogancia.

—¿Sabes? —añadió ella, divertida—. Con ese tono, ese acento y ese tamaño, podrías perfectamente ser un villano de película. Uno de esos que parecen invencibles… hasta que la protagonista le planta cara.

—En las películas, la protagonista suele morir en el minuto setenta y tres —replicó Dimitri, seco.

Casey se rio con ganas. Soltó una carcajada que desbarató la frialdad.

—¡Dios! Eres peor que el café sin azúcar.

—Y tú más ruidosa que una alarma de seguridad mal calibrada.

Se miraron un segundo. Solo uno, pero fue suficiente.

Sintieron ese latido que no pertenece al corazón, sino al instinto. Al campo minado que empezaban a pisar.

Y aún faltaban veinte minutos para llegar a Manhattan.

Café, miradas y algo más

The Shops at Columbus Circle, Manhattan. 11:12 h

Desde la barra de la terraza acristalada de la cafetería, Norma los vio llegar y alzó las cejas, como si acabara de ver a Thor entrando por la puerta.

Casey caminaba con su ritmo habitual: elegante, relajado, como si estuviera en una pasarela oculta que solo ella podía ver. Pero no era ella quien captaba todas las miradas. Era él.

Dimitri Volkov caminaba un paso detrás, con un traje oscuro perfectamente cortado, camisa blanca sin corbata y zapatos impecables. Tan recto, tan imponente, tan fuera de lugar entre escaparates, música ambiental y adolescentes con frappuccinos, que parecía insertado digitalmente en el escenario.

—¿Pero qué…? —musitó Norma, alzando sus gafas de sol—. ¿Quién es ese? ¿Y dónde lo has estado escondiendo?

—Vamos a tomar un café, y te lo explico —dijo Casey, divertida.

Caminaron juntas hasta una mesa redonda de mármol. Dimitri, sin preguntar, se quedó en la barra, a unos metros. Desde allí, podía ver toda la cafetería sin girar la cabeza. La camarera, una veinteañera con moño desordenado y labios rojo intenso, tardó exactamente cinco segundos en inclinarse un poco más de lo necesario al atenderlo.

Él no movió un músculo.

—Dime que eso no es tu nuevo entrenador personal, porque me deprimo —dijo Norma, sentándose.

—No. Mucho peor. Es mi nueva sombra.

—¿Sombra?

—Guardaespaldas —dijo Casey, quitándose las gafas—. Un regalo de papá. Con la bendición de mamá y el entusiasmo de cero personas. Incluyéndome.

Norma soltó una carcajada.

—Y entonces, ¿por qué pareces encantada?

—Porque mirar no está prohibido —respondió Casey, tomando el menú—. Además, me sigue a todas partes. Sería una pena no disfrutar de las vistas.

Norma lo miró descaradamente por encima del borde de la carta.

—Madre mía, Casey. Eso no es un guardaespaldas. Es un arma de destrucción masiva.

—Es un trozo de hielo. No sonríe, no habla, no pestañea. Creo que está diseñado para intimidar y repeler sentimientos.

—Pues a mí me está derritiendo —dijo Norma, mordiéndose el labio—. ¿Tiene nombre?

—Dimitri Volkov. Suena a vodka caro, o a cadáveres enterrados bajo el hielo siberiano.

—¡Ay, Dios! ¿Y qué ha hecho para acabar cuidando de ti?

—No lo sé, pero estoy segura de que lo debieron castigar por crímenes de guerra, o algo así.

Ambas se rieron. La camarera volvió a acercarse a él, con dos cafés y un guiño. Dimitri aceptó el suyo, pero no le devolvió la sonrisa. Ni siquiera la mirada. Frío como un archivo militar sellado.

—¿Y duerme en tu casa? —susurró Norma—. Necesito saber si tengo que pasarme… más a menudo.

—De momento, creo que no. No me lo ha dicho. Aunque tengo la sospecha de que duerme colgado boca abajo en un armario, envuelto en su traje.

Volvieron a reírse, pero en ese instante, algo cambió.

Un tipo con una gorra negra y mochila, se acercó demasiado a la mesa. Aunque fingía hablar por el móvil, su mirada saltaba de los bolsos a las tazas, y su cuerpo bloqueaba parte de la salida. Casey lo detectó al segundo, pero no tuvo tiempo de hacer ni decir nada.

Dimitri ya se había levantado.

Aunque nadie lo vio moverse, en tres pasos estuvo junto a ellas. El hombre intentó alejarse, pero Dimitri lo interceptó con una naturalidad inquietante.

—¿Problemas? —preguntó, en voz baja.

El tipo levantó las manos, fingiendo inocencia. Ya era tarde. Dimitri le había arrebatado la mochila, con un gesto seco y sin aparente violencia.

—Señor, no puede estar aquí —intervino un camarero al ver la escena.

Dimitri ignoró al camarero y abrió la mochila. En su interior encontró varios objetos que no coincidían con un cliente normal:

billeteras, una navaja pequeña, y un móvil que aún mostraba la pantalla en modo cámara.

—Te vas por donde has venido —le dijo Dimitri, devolviéndole la mochila y clavando su mirada en él—. O te vas en ambulancia. Elige rápido.

Sin mirar atrás, el tipo se esfumó.

Dimitri, como si nada, volvió a su puesto.

Norma tardó varios segundos en cerrar la boca.

—Casey. En serio. Si no te lo tiras tú, me lo pido yo.

—Te lo regalo —respondió ella, mirando hacia la barra—. Pero tendrás que traerle un informe de antecedentes, un plan de evacuación y prometer que no vas a hablar mientras respiras.

Norma sacó el móvil.

—Voy a escribir sobre esto en mi diario. Querido futuro marido: estabas equivocado. El amor existe. Lleva un traje oscuro y tiene voz de ultratumba.

Casey se rio, pero su sonrisa se desvaneció un poco cuando sus ojos se encontraron durante un segundo con los de Dimitri.

Él la estaba mirando. No de forma evidente, ni con deseo, pero con una intensidad que la hizo sentirse muy segura.

Una que decía sin palabras que estaba allí. Que no le fallaría. Ni una sola vez.

La temperatura no sube, pero algo se quema

Coche oficial, camino de regreso a la mansión de los Morgan. 12:37 h

El silencio dentro del coche se podía cortar. Casey se había quitado las gafas de sol y miraba por la ventana, con una pierna cruzada sobre la otra y el móvil en la mano, sin desbloquear. Dimitri conducía como antes: concentrado, metódico, sin mostrar un solo gesto superfluo.

Ella rompió el silencio.

—¿Siempre interceptas a los carteristas antes de que actúen, o te has levantado especialmente inspirado?

Dimitri no respondió de inmediato. El sol brillaba sobre la calzada y su mirada no abandonaba el retrovisor ni los espejos laterales.

—Si hubiera esperado a que se moviera, te hubiera puesto una navaja junto al muslo —dijo, con la misma voz grave y neutra que usaría un cirujano para describir una incisión.

—Vaya —murmuró ella, sin mirarlo—. ¡Qué encantador! Lástima que no grabáramos el momento. Habría sido viral. Mi guardaespaldas desbarata a un ladrón con una simple mirada.

Él no contestó. Solo giró suavemente el volante para incorporarse a otra avenida, sin alterar la velocidad.

Casey suspiró, cansada de los monólogos.

—¿Vas a decir algo más, o solo hablas cuando hay amenaza de muerte?

—Solo cuando es necesario.

—¿Y lo de antes lo era?

Dimitri la miró un segundo. Nada más que un segundo. Luego volvió a mirar al frente.

—Lo de antes fue un aviso. No para él. Para ti.

—¿Para mí?

—Te relajas demasiado en público. Miras, sonríes, y hablas alto, y tu entorno cambia mientras lo haces. Eso te hace visible y predecible.

Casey entornó los ojos, más intrigada que ofendida.

—¿Y cuál sería tu consejo, «sabio señor de hielo»?

—Aprende a moverte, pero sin exponerte. A observar, sin ser el centro de atención. Si no puedes cambiar tu estilo, cambia tu estrategia.

—Interesante. Así que, además de estatua funcional, eres entrenador personal de supervivencia social.

Dimitri no reaccionó. No parecía molesto. Era una estatua de hielo.

—No soy tu amigo, señorita Morgan. No estoy aquí para agradarte.

—No, si eso ya me ha quedado claro —murmuró ella, mirando por la ventanilla—. Te doy las gracias, por cierto. Por lo de antes. Aunque supongo que vas a decirme que no hace falta.

—No hace falta —replicó él, sin una pizca de ironía.

Silencio.

Un coche cambió de carril frente a ellos. Dimitri frenó y volvió a tomar distancia. Ni un gesto brusco. Ni una queja. Casey lo miró de reojo. Se fijó en su perfil. La mandíbula firme y el cuello tenso. En la forma en que apoyaba las manos en el volante, como si cada centímetro de su cuerpo estuviera entrenado para resistir, reaccionar y contener.

¿Siempre era así? ¿Siempre estaba en absoluto control? ¿Siempre era tan frío?

Pero no dijo nada.

—¿Qué tal si ponemos música? —sugirió.

—No.

Ella se rio por lo bajo.

—¿Prefieres que cante yo?

—Tal vez sea mejor poner la radio —admitió Dimitri.

Casey apoyó la cabeza contra el cristal y cerró los ojos, sin borrar la sonrisa que se le acababa de escapar.

Sabía que no le iba a decir nada más.

Pero también sabía que la forma en que Dimitri la ignoraba… decía más que muchas palabras.

Presencias inesperadas

Mansión de los Morgan, Westchester. 14:09 h

El Range Rover se detuvo en la suave curva que daba acceso al garaje techado. Casey, aun con el cinturón abrochado, frunció el ceño al ver un coche que no debería estar allí: un sedán negro, discreto pero imponente, con el emblema de la empresa de su padre.

—¿Papá? —murmuró, con una mezcla de sorpresa y entusiasmo.

No era habitual que William Morgan se presentara entre semana sin avisar. Salvo que algo importante estuviera ocurriendo, entre reuniones en la sede de Morgan Capital, videoconferencias con Tokio y comités en Zúrich, sus visitas a Westchester eran cuidadosamente planificadas.

Antes de que Dimitri pudiera abrirle la puerta, ella bajó del coche. Él descendió también, en silencio, escaneando el entorno como si el peligro pudiera esconderse tras los setos perfectamente recortados.

—¿Esperabas a tu padre? —preguntó, en voz baja.

—No. Pero si ha venido… es por algo —respondió ella, caminando con paso firme hacia la entrada principal.

Al cruzar el vestíbulo, lo vio en el salón acristalado. Estaba de pie, junto a una escultura africana que él mismo había elegido en un viaje a Namibia. Era alto, de porte elegante, con el cabello canoso peinado hacia atrás y un traje azul medianoche perfectamente

entallado. Tenía las manos cruzadas tras la espalda y la expresión grave. Al verla, su rostro se iluminó con una discreta sonrisa.

—Hola, cielo —dijo William Morgan, abriendo los brazos.

—Papá —respondió ella, caminando hacia él sin pensarlo.

El abrazo fue breve, pero real. De esos que no necesitan duración para causar efecto. Ella se separó y lo miró, con unos ojos azules idénticos a los suyos.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

William le acarició el hombro con suavidad y luego miró más allá de ella, hacia el hombre que esperaba, firme y en silencio, a pocos pasos de la entrada.

—Usted debe ser el señor Volkov.

Dimitri asintió levemente.

—Señor Morgan.

William se acercó y le tendió la mano con firmeza.

—He leído su historial. Excepcional. Es un honor tenerlo en casa. Mi esposa me ha hablado de usted. Y créame, no es de las personas que se impresiona con facilidad.

—La seguridad de su hija es lo más importante —respondió Dimitri, con esa calma glacial que parecía grabada en su ADN—. Mientras esté bajo mi protección, no le ocurrirá nada.

William asintió.

No dijo «confío en usted», pero lo pensó. Y Dimitri lo entendió.

* * *

La comida fue servida treinta minutos después, en el comedor principal. Mesa ovalada, mantelería blanca bordada, cubertería de plata antigua. Solo tres cubiertos. Victoria, William y Casey. Dimitri, como ya le habían indicado, comía con el personal de seguridad, en el ala del servicio.

Mientras Casey removía la ensalada de quinoa con aguacate, miró a su padre con atención.

—¿Por qué no me habías dicho que venías a comer? ¿Qué pasa, papá?

William dejó la copa sobre el mantel, con delicadeza, y se pasó una mano por la barbilla antes de hablar.

—Después del café… vendrá a casa el inspector que lleva tu caso. Necesita interrogarte en profundidad, por lo de la otra noche.

—¿Interrogarme? ¿Cómo si fuera sospechosa?

—Fuiste testigo directa de un crimen vinculado a redes criminales. Se lo toman muy en serio, y nosotros también deberíamos hacerlo.

Victoria apoyó suavemente su mano sobre la de Casey.

—No es para asustarte, cielo, pero no es una simple anécdota. Lo que presenciaste fue un asesinato.

—¿Creéis que puedo estar en peligro?

Antes de contestar, William intercambió una mirada breve con su esposa.

—Preferimos no subestimar la situación, por eso te asignamos a Volkov. Fue oficial en las fuerzas especiales rusas, con misiones en Siria, Ucrania, Afganistán… Tiene formación en infiltración, defensa táctica, tiro de precisión. Y, lo más importante, una hoja de servicio sin errores.

Casey bajó la vista a su plato.

—Ya veo. Así que soy una especie de princesa rodeada de minas personales.

—Eres mi hija —dijo William con una cariñosa sonrisa—. Y también mi legado. No importa cuánto poder tengamos, si no puedo proteger lo que más valoro.

Ella se lo quedó mirando, sin decir nada. Sabía que su padre no solía hablar así. Lo suyo eran números, operaciones, balances, pero esa última frase… venía del hombre, no del CEO. Eso la turbó.

Desde el comedor, a través de la puerta entreabierta, Casey pudo ver la silueta de Dimitri. Estaba en la zona de servicio, rodeado de dos empleados y de uno de los escoltas de la casa. Comía sin hablar, como si masticar fuera otra forma de vigilar. Aunque estaba sentado, su espalda seguía recta, en alerta, como si esperara una orden que podría llegar en cualquier momento.

Frío. Preciso. Silencioso.

Un guardaespaldas que no hablaba de su pasado, no hacía preguntas… y no cometía errores.

Casey apartó la mirada, pero no la idea.

Algo había cambiado en su vida, y Dimitri Volkov… era una pieza clave del nuevo tablero.

Preguntas con intención

Mansión de los Morgan, Westchester. 16:02 h

El sonido de los neumáticos sobre la grava anunció la llegada del coche oficial. Casey, desde el gran ventanal del salón, observó cómo se abrían las puertas y bajaban dos figuras vestidas de paisano. Tenían ese aire inconfundible de autoridad que no se compra con un traje caro.

El primero en entrar fue el inspector Nathaniel Keene. Era alto, de unos treinta y cinco años, y cuerpo estilizado. Su pelo era negro y lo llevaba peinado hacia atrás. Tenía un mechón rebelde en la frente y unos ojos verdes como el jade. Traía la chaqueta del traje al hombro y las mangas de la camisa azul oscuro remangadas hasta los antebrazos. Sin corbata. Nada en él gritaba policía, pero todo lo murmuraba.

Detrás de él iba su compañera, la inspectora Valerie Ross. Era morena, delgada y atlética. Bajo una americana oscura, llevaba unos vaqueros negros ajustados y una camiseta sin mangas. Tenía su pelo castaño cortado al ras, como un militar, y se movía con una energía casi felina.

—Inspector Keene. Inspectora Ross —los saludó William Morgan con firmeza—. Bienvenidos. Mi hija los está esperando.

Casey se adelantó y estrechó ambas manos con cortesía. No sonrió, pero tampoco evitó el contacto visual. Solo quería que aquello terminara lo antes posible.

—Gracias por venir —dijo.

—Gracias por recibirnos —contestó Keene, con una voz clara y directa—. Prometemos robarle poco tiempo.

Victoria los invitó a pasar al despacho privado, un espacio acogedor con paneles de roble, butacas de cuero y una mesa central para reuniones. Dimitri ya estaba allí, de pie junto a la puerta, con su traje perfecto y una expresión fría.

Antes de dirigirse a él, Keene lo miró con atención.

—¿Dimitri Volkov?

—Inspector.

—He oído su nombre en boca de gente muy competente —dijo Keene, tendiéndole la mano—. Un placer trabajar con alguien como usted.

Dimitri asintió sin añadir más.

—Supongo que el señor Volkov tiene autorización para asistir al interrogatorio —dio por sentado William, mientras cerraba la puerta —. Para ajustar los protocolos de seguridad de Casey, necesita conocer todos los detalles.

—Por supuesto —respondió Valerie—. Aunque no lleve placa, lo trataremos con el mismo respeto profesional que a cualquier otro operativo.

Se sentaron. Casey cruzó las piernas con naturalidad, intentando que no se notara el nudo que empezaba a apretarle la garganta. Keene abrió una pequeña libreta y sacó una grabadora portátil. La colocó sobre la mesa y pulsó el botón. El piloto rojo parpadeó.

—Este es el interrogatorio oficial a la señorita Casey Morgan, testigo presencial de un homicidio ocurrido el pasado viernes en las inmediaciones del Club Nox, en Manhattan. Presente en la sala: inspector Nathaniel Keene, agente Valerie Ross, y el señor Dimitri Volkov, responsable de la seguridad personal de la testigo.

Hizo una pequeña pausa y miró a Casey.

—Señorita Morgan, sabemos que ya hizo una declaración preliminar la misma noche del asesinato, pero hoy necesitamos detalles más precisos. Cuéntenos, por favor, su versión de los hechos. Desde el principio. ¿A qué hora llegaron, usted y su amiga Norma, al Club Nox?

—Sobre las doce menos cuarto —respondió Casey, sin vacilar.

—¿Y permanecieron allí hasta el momento del incidente?

—Sí. Estuvimos toda la noche bailando. Tomamos varias copas. Cuando nos cansamos, decidimos salir.

—¿Por la puerta principal?

—No. Por la trasera.

Valerie alzó la mirada de su libreta.

—¿Por qué?

Casey dudó un segundo y luego se encogió de hombros, con gesto despreocupado.

—Si salíamos por delante, teníamos que pasar frente a un tipo que llevaba toda la noche siguiéndome con la mirada, acercándose demasiado, diciendo cosas. Uno de esos que no entienden una negativa, aunque se la deletrees en ruso.

Dimitri no se movió, pero su mirada se clavó en ella con intensidad.

Keene frunció levemente el ceño.

—¿Recuerda su aspecto?

—Camiseta blanca, barba desordenada, más o menos de mi edad, creo. Unos veintiséis años. O estaba muy borracho, o muy convencido de que tenía derecho a tocar a quien quisiera.

—¿Le habló? ¿La tocó?

—Sí, varias veces. Nada escandaloso, pero… molesto. Invasivo.

—¿Y el personal del local no intervino?

—¿En Nox? —preguntó Casey, riendo—. En ese club, mientras pagues la botella de tres cifras, puedes hacer el pino sin pantalones. Intervenir es malo para el consumo.

Valerie anotó algo. Keene la observaba con la calma de un cirujano antes de abrir.

—¿Y fue por eso por lo que decidieron salir por la puerta trasera?

—Sí. Mi amiga Norma insistió, y yo tampoco tenía ganas de enfrentarme a un idiota borracho a las tres de la mañana. Dimos la vuelta por el pasillo del personal. Hay una salida trasera junto a los cubos de basura. La conocemos porque hemos ido muchas veces a ese lugar.

—¿Y entonces?

—Entonces… lo vi.

Empezó a relatar la situación.

* * *

Tres días antes…

Club Nox. 03:07 h

La música sonaba como un corazón fuera de control. Luces estroboscópicas, humo artificial, cuerpos sudados moviéndose entre copas y risas. El DJ acababa de lanzar un remix de house francés y la pista vibraba como una jungla en pleno trance. Club Nox no era solo una discoteca, sino un santuario para noctámbulos de élite. Una mezcla de lujo, caos y excesos cuidadosamente maquillados.

Casey estaba apoyada en la barra mientras terminaba su segunda copa de vodka con lima, y Norma apareció a su lado con el gesto tenso.

—Casey, lo tienes a tu espalda otra vez. Al de la camiseta blanca.

—¿En serio? —dijo ella, cerrando los ojos con fastidio.

—No deja de mirarte. Tiene pinta de ser un obseso.

Casey se giró un poco, lo suficiente para ver al tipo. Tenía barba de varios días, una mirada torpe y persistente, y una sonrisa que habría encajado mejor en una ficha policial que en una pista de baile. Notó cómo la escaneaba de arriba abajo, como si tuviera derecho a ello.

—¡Qué asco! —murmuró Casey—. No me gusta nada ese tipo.

—¿Nos vamos? —sugirió Norma, bajando la voz—. Podemos salir por atrás. Paso de cruzarme con ese neandertal.

—Sí. Estoy cansada y mi paciencia ya se ha agotado.

Salieron por el pasillo lateral, un corredor estrecho que olía a desinfectante barato y a cocina industrial. Al fondo, una puerta metálica daba al callejón trasero, donde estaban los cubos de basura.

Cuando empujaron la hoja, el cambio fue brutal. Silencio. Niebla urbana y el zumbido lejano de las sirenas. Unas bolsas abiertas junto a los contenedores y farolas que apenas daban luz.

—Dios, qué glamour —murmuró Casey.

—Ríete, pero al menos aquí no hay babosos— susurró Norma mientras empezaba a andar hacia la salida del callejón y se alejaba de ella.

En ese momento, Casey oyó un golpe sordo y un grito. Giró la cabeza hacia el sonido y lo vio. A unos cinco metros, junto al muro de ladrillo, había un hombre alto, vestido con una sudadera negra con capucha. Llevaba unas gafas de sol, algo que le extrañó, y tenía agarrado a otro sujeto por el cuello, contra la pared.

Y entonces, Casey vio que en el antebrazo que usaba para sujetar al otro hombre, el izquierdo, llevaba un tatuaje en la parte interior. Era pequeño y rojo, unas letras que no pudo apreciar. Solo fue un flash, pero se le quedó grabado.

El tipo de la capucha parecía tranquilo. Casi demasiado. El otro, en cambio, pataleaba con desesperación. Estaba jadeando e intentaba gritar. Se oía con claridad.

—¡No, tío, no! ¡Espera! ¡Puedo explicarlo! ¡No fui yo!

Casey no se movió. Un escalofrío le recorrió la espalda. Lo sintió incluso por encima del sudor.

Y entonces, ocurrió. El hombre de la sudadera metió la mano en el bolsillo delantero, sacó algo que brilló en la oscuridad, y lo hundió en el abdomen del otro sujeto. Una… Dos… Tres… Cuatro veces.

Puñaladas directas y limpias. Sin frenesí, pero con precisión. La víctima dejó de luchar y cayó al suelo, como un saco.

—¡Dios mío! —chilló Casey.

Norma, que ya se había alejado unos metros, se detuvo en seco.

—¿Qué demonios…? —murmuró.

El tipo se giró hacia ella, aunque solo un instante. Cubierto en parte por las gafas y la capucha, Casey no pudo verle bien el rostro, pero le pareció joven, cerca de los treinta años.

El asesino dudó durante una fracción de segundo, y luego salió corriendo hacia la otra calle. Desapareció entre la niebla, dejando tras de sí la sangrienta escena.

Norma se acercó, temblando.

—¿Está muerto?

Casey no respondió. Solo podía ver el cuerpo y la sangre, que empezaba a extenderse por el cemento.

Y el tatuaje. Ese maldito tatuaje que no había llegado a ver con claridad. Tomó el móvil y llamó a emergencias.

* * *

Silencio.

Keene no dijo nada. Solo esperó.

Casey tragó saliva. Por primera vez, sus dedos jugaron con el anillo que llevaba en el índice.

—¿No pudo ver su rostro?

—No. Estaba de espaldas, y en sombras. Pero recuerdo su silueta, y sus movimientos… Fue como una ejecución. Limpia. Sin ruido. Sin emoción.

Dimitri asintió una sola vez. Como si aquella información encajara perfectamente en una categoría mental que él conocía.

Keene la observó unos segundos. Después apagó la grabadora.

—Gracias. Su información nos puede ayudar.

Se levantó, y tendió la mano.

—Estaremos en contacto. Y señor Volkov… —añadió, mirando al ruso—. Cuídela. Ese hombre es peligroso.

Dimitri asintió.

—Ese es mi trabajo. No se preocupe.

Cuando salieron, Casey se dejó caer de nuevo en el sillón y cerró los ojos por un instante.

—¿Ya está? —preguntó en voz baja.

Dimitri no respondió. Solo la miró en silencio. Y pensó que no.

Aquello no se había acabado.



Capítulo 2

Bajo vigilancia

Mansión de los Morgan, Westchester. Terraza sur. 22:41 h

La noche era cálida. Desde la terraza de piedra, rodeada por macetas de jazmín y farolillos, el jardín se extendía como una mancha oscura y perfecta hasta donde ya no alcanzaba la luz.

Casey estaba sentada en una tumbona, con las piernas cruzadas y un vaso de agua con hielo entre las manos. Llevaba un pantalón corto de algodón, y una camiseta ancha con el logotipo de una antigua banda de rock. El pelo suelto, mojado aún por la ducha, y las uñas recién pintadas de rojo.

No oyó su llegada. Dimitri no caminaba, se desplazaba como si el suelo fuera un silencioso tapiz. Apareció con su eterna calma: pantalón negro, camiseta oscura, y una Tablet bajo el brazo. Se detuvo a escasos dos metros.

—Señorita Morgan —saludó.

—¿No duermes nunca? —preguntó ella sin moverse.

—Me quedaré en la casa, en la habitación contigua a la tuya.

—¡Qué detalle! —murmuró ella—. Ya me siento como una estrella del pop en plena gira paranoica.

Dimitri la miró, ignorando su sarcasmo.

—Debes saber que estoy de guardia las veinticuatro horas —añadió él, sin alterarse—. Si te sientes amenazada, o notas algo

fuera de lugar, debes avisarme. De inmediato.

—Perfecto. Me tendrás que dar tu número de emergencia. ¿Quieres que te ponga en favoritos, junto al sushi a domicilio?

Dimitri ignoró su sarcasmo. Sacó su móvil y se lo tendió.

—Necesito el tuyo. Para tenerte localizada si hay que evacuar, o hacer un seguimiento.

—¿También vas a ponerme una pulsera de vigilancia en el tobillo?

—No hará falta. Con esta aplicación será suficiente.

Le mostró la pantalla. Un mapa. Un icono de usuario. Geolocalización precisa.

—No suelo compartir mi ubicación con gente que me da más miedo que confianza —murmuró ella, sin coger el teléfono.

—Yo tampoco. Pero es necesario.

—¿Vas a espiarme? —preguntó sorprendida.

—Voy a protegerte.

—¿Aunque no quiera? —Lo miró con cierto descaro.

—Aunque no lo entiendas.

Casey tomó aire y estiró el cuello, con resignación teatral.

—Ay, Volkov… algún día vas a descubrir el concepto de consentimiento. Es revolucionario.

Él no se inmutó.

—Necesito que instales la app. Ahora.

—¿Puedo al menos ponerle un nombre gracioso al icono? Tipo «Hombre de Hielo», o «Mi acosador ruso favorito».

—Hazlo. No te juzgaré.

—No… pero me vas a seguir hasta en sueños, ¿verdad?

—Solo si te escapas por la ventana.

Ella se levantó, caminó hasta él, y cogió el móvil. Sus dedos rozaron los suyos al desbloquear la pantalla, pero él no se movió.

Instaló la aplicación y escribió su número. Con un suspiro de mártir, aceptó los permisos de rastreo.

—Ya está. Ahora puedes ver dónde estoy en cada momento, incluso cuando esté en el baño —dijo sarcástica—. ¡Qué emocionante!

—Solo lo haré, si no estás en casa cuando deberías estar —dijo, guardando el dispositivo.

—Siempre tan específico.

—Siempre tan funcional.

Casey lo miró un instante. Su rostro seguía siendo una muralla. Sin grietas. Ni una emoción fuera de lugar.

—¿Eres así todo el tiempo? —preguntó en voz baja—. ¿O solo cuando estás trabajando?

Dimitri la miró con esa intensidad tranquila que no se aprendía en cursos. Era parte de él. Como el silencio. Como la sombra.

—No estoy aquí para hablar de mí —respondió, y se giró para regresar a la casa.

Casey lo observó alejarse y cruzar la terraza. Ni rápido ni lento. Suspiró y dio otro sorbo al agua.

—Fantástico. No tengo un guardaespaldas, sino un satélite de espionaje con patas.

Y volvió a mirar el jardín. Pero en el fondo sabía que, esa sombra que tanto la irritaba… podía ser lo único que la mantuviera fuera de ese supuesto peligro.

Análisis táctico

Mansión de los Morgan, Westchester. Dormitorio de Dimitri. 23:03 h

Su habitación era muy amplia, con una enorme cama, un armario empotrado de espejo y una puerta de cristal que daba a una gran terraza. Tenía un cuarto de baño que podría estar en cualquiera de los hoteles de lujo en los que se alojaba cuando realizaba alguna misión de protección a algún político, diplomático, o empresario. Había una mesa de escritorio donde su portátil negro emitía un brillo tenue. La única luz provenía de la pantalla.

Dimitri se sentó en la silla, con la espalda recta y el cuerpo aún alerta, como si no supiera lo que significaba la palabra «descanso».

Tecleó su contraseña, y el sistema de la agencia se abrió. Buscó la carpeta asignada al caso Morgan. Clasificada, acceso restringido. Entró.

Ficha: Casey Elizabeth Morgan.

Fecha de nacimiento: 5 de julio de 1997. Edad actual: 26 años.

Residencia principal: Westchester, NY.

Segundo domicilio: Upper West Side, Manhattan.

Nacionalidad: Estadounidense. Idiomas: inglés, francés, español. Nociones de alemán y ruso.

Dimitri dejó que sus ojos se deslizasen por los datos básicos. Procesaba en silencio, sin mover un músculo. Todo lo que leía se convertía en un archivo mental. Imágenes, secuencias, posibles escenarios.

«Tiene dos residencias, alto perfil, y movimientos imprevisibles. Demasiada tendencia a la independencia. Será difícil acotar sus rutinas sin que oponga resistencia», pensó.

Siguió leyendo.

Formación académica:

Grado en Economía Financiera – Harvard.

Grado en Matemáticas y Estadística – NYU Stern.

Máster en Corporate Finance – HEC París.

En la actualidad, año sabático antes de ingresar en el holding familiar.

Hizo un leve movimiento con su ceja izquierda, apenas perceptible.

«Es más brillante de lo que aparenta. Bastante más. Tiene dos grados y un máster de élite. Sin duda, es una enemiga natural de lo rutinario».

Pasó a la descripción física.

1,72 m. Complexión atlética. Rubia platino. Ojos azules. Estilo elegante-informal. Imagen cuidada, pero casual.

Recordó su silueta cruzando el jardín por la tarde, con aquella camiseta vieja y los pies descalzos. El modo en que se reía sin miedo, el tono de burla constante y su negativa inicial a instalar la app de rastreo.

«No le gusta sentirse controlada, pero accede cuando lo entiende como lógico. No se rinde, sino que calcula», comprendió.

Deslizó el cursor hasta la sección de personalidad, con el informe psicológico. Continuó leyendo los datos de la ficha.

- Carácter: extrovertida, coqueta, provocadora. Altísimo cociente intelectual. Usa su imagen frívola como barrera social.
- No tolera la arrogancia. Desafía a quien intenta imponerse por jerarquía.
- Manipulación emocional: capaz de leer y ajustar su comportamiento para obtener ventaja o protección.

Se apoyó en el respaldo de la silla y cerró un momento los ojos.

«Es consciente de su efecto y sabe controlar el escenario. Incluso cuando parece desubicada, está observando y analizando», se dijo a sí mismo.

Abrió el apartado de habilidades.

Informática muy avanzada. Atletismo. Boxeo recreativo. Inteligencia emocional aguda. Capacidad estratégica.

Marcó varias notas mentales. Era un perfil que requería constante atención, pero también respeto operativo.

«Sabe más de lo que dice. Y oculta más de lo que muestra».

Volvió a mirar la pantalla. Una fotografía. Casey en una entrega de premios en Columbia, con un vestido rojo y una deslumbrante sonrisa, flanqueada por ejecutivos. En otra, subida a una roca durante una ruta de escalada. Pelo recogido y expresión salvaje.

Una combinación explosiva: cerebro, físico, y cero tolerancia a la sumisión. El tipo de objetivo que no necesitaba un

guardaespaldas, sino un estratega.

Cerró el archivo. El portátil emitió un leve pitido. Todo quedó en negro y lo cerró.

Dimitri se levantó, fue hasta la terraza y observó el jardín en penumbra. Bajo la luz de la luna, todo parecía tranquilo.

Pero él sabía que la calma rara vez era más que una tregua. Volvió a sentarse. No para dormir. Se quedó ahí. Pensando. Organizando. Calculando.

Y repitiéndose una única frase, como un recordatorio profesional: «No confíes. Ni en los aliados, ni en los rostros bonitos», concluyó.

Las sombras también dejan huella

El silencio del ala este era absoluto. Casey cerró la puerta de su habitación con un leve clic, se descalzó y caminó descalza sobre la alfombra hasta el escritorio. Aquel día había sido muy largo, y su mente… estaba demasiado inquieta.

Encendió el portátil y la pantalla iluminó su rostro con un resplandor azul, casi fantasmal. Abrió una carpeta sin nombre en el escritorio, protegida por tres capas de cifrado que muy pocos sabrían romper. No era una hacker profesional, al menos sobre el papel, pero lo podría haber sido si le interesara ese mundo.

Escribió: «Dimitri Volkov».

Tecleó un par de comandos y accedió a bases de datos no oficiales, archivos cruzados y fuentes anónimas. Desbloqueó lo que Google jamás mostraría.

—¿Quién eres, soldadito de plomo?

Decenas de páginas comenzaron a desplegarse ante ella. Algunas tan limpias como si hubieran sido escritas por un funcionario soviético con fobia a los adjetivos. Otras, apenas párrafos, escondidos en foros enterrados, hilos antiguos, o artículos de reporteros freelance que nunca llegaron a publicarse en medios importantes.

Lo primero que apareció fue lo obvio.

Nombre completo: Dimitri Alekséyevich Volkov

Edad: 37 años

Nacido en: Vladivostok, Rusia

Idiomas: ruso, inglés, francés, árabe, alemán

Residencia legal en EE. UU. con Green Card

Profesión actual: seguridad privada de élite

«Nada especial», pensó. Frunció los labios, impaciente. Tecleó más rápido. Ahí fue cuando empezaron a surgir los fragmentos interesantes.

Una fotografía desenfocada en un reportaje sobre escoltas en zonas de conflicto. En la esquina inferior izquierda, casi perdido entre sombras y humo, estaba él. Con ropa táctica, el rostro cubierto de polvo… y esos malditos ojos helados. Casey amplió la imagen.

«Está frío como el hielo. ¿Quién coño se mantiene así de impasible en mitad de un tiroteo?».

Luego encontró lo que buscaba: comentarios en foros militares. Firmas anónimas. Códigos de usuario sin avatar.

«El ruso del GRU que nunca sangra».

«Volkov. Lo vi una vez en Siria. Se movía como si ya supiera quién iba a morir antes de que dispararan».

«Lo llaman el que no falla. Y no es solo por puntería…».

Casey tragó saliva. Sus dedos se deslizaron sobre el trackpad del portátil.

«Así que eras de los Spetsnaz. Un puto oficial. Y no cualquiera…, sino uno de esos que no dejan huella, ¿eh? Maldita sea».

Encontró otra pista en un blog borrado de forma torpe, cuya caché aún conservaba parte del contenido. Un rescate diplomático

en el norte de África. Un convoy interceptado. Cuatro cuerpos. Un superviviente.

«Gracias a un agente externo de seguridad —D. Volkoff, de nacionalidad rusa— el rehén fue recuperado ileso».

Los ojos de Casey se entrecerraron. El apellido estaba mal transcrito, pero la descripción física encajaba. Lo más inquietante fue una frase al pie de una nota:

«Uno de esos tipos que te protegen como si nada les importara, pero que matarían por ti sin dudarlo».

Cerró el navegador y se quedó un instante mirando el reflejo de la pantalla apagada.

—No hay nada personal… Ninguna red social, ni una sola imagen familiar. Cero vida real. Solo registros de muerte y silencio.

Apoyó la espalda contra la silla. Su camisón de seda se pegó a la piel aún cálida por la ducha.

«¿Y si todo esto es solo la superficie? ¿Y si lo más peligroso de ti no es lo que ocultas, sino lo que controlas?».

Aun así, algo en esa frialdad le atraía. No era solo su físico: era su forma de hablar, de observar… de existir.

«Como si las sombras no lo siguieran… sino que fueran parte de él».

Movió el ratón y apagó el sistema. Cerró el portátil con suavidad.

—Buenas noches, Dimitri Alekséyevich Volkov —murmuró, sin poder evitar una sonrisa—. Nos vemos mañana… pero esta vez, sabré mucho más de ti.

Medianoche entre sombras

El ventilador del techo giraba en silencio y lanzaba tenues destellos sobre las paredes del dormitorio. Envuelta en el perfume de las sábanas recién cambiadas y el leve zumbido del jardín a lo lejos, el sueño de Casey era profundo. Pero entonces, todo cambió.

Oscuridad. Pasillos largos. Voces.

—¡Norma, corre! —gritaba ella en la pesadilla.

Las luces parpadeaban. Un pitido agudo. La humedad le calaba los pies descalzos. Escaleras. El sonido metálico de una navaja al abrirse.

Y allí estaba él. El tipo de la sudadera.

Las gafas negras. El tatuaje rojo.

Una sombra con forma humana.

Gritó. Corrió. La sangre de Norma le salpicó el rostro.

Y entonces, vio dos fríos ojos azules que la observaban entre la niebla.

Dimitri.

—¡NO!

Se incorporó de golpe, jadeando, con el corazón golpeando las costillas como un tambor de guerra. La camiseta de tirantes se le pegaba al pecho, sudada. Una gota le resbaló por la sien.

Se llevó la mano a la boca.

«No es real. No es real…», se dijo.

Miró el reloj digital junto a la cama. 03:12 h.

Apretó los ojos. Sentía la garganta seca y los latidos le retumbaban en los oídos. El sueño había sido tan vívido que aún le temblaban los dedos.

Ese tatuaje. Lo había vuelto a ver.

Se levantó. Caminó hasta la ventana y descorrió la cortina. Aunque el jardín permanecía quieto como una pintura, ahí estaba él. Vio una silueta a lo lejos, junto a la verja, inmóvil.

Alta. Recta. Inconfundible.

Dimitri.

Estaba apoyado contra la sombra de un ciprés y con los brazos cruzados. Casi invisible. Pero ella lo reconoció.

—¿No duermes nunca? —susurró, sin esperar respuesta.

Volvió a cerrar la cortina y se frotó los brazos. No tenía frío, pero sentía que algo se le había metido bajo la piel.

El miedo, por un lado, y también la sensación de que ya no estaba sola… Ni siquiera en sus propios sueños.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó los codos en las rodillas.

«¿Por qué coño me afecta tanto todo esto? ¿Y por qué me afecta él?».

Suspiró.

—Jódete, cerebro —murmuró para sí, y se dejó caer de nuevo sobre las sábanas.

Tardó más de una hora en volver a dormirse.

Y soñó con aquellos fríos ojos que todo lo veían.

Café, sonrisas y sombras

La luz de la mañana se filtraba por las grandes cristaleras de la salita que había junto a la cocina, y bañaba la mesa de desayuno con un cálido resplandor, engañosamente apacible. Casey, vestida con unos pantalones cortos de algodón y una camiseta blanca, se dejó caer en una de las sillas tapizadas. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado y los ojos cubiertos por unas enormes gafas de sol, a pesar de estar bajo techo.

«No estoy de humor para sonreír. Ni para bollería. Ni para mi madre».

Junto a una de las puertas, inmóvil como una estatua, Dimitri observaba. Iba vestido con una camiseta negra, un pantalón oscuro y botas militares. Tenía los brazos cruzados, la mirada de hielo y permanecía en absoluto silencio. Y, aun así, llenaba la estancia más que la jarra de café humeante que acababan de colocar sobre la mesa.

Victoria apareció en escena con su habitual energía, impecable en un conjunto azul marino y perlas en las orejas. Se sirvió una taza de café y, con una sutil sonrisa, se sentó frente a su hija.

—Cariño —dijo, mientras removía el azúcar con un tintineo elegante—, solo quiero recordarte que esta noche tenemos la gala benéfica de la Fundación. Sé que no estás para eventos sociales, y si prefieres quedarte en casa, lo entenderé perfectamente.

Casey se quitó las gafas de sol con gesto teatral. La miró como si acabara de preguntarle si quería hacerse monja.

—¿Estás de broma? —inclinó la cabeza, sarcástica—. Lo último que me apetece es encerrarme aquí todo el puto día. ¡Estoy en mi año sabático, joder! ¿Para qué tengo un guardaespaldas? —Giró lentamente la mirada hacia Dimitri y le dedicó una sonrisa tan falsa como un billete de tres dólares—. Él se ocupa de que mi jaula esté bien cerrada con llave.

Victoria suspiró, conteniendo un gesto que amenazaba con estropearle el maquillaje.

—Entonces, ¿vas a venir?

—Por supuesto que voy a ir —dijo Casey, tomando un trozo de croissant como si fuera una declaración de intenciones.

Y volvió a mirar al ruso.

—Y, por cierto —añadió, dando un mordisco pausado—, cuando estemos dentro de esta casa necesito respirar. No quiero que me sigas a todas partes como si fueras… no sé… ¿mi perro?

Dimitri no se inmutó. No movió ni un músculo. Solo mostró un lento parpadeo.

—Dentro de la vivienda, lo haré —dijo con voz serena, casi neutra—. Pero si sales al jardín, seguiré tus pasos. —Hizo una pequeña pausa y sentenció—. Y eso no es negociable. No soy tu mascota, sino tu seguridad.

La tensión se notó en el ambiente. Victoria levantó una ceja, pero decidió no intervenir.

Casey se giró hacia la fuente de embutidos, cogió una loncha de jamón, con exagerada elegancia, y la sostuvo en el aire antes de hablar.

—Qué lástima. Pienso pasar toda la mañana en la piscina. Ya sabes, sol, agua, un buen libro… Relax. Justo lo contrario a tener un hombre de dos metros, con complejo de sombra, observándome como un halcón.

—Dentro de la finca, seguiré siendo tu sombra —replicó Dimitri, sin cambiar el tono ni la postura—. Esa es mi misión.

Casey dejó caer la loncha sobre su plato con un suspiro dramático.

«Maravilloso. El Terminator personal no descansa. ¿Qué será lo próximo? ¿Sentarse a mi lado en la tumbona con una metralleta y protector solar factor 50?».

—Qué divertido va a ser este verano —murmuró, antes de dar otro sorbo a su café.

Dimitri no respondió. Solo la observó. Y, aunque no dijo una palabra más, Casey sintió que la jaula acababa de cerrarse un poco más.

Sombras bajo el sol

Como si fuera un espejo líquido, la superficie turquesa de la piscina reflejaba, bajo el sol del mediodía, el cielo sin nubes. Casey caminaba descalza sobre las losetas calientes, con un bikini blanco que parecía hecho de provocación. Llevaba una toalla al hombro, un libro en la mano y unas enormes gafas de sol que ocultaban la chispa traviesa que se le adivinaba en la sonrisa.

Dimitri la seguía a escasos pasos, vestido con la ropa informal que llevaba durante el desayuno. Su presencia, tan sólida como una pared blindada, contrastaba con la ligereza del entorno.

—Te informo de que no tengo ninguna intención de salir de aquí en todo el día —comentó Casey, sin girarse, mientras dejaba la toalla sobre la tumbona—. Lo único que me apetece es tomar el sol y perderme en las páginas de este libro. Así que puedes relajarte, capitán Rusia.

Se sentó, cruzó las piernas con elegancia, y lo miró de arriba abajo.

—Eso sí, si vas a quedarte vigilando como un dron humano, no te quiero ver con esa indumentaria. —Se quitó las gafas y lo taladró con una ceja arqueada—. Me intimidas, y no por lo que crees.

Él frunció los labios, pero no respondió.

—Ve a ponerte un bañador, por favor —insistió ella, divertida—. Si no tienes, estoy segura de que alguno de tus compañeros puede prestarte uno. O puedes robarlo. No sé —dijo alzando los hombros —, los espías sabéis hacer esas cosas.

Dimitri dudó. Pero su pragmática lógica le dijo que ella tenía razón: destacar más que el sol no era una estrategia eficaz.

—Tres minutos —dijo, en un seco tono de voz.

Se alejó hacia la casa y Casey lo observó marcharse. Una risita se le escapó por la nariz.

«¿Acabo de convencer al «Hombre de hielo» de quitarse la armadura? Milagro».

* * *

Cuando el crujido de la puerta corredera llamó su atención, Casey acababa de salir del frescor del agua y se había colocado en su tumbona. Alzó la vista y dejó caer el libro sobre su regazo, completamente olvidado.

Dimitri avanzaba hacia ella con paso firme, cubierto por un albornoz negro. Llevaba una toalla al hombro y su rostro era tan impasible como siempre. Pero fue al desanudarse el cinturón del albornoz cuando el mundo de Casey se ralentizó.

Debajo, su cuerpo era una escultura de guerra. Fibroso, duro, sin un gramo de grasa. Hasta la cintura del bañador negro, los músculos del abdomen marcaban unas líneas perfectas.

Su pecho era ancho y poderoso. Estaba adornado con un tatuaje del águila bicéfala, símbolo ruso, situado justo sobre el corazón. En el brazo izquierdo vio dos escudos militares y algunas frases en latín, como si fueran cicatrices del alma:

«Si vis pacem, para bellum»

«Memento mori»

Y en la espalda, escrita en un cirílico oscuro como el carbón, una frase en ruso que parecía grabada a fuego:

«Las sombras siempre vigilan», tradujo.

Pero, más allá de los tatuajes, fueron las cicatrices lo que le quitó el aliento.

Trazos pálidos, algunos profundos, otros apenas visibles. Heridas de cuchillo, tal vez de bala. Huellas de una vida vivida al límite.

Casey tragó saliva. Su voz, cuando emergió, fue un susurro cargado de ironía.

—Me gusta el color de tu albornoz. Y el de tu bañador. Son negros… ¿cómo tu alma?

Dimitri, sin mirarla, dejó la toalla sobre una silla.

—Lo del color del alma es un cuento para niños.

—¿No crees que hay almas blancas? —preguntó sorprendida—. ¿O almas oscuras?

—No creo en el alma. —Su mirada se detuvo en la suya—. Desconfío de las personas.

—¿De todas? ¿También de mí?

—De ti en especial. —Su tono no cambió—. Sé que intentarás jugármela, pero te advierto que no lo conseguirás.

Casey ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Me subestimas. ¿Menosprecias mi forma de ser, o, simplemente, no confías en mi capacidad?

—Te conozco bien, señorita Morgan.

—Yo también a ti, Dimitri Alekséyevich Volkov —replicó ella, enfatizando su nombre como si fuera parte de un hechizo.

Él supo que lo había investigado. No sonrió, pero, casi imperceptible, hubo un leve destello en su mirada.

—Estoy al corriente de tus conocimientos en informática.

Casey no se sorprendió. Desde que la asignaron a aquel tipo con voz de acero y ojos que lo veían todo, lo suponía.

«Seguro que tienen una ficha sobre mí, y es más gorda que el dosier del FBI de un narcotraficante ruso».

—¿Y qué más sabes?

—Lo necesario.

—¡Joder, Dimitri! —exclamó ella, echándose hacia atrás en la tumbona—. Eres como un témpano de hielo.

Él se sentó en la tumbona contigua, sin decir nada, dejando que el silencio hablara por él.

Casey lo observó de reojo mientras abría su libro.

«Un témpano, sí. Pero bajo esa capa de hielo… estoy segura de que hay fuego. El problema es que yo soy adicta a las quemaduras».

El agua no enfría el fuego

El libro abierto sobre sus muslos apenas lograba atrapar su atención. Casey pasaba las páginas sin leerlas, con el ceño fruncido, atrapada entre líneas de tinta que se deshacían ante sus ojos como letras empapadas. Dimitri, tumbado a su lado en la otra tumbona, era un imán demasiado poderoso como para ignorarlo.

Él no se relajaba. No del todo. Giraba la cabeza cada pocos segundos, como si fuera una cámara térmica viva, escaneando el entorno. Ni el cielo azul ni el sonido del agua lograban ablandar su rigidez. Su misión, su deber, su estructura… Todo en él decía «protección» y «peligro» al mismo tiempo.

«Es como tener un tanque blindado con forma de dios eslavo a menos de un metro de distancia».

Suspiró, cerró los ojos, e intentó pensar en otra cosa. No lo consiguió.

Las imágenes de él, con el torso desnudo y su atlética figura, dura y marcada por músculos que se insinuaban a cada mínimo movimiento, se impusieron en su mente.

Su pelo era muy corto, tipo militar, tan claro como el suyo, pero cortado al ras a ambos lados de la cabeza. Los ojos azules eran tan intensos que dolía mirarlos… porque no transmitían calor alguno. Y su boca estaba perfilada por una barba de tres días, recortada con una obsesión casi enfermiza. El rostro era bello, aunque parecía tallado en piedra. No había nada blando en él. Nada vulnerable. Todo era de puro acero.

«Joder… no es normal lo que me hace sentir este cabrón. Me estoy poniendo mala».

Abrió los ojos y lo miró de reojo. Dimitri estaba quieto, pero su brazo caía a un lado de la tumbona, dejando al descubierto los tatuajes que serpenteaban sobre su piel como advertencias visuales.

Y, aun así, con esa imagen de peligro y temeridad, había algo en él que le resultaba tranquilizador. Una parte de ella se sentía a salvo cuando él estaba cerca.

—¿Sabes artes marciales, Volkov?

Él apenas giró el rostro, sin levantar la vista del perímetro.

—Las suficientes.

Ella sonrió.

—Yo boxeo.

—Lo sé.

«Por supuesto que lo sabe. Seguro que tienen hasta los informes de mis revisiones ginecológicas».

—Tal vez algún día podríamos entrenar juntos. Me podrías enseñar alguna llave para defenderme… por si algún día tú no estás conmigo.

Dimitri se volvió hacia ella, clavando en sus ojos un frío que no era del agua.

—Te enseñaré un par de ellas, para el día en que yo me vaya. —Su voz descendió un tono—. Nunca te dejaré sola.

Casey se incorporó un poco, clavándole la mirada.

—¿Y si me apetece pegar un polvo?

La mandíbula de Dimitri se tensó. Un músculo en su cuello se movió bajo la piel.

—Estaré fuera. Esperando. Por si me necesitas.

Ella bufó con exasperación.

—¡Joder! Eres insufrible. ¿No me vas a dejar ningún tipo de libertad?

—Puedes hacer lo que quieras, Casey. —La intensidad en su voz no flaqueó—. Pero yo siempre estaré cerca.

Ella se levantó de golpe, con un movimiento deliberadamente sensual. El bikini blanco, ligeramente húmedo, se adhería a su cuerpo como una segunda piel.

Sabía que él la miraría. Quería que la mirara. Y también sabía que no lo admitiría jamás.

—¡Me voy a dar un puto baño! —anunció rabiosa, mientras se estiraba, provocando sin pudor—. Necesito relajarme.

Y sin esperar respuesta, caminó hacia la piscina con un contoneo que habría paralizado el tráfico de media ciudad.

Se lanzó de cabeza al agua, con una zambullida limpia y precisa, y emergió segundos después, con el pelo empapado y los labios entreabiertos.

El bikini, blanco y traidor, dejaba entrever más de lo que cubría.

Desde la tumbona, Dimitri no dijo nada.

Pero sus ojos… Sus ojos no dejaban de vigilar.

Ni de arder.

Bajo la superficie

La superficie del agua se rompía con suaves ondas cuando ella emergió. Dimitri no parpadeó. Sus ojos, entrenados para detectar cualquier amenaza, siguieron cada movimiento de Casey Morgan con la precisión de un francotirador.

Y, sin embargo, no buscaban un arma oculta, un extraño al fondo del jardín o un ángulo de ataque.

No. Solo la miraban a ella.

El agua corría por su cuerpo como si le perteneciera, delineando las curvas con descarada fidelidad. El bikini blanco, ahora empapado, se aferraba a su piel como una promesa peligrosa, dejando al descubierto más de lo que ocultaba. Sus pezones, duros por el contraste del agua, se marcaban contra la tela. El color de la prenda no podía haber sido más inoportuno. «O más estudiado», pensó él.

Dimitri inspiró por la nariz, lenta y profundamente, y se obligó a cerrar los puños.

«Control. Siempre control».

La conversación aún resonaba en su mente como un eco persistente.

—¿Y si me apetece pegar un polvo?

«Provocación. Desafío. Dominio».

La había analizado desde el primer segundo. Su forma de hablar, de moverse, de tensar las palabras para averiguar los límites.

Casey era inteligente, incluso brillante, pero también era fuego. De ese que prende rápido. Del que deja cicatrices.

Y ahora, frente a él, caminaba por el borde de la piscina como si fuera una representación de todos los pecados. El sol arrancaba destellos de su piel mojada. El agua resbalaba por sus muslos, por la línea del abdomen, por el canal de su cintura, por esos pechos firmes que la tela ya no lograba disimular.

«Es hermosa. Una de las mujeres más atractivas que he visto jamás», reconoció.

Lo pensó sin culpa. No era debilidad, era un hecho objetivo. Como saber cuántos metros separaban la piscina de la puerta, o como controlar sus propios latidos.

«No es solo su cuerpo. Es su forma de habitarlo».

La seguridad con la que caminaba, la manera en la que se sabía observada. No solo lo aceptaba, sino que lo utilizaba. La forma en que se burlaba de su silencio. La osadía con la que empujaba los límites.

Dimitri no era de los que se descentraba con facilidad. Lo habían entrenado en condiciones extremas: hambre, frío, aislamiento, tortura sensorial.

Le enseñaron a resistir la sed, el dolor, incluso el deseo. A cerrar su mente como una caja fuerte.

Y, sin embargo…

Cuando Casey había subido los escalones de la piscina, con el agua escurriéndose entre sus piernas, y mientras se sacudía el cabello hacia atrás con un movimiento felino, él sintió una grieta.

Minúscula e ínfima, pero real.

«Esto no es personal. Es una misión. Ella es la prioridad. No es una mujer. Es un objetivo que debe sobrevivir».

A pesar de su entrenamiento, su cuerpo no entendía de argumentos. Sus ojos seguían recorriéndola. Su mandíbula se tensó y su pulso se aceleró ligeramente.

Ella le lanzó una rápida mirada. Directa y desafiante. Como si supiera exactamente lo que provocaba en él. Dimitri se la sostuvo sin pestañear. No iba a ceder. No con ella. Con nadie.

La miró. Pero esta vez, como lo que debía ser. Protección. Distancia. Frialdad.

Casey se dejó caer sobre su toalla y volvió a abrir el libro. No pasaba página alguna.

Dimitri lo sabía. Ella estaba jugando. Pero Dimitri Volkov no jugaba.

Y, si lo hacía, ganaba.



Capítulo 3

Calor bajo la piel

El sol ya no le parecía agradable. Quemaba. O quizás no era el sol. Quizás era él.

Casey cerró el libro de golpe y dejó escapar un suspiro cargado de frustración. La escena que acababa de leer aún latía en sus sienes: una mujer desnuda, atrapada entre las fuertes manos de un hombre que sabía exactamente cómo tocarla. Cómo doblegarla. Cómo encenderla sin necesidad de palabras.

Y claro… tener a Dimitri Volkov tumbado a apenas metro y medio de distancia no ayudaba.

«Joder, esto no es normal. Estoy más caliente que las piedras del borde de la piscina».

Se removió en la tumbona, incómoda con la humedad que ya no era del agua, sino de su propio cuerpo.

Le bastaba mirarlo. Ese pecho amplio, marcado. Los tatuajes que decoraban su masculino cuerpo. Las venas de los antebrazos. Las manos.

«¡Dios, qué manos!», pensó.

Y esa boca. Seria. Casi cruel. Que parecía no haber sonreído en años, pero que ella imaginaba devorándola.

Tuvo que apretar los muslos un instante. Su propio cuerpo la estaba traicionando. O quizás no era traición… sino el puto deseo

que sentía en aquel momento.

Se incorporó, sin más.

—Ya estoy harta de piscina —anunció, con una naturalidad que no sentía—. Me voy a mi habitación. Necesito darme una ducha antes de comer.

Dimitri giró ligeramente la cabeza, sin moverse de su posición.

—¿Tienes algún plan para esta tarde?

—Sí. He quedado con Norma. Nos bañaremos un rato juntas. Nada especial —respondió, con fingida indiferencia.

Él asintió e inclinó la cabeza, como si todo estuviera bajo control. Como si no notara el deseo que a ella le ardía por dentro.

—Estaré pendiente. Cuando salgas al jardín, yo también estaré allí.

Sus palabras eran sencillas. Protocolarias. Pero ese «yo también estaré allí» se le clavó como un disparo bajo la piel.

«Claro que estarás. Siempre estás. Como una sombra. Como un maldito sueño erótico que no puedo quitarme de encima».

Se levantó con rapidez. Demasiado deprisa. Recogió su toalla, su libro, sus gafas de sol, y evitó mirarlo mientras se dirigía hacia la casa.

Pero sabía que la observaba. Que sus ojos azules estaban fijos en la curva de sus caderas, en el vaivén de su trasero bajo el bikini mojado.

«No puedo seguir así. Necesito una ducha… y correrme. ¡Joder! Necesito correrme pensando en ese cabrón ruso y en lo que

me haría con esa boca suya si no fuera tan jodidamente profesional».

Entró en casa sintiendo el calor subirle por el pecho. Subió las escaleras sin detenerse y cerró la puerta de su habitación con un leve chasquido. Se apoyó unos segundos contra ella, como si necesitara recuperar el aliento. El aire acondicionado acariciaba su piel todavía caliente por el sol, y el silencio se convirtió en un refugio momentáneo para ordenar los pensamientos que el maldito ruso había desatado.

«Qué peligro tienes, Volkov. Eres un maldito pecado con uniforme».

Dejó el libro sobre la mesilla y se dirigió al baño, sin detenerse ni un segundo. Su cuerpo iba varios pasos por delante de su mente, como si supiera perfectamente lo que necesitaba.

El vapor comenzó a inundar la estancia en cuanto abrió el grifo. Se deshizo del tanga con un movimiento de cadera, dejando que cayera al suelo con una húmeda caricia, y se soltó la parte superior del bikini. El espejo le devolvió una imagen que ella misma se sorprendió en admirar: su cuerpo firme, esculpido, marcado por el sol y por la tensión del deseo. Sus pezones seguían erguidos, como si aún recordaran el roce del agua o, tal vez, la mirada fría de Dimitri.

Se metió bajo el agua con los ojos cerrados, y dejó que la cascada le recorriese la espalda. Apoyó las manos en la pared, y bajó la cabeza, permitiendo que el agua se deslizara entre sus omoplatos, por sus caderas y hasta sus muslos.

«No es normal. No debería sentir esto por alguien que apenas me dirige la palabra. Pero… ¡maldita sea! Cada vez que me mira… siento que podría derretirme».

Se acarició el cuello, bajando lentamente por su escote, como si tratara de borrar la tensión acumulada. Pero no era tensión. Era deseo. Un jodido e irrefrenable deseo.

Visualizó su rostro. Esa mandíbula poderosa, el corte marcial de su pelo, los tatuajes extendiéndose por su torso como un mapa de guerra. El pecho cruzado por el águila bicéfala… y esos ojos, azules y helados que se clavaban en ella con indiferencia. Y esa maldita indiferencia era lo que más la desarmaba.

Sus dedos descendieron, rodearon su ombligo y se deslizaron entre sus piernas con decisión. Lo hacía a menudo, pero era la primera vez en mucho tiempo que lo necesitaba con esa urgencia.

«No es amor. Ni siquiera es ternura. Es puto deseo. Crudo, animal, frenético. Como tú, Volkov».

Apretó los labios mientras su mano marcaba el ritmo, cada vez más precisa, más firme. Se apoyó con fuerza en la pared, curvando ligeramente la espalda. El agua resbalaba por sus muslos, mezclándose con el temblor que empezaba a sacudirle el vientre.

Visualizó el contorno de su cuerpo, esa espalda tatuada, las cicatrices como relámpagos en su piel. Lo imaginó empujándola contra el cristal, sujetándola con fuerza desbocada. Lo imaginó sin barreras, sin protocolos, sin reglas.

Cerró los ojos, se apoyó contra los azulejos, y dejó que su imaginación la envolviera.

Con una mano en su entrepierna y la otra en sus pechos, se dejó llevar por las imágenes que llenaban su recuerdo. El de su rostro; sus enormes manos, sus músculos y el roce de unos imaginarios dedos. La fuerza con la que la sujetaría, y la forma en la que ella se rendiría a sus caricias.

El gemido que escapó de su garganta fue ahogado por el rugido del agua.

Su clímax llegó rápido. En apenas un minuto, tuvo dos reparadores y consecutivos orgasmos. Se corrió de una forma intensa y brutal. Apoyó la frente en el azulejo, jadeando, con las piernas temblorosas y el pulso desbocado. En su pecho, el corazón golpeaba como un tambor. Cerró los ojos unos segundos más.

«Vale, Casey. Necesitabas esto. Ahora vuelve a hacer como que no te importa».

Respiró hondo, se aclaró, y, cuando cerró el grifo, el silencio, cómplice y secreto, volvió a envolverla.

La disciplina de un soldado

Dimitri entró en su habitación sin encender la luz. No la necesitaba. Conocía aquel espacio al milímetro, como conocía cada reacción de su cuerpo. Dejó el albornoz sobre la silla, se descalzó sin hacer ruido y caminó hasta el baño. Abrió el grifo de la ducha y aguardó en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras el vapor empezaba a empañar el espejo.

«Todos esos años de entrenamiento lo habían preparado para resistir y controlar. Para sofocar cualquier deseo, incluso bajo presión».

Y, aun así, ahí estaba. Latente. Sordo. Pegado a su piel como la humedad que comenzaba a cubrirle el torso. El deseo no había desaparecido. Solo aguardaba.

Entró bajo el agua fría y dejó que le golpeara la nuca, cerrando los ojos. Fue inevitable. La imagen volvió, nítida, como una maldita fotografía que alguien le hubiese clavado en el lóbulo frontal. Casey caminaba por la piscina con el bikini blanco completamente mojado, adherido a su piel como una segunda capa que no ocultaba nada. Sus firmes pezones se marcaban contra la tela. El tanga, mínimo, revelaba sin rubor el contorno exacto de su rasurado sexo. Las gotas de agua se deslizaban por la línea de su vientre hasta perderse entre sus muslos.

«Demasiado sensual y explícita… Demasiado perfecta».

No era un crío. No era un civil sin disciplina. Había soportado pruebas peores, noches infinitas en zonas de conflicto, misiones de alto riesgo donde cualquier debilidad se pagaba con la vida. Había

sido entrenado para ignorar el hambre, el sueño y la carne. Pero su mente no era de piedra… y su cuerpo tampoco. Se apoyó contra el azulejo húmedo, con la palma abierta y la cabeza gacha, cerrando con fuerza la mandíbula. El agua le corría por la espalda, pero no lo calmaba.

«No cruzarás esa línea, Volkov. Nunca».

Pero en ningún reglamento le prohibieron aliviar la tensión, si eso le permitía seguir siendo eficaz. Y mientras evocaba el movimiento de sus caderas, la firmeza de sus senos, la forma en la que ese maldito bikini dejaba al descubierto casi toda la anatomía que debería mantenerse velada, su cuerpo reaccionó como una máquina perfectamente calibrada. Bastaron un par de minutos, rítmicos y controlados, con el recuerdo de ella y de su piel, de su sensualidad.

Cuando su cuerpo se estremeció, la esencia brotó de él, y cayó sobre el suelo de la ducha. Se permitió unos segundos de silencio y abrió los ojos. El vapor había cubierto el espejo por completo, pero el deseo había sido apagado y su deber permanecía intacto.

«Control. Siempre control».

Cerró el grifo y se secó con movimientos precisos. Se vistió como si nada hubiese pasado, porque nada debía dejar huella. Nada debía alterar lo que era.

Un arma al servicio de su misión. Fría. Precisa. Letal.

Una comida de revelaciones

El comedor estaba bañado por la luz del mediodía, y se filtraba a través de los visillos blancos que no dejaban de ondear por la brisa del jardín. Cuando Casey entró, con el pelo aún húmedo y recogido en un descuidado moño, la mesa ya estaba servida. Llevaba un vestido corto, vaporoso, sin sujetador. Al verla, su madre levantó la vista del móvil.

—Ya era hora —dijo Victoria, sonriendo mientras dejaba el teléfono a un lado—. ¿Qué tal la mañana?

—Entretenida —respondió Casey, sentándose frente a ella y sirviéndose agua—. He estado leyendo, y el libro tenía una escena que… bueno, digamos que me ha subido un poco la temperatura.

—¿Y eso? —preguntó con una sonrisa—. ¿No te basta con tener a Dimitri cerca?

Casey soltó una carcajada, justo cuando se llevaba el vaso a los labios.

—¡Mamá!

—Lo digo en serio. Esta mañana lo he visto cruzar el jardín, en bañador. —Victoria entrecerró los ojos con malicia—. No sé qué tipo de entrenamiento hacen en Rusia, pero ese hombre es una estatua viviente.

—Eso es una gran verdad. Lo reconozco. Creo que no he visto un cuerpo así en mi puta vida. Ni siquiera en los gimnasios más exclusivos. Tiene una musculatura que parece dibujada. —Casey giró la cabeza hacia la ventana, como si esperara verlo aparecer en cualquier momento—. Y luego está su forma de andar, de moverse.

Todo en él transmite peligrosidad… pero, al mismo tiempo, una sensación de seguridad absoluta. Da la sensación de que, si algo ocurriera, podría con todo.

—De eso se trata, cariño. Para eso está. Para intimidar a los que puedan ser una amenaza. Y para que tú te sientas protegida en todo momento.

Casey jugó con la servilleta entre sus dedos.

«Y para despertarme las hormonas hasta niveles peligrosos», pensó, sin decirlo.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho esta mañana? —preguntó, intentando desviar la conversación.

—Estar liada con los preparativos de esta noche. Todo debe estar impecable. Invitados, catering, música… Ya sabes cómo soy con estas cosas.

—¿Necesitas que te eche una mano?

Victoria negó con un gesto.

—No, cielo, está todo bajo control. Además, estaré toda la tarde ocupada. ¿Tú qué vas a hacer?

—He quedado con Norma. Estaremos en la piscina. Y no te preocupes, Dimitri estará con nosotras. Es uno de los requisitos sagrados del operativo —dijo, haciendo un gesto de fastidio con la cara y soltando una carcajada.

Victoria alzó una ceja, divertida.

—¿Tendrás a ese portento vigilando tus movimientos a menos de cinco metros? Cuidado, hija. Eso puede revolucionar las hormonas.

—Demasiado tarde, Mamá —soltó Casey, entre risas—. Las mías están completamente desquiciadas.

Ambas rompieron a reír, con esa complicidad que solo las madres y las hijas que se entienden de verdad pueden compartir. Casey tomó un bocado, sonriendo, pero por dentro su mente ya había vuelto a la escena de la mañana.

Dimitri, de pie junto a la tumbona, con las gotas resbalando por sus pectorales, el bañador marcando el contorno de unos muslos poderosos, y esa mirada que parecía no inmutarse por nada. Aunque ella juraría haber notado un leve destello en algún momento, mientras la miraba.

«Ojalá pudiera saber qué piensa cuando me mira así».

Pero no lo sabía.

Fruta prohibida y pensamientos impuros

Casey se acababa de acomodar sobre la tumbona, con unas gafas de sol enormes y un pareo abierto, y el sol caía a plomo en la piscina de piedra. Tenía la piel aún húmeda de la crema, y el pelo recogido en un moño suelto. Al escuchar el crujido de la grava junto a la entrada, giró la cabeza. Norma acababa de llegar.

—Perfecto —murmuró Casey, recogiéndose en el respaldo—. Esto se va a poner divertido.

Norma apareció radiante, con el pelo recogido en una coleta, gafas oscuras y un pareo corto que dejaba ver sus bronceadas piernas. Al llegar junto a ella, la saludó.

—Buenos días, cielo. ¿Dónde está tu dios nórdico? Pensaba que estaría contigo.

—Está a punto de aparecer. Prepárate —respondió Casey, entrecerrando los ojos con malicia.

—¿Prepararme? ¿Por qué? —preguntó Norma mientras se quitaba las gafas y se dejaba caer en la tumbona contigua.

—No hace falta que te lo explique. Lo verás con tus propios ojos.

Justo entonces, Casey levantó la vista hacia la casa y lo vio salir. Dimitri cruzaba el porche con pasos tranquilos, muy seguro de sí mismo. Llevaba su ajustado bañador negro, y una camiseta gris con un escudo militar bordado en el pecho. El tejido se pegaba a su torso como si fuera parte de su piel.

—Ahora sabrás por qué te lo he dicho —susurró Casey, sin apartar la mirada.

Norma se quitó el pareo y se quedó únicamente con un diminuto bikini negro que cubría lo imprescindible.

—Estoy intrigada, pero ya me imagino por qué lo dices —replicó, sentándose de nuevo—. ¿Está muy bueno?

Dimitri se acercó, sin prisa. Cuando llegó a su altura, se quitó la camiseta, con un gesto ágil, y reveló el torso más trabajado que ninguna de las dos había visto jamás. Abdominales cincelados, oblicuos definidos, pectorales amplios, hombros como de mármol tallado… y los tatuajes que decoraban su anatomía.

Casey alternó su mirada entre aquel cuerpo, casi mitológico, y el rostro de Norma, que se había quedado boquiabierta.

Dimitri dejó la camiseta en una tumbona que había a unos metros de ellas, y se sentó con la espalda recta, cruzando las piernas con soltura. No dijo ni una palabra, simplemente bajó la cabeza y se puso a revisar el móvil, dejándoles privacidad.

—Cielo, creo que acabo de tener un orgasmo —dijo Norma en voz baja, alucinada—. ¡Dios del amor bendito…!

Las dos estallaron en carcajadas.

—Pues yo he tenido dos este mediodía —soltó Casey, riéndose de nuevo.

—¿Aquí?

—¡No, coño! En el baño, mientras me duchaba.

—¿Pensando en él? —le preguntó, sin necesitar respuesta.

—¿Tú qué crees?

Norma se mordió el labio inferior y se puso a reír, entre perversa y derrotada.

—Cuando llegue a casa me voy a tener que encerrar en el baño, como si tuviera quince años —dijo, abanicándose con la mano —. Y esos tatuajes… Me encanta, Casey.

—¡Y a mí! Pero es fruta prohibida.

—¿Te has dado cuenta de que no tiene un solo pelo en el cuerpo? ¿Tú crees que se depila? —Norma la miró de reojo, con la malicia brillando en sus pupilas—. ¿Estará depilado… del todo?

—Déjalo ya, Norma, o nos vamos a poner cardíacas.

—Sí, tienes razón —asintió, con voz contenida—. Si seguimos hablando, antes de irme a mi casa tendré que usar el cuarto de baño de la tuya, para calmarme.

Dimitri, ajeno, o fingidamente ajeno, se colocó los auriculares y abrió una Tablet. Casey lo observó mientras se acercaba al borde de la piscina. Lo hizo con descaro. Como quien sabe que está desafiando las normas, pero que ya ha asumido que le importan una mierda.

«Fruta prohibida…», pensó, relamiéndose con malicia. «Pero huele demasiado bien, y me tienta demasiado».

No está entrenado para resistirme

Mansión de los Morgan. Piscina. 17:26 h

El agua centelleaba como un espejo líquido. Las risas de Casey y Norma, mezcladas con el chapoteo de sus pies en el borde de la piscina, se escuchaban de forma continua. Ambas llevaban sus escuetos bikinis, blanco y negro, y se habían tomado varias copas de mojito, que habían elevado su alegría y su temperatura.

—Esto es vida —suspiró Norma, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Solo nos faltan unos camareros brasileños.

—Con el que tenemos… sobra —murmuró Casey, siguiendo con la mirada los pasos de Dimitri al otro lado de la piscina.

Él se agachó junto a una caja metálica, y se puso a revisar cables y pantallas, como si configurara un sistema antimisiles en lugar de unas cámaras de seguridad. Solo llevaba el bañador, y dejaba ver los músculos de los hombros, del cuello, del pecho. Sus tatuajes destacaban en aquel fibroso cuerpo. Cada movimiento suyo era una amenaza a la concentración.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Norma, entre risas—. ¿Reprogramando a Skynet?

—Ni idea. Pero estoy segura de que, si alguien intenta colarse esta noche, acabará colgado de los pulgares en el seto.

Norma se giró hacia ella con una pícara y desafiante sonrisa.

—Te apuesto un chapuzón a que no tienes valor para darle un empujón y tirarlo al agua.

Casey soltó una carcajada.

—¿Estás loca?

—Vamos… —canturreó Norma—. Estás en tu casa, cielo. Él está aquí para protegerte… —Soltó una carcajada—. De todo, menos de ti.

La sonrisa de Casey se ensanchó.

«¿Y si sí? ¿Y si lo empujo y veo qué pasa? ¿Y si…?».

Su vena competitiva, esa que nunca dormía, se desperezó como una fiera. Se puso de pie, y el agua resbaló por sus pantorrillas. Su corazón empezó a latir con fuerza. No por miedo, sino por pura adrenalina. Avanzó en silencio hacia él, descalza sobre las calientes baldosas.

Dimitri estaba agachado, concentrado. Casey pensó que era un blanco fácil. Un objetivo tentador.

Se acercó por detrás. Dos pasos. Tres.

Levantó las manos… y lo empujó con las palmas abiertas, pero lo hizo demasiado suave.

Dimitri reaccionó al instante, como una máquina de precisión. Giró sobre sí mismo, de forma instintiva, y la atrapó por los antebrazos. Un segundo después, Casey se vio arrastrada por su propio impulso y lo siguiente que sintió fue que el cuerpo sólido de él caía sobre el césped, con el suyo encima.

Sus muslos apoyados sobre los suyos. Su bikini pegado a su piel mojada. Las caderas de ella encajadas sobre el vientre del ruso. Y sus ojos. Dios… sus ojos. Oscuros. Fijos. Ardientes.

Sus manos seguían sujetas y su respiración se había disparado. Notaba el pecho de él, subiendo y bajando, tensando cada

centímetro de su torso contra el de ella.

Nadie dijo nada. No hizo falta. Todo estaba dicho en ese suspendido momento. En el contacto de sus húmedas pieles, y en el gemido que a ella se le escapó al resbalar un poco más y rozar su bajo vientre contra el de él.

«¿Sin querer?», pensó. «¿O queriendo?». «No quiero moverme».

Intentó erguirse, pero sus rodillas temblaban. La fricción entre sus cuerpos era demasiado íntima. Dimitri, que no apartaba la mirada, la sujetó con más fuerza. Apenas un segundo, como si dudara. Como si…

«¿Y si me besa? ¿Y si me dejo?», pensó él, perdiendo el control durante unos instantes. No le dio tiempo a reaccionar, porque ella se separó de forma muy lenta, como si evaluara la situación.

Torpe, avergonzada… y encendida.

Dimitri se incorporó despacio, como si no hubiese sentido nada, pero sus pupilas seguían dilatadas.

—¿Todo bien? —preguntó con voz baja.

—Perfectamente —mintió Casey, con una sonrisa tensa.

«Mentira. Estoy a mil por hora y me arde la entrepierna».

Norma los observaba desde la piscina, apoyada en el borde, como una sirena que era testigo de un crimen pasional.

* * *

Veinte minutos después, Casey flotaba en el agua, sobre una colchoneta, y Dimitri rondaba el perímetro con una Tablet en mano, revisando parámetros. Norma, que se acababa de ir a la cocina a por hielo, le había susurrado al oído:

—Aunque se esté intentando extirpar el puto deseo con un bisturí militar, ese macho alfa te desea.

Casey cerró los ojos, pero no pudo borrar la sensación de aquel cuerpo bajo el suyo.

«Esto no ha terminado. Ni de lejos».

Enséñame a vencerte

Cuando Norma se calzó las chanclas con un suspiro satisfecho y agarró su toalla, la luz del sol comenzaba a suavizarse.

—Nos vemos esta noche, cielo. Ponte algo que deje sin habla al hemisferio masculino.

—Nos vemos allí —respondió Casey, dándole rápido un beso en la mejilla.

Mientras pasaba por su lado, Norma le lanzó una pícara mirada a Dimitri. Él no se inmutó. Ni un parpadeo.

Cuando Norma se fue, Casey se giró hacia él con una ceja arqueada.

—Tal como habíamos hablado… ¿qué te parece si entrenamos un poco antes de prepararnos para el evento?

—Claro. Te espero en el gimnasio en diez minutos —respondió él con la serenidad de un monje tibetano—. Ponte algo cómodo. O al menos… adecuado.

Diez minutos después, cuando escuchó los pasos, Dimitri estaba ajustando el saco de boxeo. Se giró y tuvo que controlar un suspiro.

Casey llevaba una camiseta de tirantes muy ajustada y unos leggins negros que se adherían a su cuerpo como una segunda piel. Su melena, recogida en una coleta alta, le daba un aire peligroso. Como una pantera disfrazada de bailarina.

«¿Es incapaz de ponerse algo que no me haga perder la concentración?».

—¿Esto cuenta como «adecuado»? —preguntó ella con falsa inocencia, girando sobre sí misma.

—Vamos a probarlo —dijo él, seco.

Se pusieron los guantes y se colocaron frente a frente sobre la lona del tatami. Casey levantó las manos, con los puños cerrados y sonriendo de lado.

—¿Debo marcar los golpes… o dártelos?

—Dámelos. Sin miedo —la animó él—. Demuéstrame de lo que eres capaz, señorita Morgan.

Ella no lo dudó. Tenía ganas de demostrarle que no era una perita en dulce. Avanzó con una agilidad sorprendente, marcando una secuencia rápida: izquierda, derecha, directo, gancho. Tenía técnica, sin duda. Una buena base y excelente actitud. Pero Dimitri ni se movía. Esquivaba sin apenas esfuerzo. Una pequeña inclinación de cabeza, un paso atrás, una rotación de hombro. Nada le tocaba. Nada lo alteraba.

Casey apretó los dientes.

«¿Ni un puto roce? ¿Se está burlando de mí?».

Volvió a atacar. Más rápido y fuerte. Falló otra vez. Y otra.

Su respiración ya era más agitada. El sudor empezaba a perlar su frente. Las piernas le temblaban y su orgullo le gritaba que no se rindiera.

—¡Joder! —exclamó, y desató un aluvión de golpes desordenados, una tormenta desesperada de puños y furia.

Dimitri dio un paso lateral, giró con precisión, y en un movimiento seco, le barrió las piernas.

Casey cayó al suelo con un gemido ahogado. El impacto la dejó sin aliento.

—¡Eso no es boxeo, coño! —protestó, incorporándose con el ceño fruncido.

—Y tú has perdido la cabeza. En cualquier combate, sea del tipo que sea, lo más importante es mantener la mente fría. La fuerza sin control no sirve de nada.

Ella bajó la mirada y tragó saliva.

«Tiene razón. Me he dejado llevar como una principiante».

—Lo entiendo… —reconoció al fin, con la voz más serena—. Enséñame lo que me has dicho. Una técnica real para defenderme. Si alguien me ataca, quiero saber cómo inmovilizarlo.

Él la observó unos segundos y asintió.

—Ponte de espaldas.

—¿Qué?

—Confía en mí. Vas a aprender algo útil.

Ella obedeció. Se colocó delante de él. Notaba su aliento tras su nuca.

—Imagina que un atacante se acerca por detrás para sujetarte. Lo primero: estabilidad. Dobla un poco las rodillas. Ahora…

Dimitri colocó sus brazos alrededor de su torso, cruzándolos por debajo de los de ella y pegando su pecho a su espalda. La presión era justa e intensa.

Su voz sonó grave, junto a su oído.

—Tienes que bajar tu centro de gravedad, y desde esta posición, pivotar con fuerza para desestabilizarme. Prueba.

Ella lo intentó, y falló. Él la corrigió, y le dio un par de instrucciones. La fricción era real. Los cuerpos encajaban. Las respiraciones dejaron de ser indiferentes.

Lo repitieron. Una. Dos. Tres veces.

En la cuarta, Casey giró con más fuerza… y esta vez, cayó encima de él, que fingió ceder. Sus cuerpos quedaron pegados sobre la lona. No se movieron. No respiraron. Una pierna de él quedó entre las suyas, y su cara a pocos centímetros. Sus labios a milímetros. Su pecho presionaba contra su torso. A Casey se le escapó un ligero gemido, y la mirada de Dimitri descendió hasta sus labios.

«No debería. Pero lo haría. Dios, cómo lo haría».

—¿Así…? —susurró ella, sin apartarse.

—Exactamente así —respondió él, con la voz rasgada.

No se levantaron. Sabían que lo que se estaba despertando entre ellos… ya no era una simple lección.

No eras parte del plan

Permanecieron unos segundos de más sobre la lona. En silencio, con las respiraciones cruzadas y piel con piel. Hasta que Dimitri la sujetó con firmeza y la ayudó a incorporarse, sin decir una palabra. Sin una mirada de más.

Casey se apartó despacio, tragando saliva. Recogió su toalla del banco, se la echó al hombro y caminó hacia la salida sin girarse. Pero cuando llegó a la puerta, se detuvo, dándole la espalda.

—¿Siempre eres así de… perfecto? —preguntó, sin volverse hacia él.

—¿Perfecto?

—Tan frío y calculador. Imperturbable. Como si nada pudiera atravesarte.

Él tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía un matiz diferente. No era más cálida. Pero sí… más humana.

—Me entrenaron para eso, Casey. Mostrar debilidad te mata. Literalmente.

En ese momento, ella giró la cabeza y lo encontró mirándola desde el centro del tatami. Erguido. Seco. Impasible.

—¿Y sentir… también es una debilidad?

—Depende de lo que sientas. Y de con quién —respondió, sin parpadear.

Casey sonrió de forma sarcástica, apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Y yo? ¿Soy una amenaza para tu impecable control?

Él no respondió. Clavó su mirada en ella, como si quisiera leer cada pliegue de su alma… o arrancárselo con las manos.

Ella soltó una risa y se giró del todo. Caminó de nuevo hacia él, despacio. Como si midiera el ritmo de sus pasos al compás del latido de su pecho.

—No eras parte del plan, Dimitri —murmuró—. Ni tú… ni esto.

—Tú tampoco lo eras —admitió él, sin moverse.

Un instante eterno los mantuvo suspendidos. Ella alzó la mano y le tocó la camiseta, justo sobre el esternón. Solo un roce.

Él apretó los dientes. No la apartó.

—No voy a pedirte que bajes la guardia, Volkov, pero tampoco me subestimes —susurró—. Yo también sé controlar mis emociones, salvo cuando me provocan.

Él le sujetó la muñeca. No con fuerza, pero sí con firmeza. Su respiración se había acelerado, y la de ella también.

—Será mejor que subas a ducharte —dijo al fin.

Ella asintió. Pero no se movió.

—Esta noche no voy a morderte… salvo que me lo pidas.

Mantuvo su mirada durante un segundo, se dio media vuelta y salió. Sin prisa. Sin miedo. Dejando tras de sí una estela de adrenalina y evidente deseo.

Dimitri permaneció allí, solo, con el olor de su piel aún clavado en la memoria. Se quitó la camiseta con un gesto brusco, apoyó las manos en las rodillas y cerró los ojos.

«No es una amenaza. Es un maldito incendio».

Ducha fría, pensamientos calientes

Aunque lo único que la acosaba eran sus pensamientos, se encerró en su habitación como si alguien la persiguiera. Apoyó la espalda en la puerta, cerró los ojos y respiró hondo. Muy hondo. No servía de nada. El corazón le seguía bombeando como si hubiera corrido diez kilómetros.

«Qué puta vergüenza. ¿Acabo de gemir mientras estaba encima de él?».

Se cubrió la cara con ambas manos y bufó, sin decidir si reírse de sí misma o insultarse. Caminó hacia la cama, se dejó caer de espaldas y se quedó mirando el techo. Todo su cuerpo seguía alterado. La piel sensible, el pulso acelerado, el vértice de sus piernas estaba en llamas.

«No puedo estar así. Es una locura. Es mi escolta. Mi sombra. No puedo fantasear con él como si fuera un puto dios nórdico recién salido del Valhalla».

Pero la imagen se adentró en su mente. Su pecho desnudo. Esos abdominales que parecían tallados. Los tatuajes en su piel. El calor de sus brazos. El agarre firme, decidido… protector.

Gruñó por lo bajo. No la ayudaba pensar. Pensar la estaba matando.

Se incorporó con rabia. Fue al armario y buscó su ropa interior más delicada, además de un vestido negro, de seda, que siempre le había quedado de escándalo. Lo lanzó sobre la cama. «Esta noche voy a estar espectacular. Para el mundo. Y sí, también para él».

Fue al baño y se desnudó sin prisa, con una calma impostada. El espejo le devolvió la imagen de su cuerpo aún agitado. Tenía los pezones duros, la piel erizada y la mirada alterada.

Entró en la ducha y dejó que el agua caliente corriera por su cuerpo. Cerró los ojos. Sus dedos recorrieron sus costillas, su vientre… y bajaron un poco más. Necesitaba deshacerse de esa tensión. Liberarse.

No se tocó con ternura. Lo hizo con rabia, con deseo y con hambre. Solo una vez, pero fue suficiente para que su cuerpo temblara y su mente se aclarara.

Salió de la ducha renovada. Con el cabello envuelto en una toalla y la determinación prendida en la mirada. Se pondría ese vestido y esos tacones. Ese labial rojo. Y sería irresistible.

Para todos, pero, sobre todo, para él.

Porque, si Dimitri no era el hombre de su vida, al menos sería el hombre al que iba a desquiciar esa noche.



Capítulo 4

El arte de mirarse sin tocarse

Cuando Casey bajó las escaleras, el silencio pareció envolver el vestíbulo durante un instante.

El eco de sus tacones marcaba el ritmo de su entrada, segura y cadenciosa. El vestido negro de seda abrazaba cada curva de su cuerpo como si hubiese sido diseñado solo para ella. El escote sutil y la abertura lateral, le daban el equilibrio perfecto entre sensualidad y elegancia. Su rubia melena caía en ondas suaves sobre los hombros, y el maquillaje, impecable, resaltaba el brillo azul de sus ojos.

Sabía que estaba espectacular. El espejo no mentía… y la mirada de Dimitri tampoco.

Lo vio al pie de la escalera. De pie. Inmóvil. Impecable con un traje negro que evidenciaba lo que ya se intuía bajo las camisetas que solía usar: un cuerpo poderoso, compacto, musculoso. La camisa blanca, con los dos primeros botones abiertos, dejaba entrever un fragmento de su piel, y ese pequeño atrevimiento, casi imperceptible, lograba ser más provocador que cualquier descarada desnudez.

Sus ojos se cruzaron. Él no dijo nada, pero la expresión de su rostro, incluso bajo la máscara de frialdad, se tensó durante un segundo. Eso bastó, porque ella conocía ese gesto.

«Te gusto», pensó Casey, sintiendo cómo se le encendía el vientre. «Por más que lo disimules, te gusto. Y hoy voy a hacerte

sufrir por ello».

Cuando llegó a su altura, giró sobre sí misma en un giro grácil, como si bailara para él.

—¿Y bien? —preguntó, con una pícara sonrisa—. ¿Estoy guapa?

Dimitri tardó un segundo en responder. Un segundo en el que bajó la mirada con la misma precisión con la que apuntaría un arma. Escaneó su silueta entera. De arriba abajo. Despacio. Como si memorizara cada línea.

—Bastante —dijo, por fin, con voz impasible y una expresión contenida.

Pero sus pupilas delataron otra cosa, y Casey lo vio.

«Has fallado, Dimitri. Por primera vez, no has podido disimularlo».

Soltó una carcajada, ligera y provocadora.

—Bastante, dice… Menos mal que no soy tan sensible. Si no, me romperías el corazón con tanto entusiasmo.

—No sabía que lo tuvieses tan frágil —replicó él, sin alterarse.

Ella se le acercó un poco más. Solo un poco, pero lo suficiente para que el perfume de su piel le acariciara la garganta.

—No lo tengo. Pero tampoco soy de piedra —susurró, antes de girarse hacia la puerta—. Anda, vamos. Esta noche vamos a romper más de un cuello. Tú por guapo, y yo por… irresistible.

Dimitri no respondió. La siguió, en silencio.

Mientras caminaban hacia el coche, ella supo que él la observaba. No de frente, ni directamente. Sin embargo, sentía su mirada fija en el vaivén de sus caderas, en la caída del vestido, en la línea perfecta de su descubierta espalda.

Y eso le dio alas.

Aquella noche sería suya. Tal vez no literalmente, aún. Pero esa noche, la semilla ya estaba plantada. Y ni siquiera Dimitri podría arrancarla.

Un trayecto con evasivas

La noche caía con suavidad sobre Westchester, tiñendo el cielo de azul oscuro, mientras el aire olía a tierra húmeda y a césped recién cortado.

Bajo las farolas de hierro forjado que iluminaban la entrada con una luz cálida y dorada, el sedán negro los esperaba frente a la escalinata principal de la mansión Morgan. La casa, con su fachada de piedra y sus columnas imponentes, quedaba detrás como un castillo moderno que se cerraba sobre sí mismo.

Dimitri dejó el ligero equipaje en el maletero, ya que harían noche en Manhattan, y le abrió la puerta del copiloto con la misma precisión con la que se blande una espada. No hubo sonrisa, solo el gesto elegante.

—Gracias —dijo Casey, deslizándose dentro del coche como una sombra de perfume caro—. Estás ganando puntos… aunque aún no sé en qué categoría.

Él cerró sin responder. Se colocó al volante y arrancó.

Mientras el coche salía de la propiedad, Casey se acomodó con las piernas cruzadas, dejando al descubierto parte del muslo por la abertura lateral del vestido. El motor rugía suave y constante mientras se internaban por la carretera que conectaba Westchester con la ciudad.

—Norma está encantada contigo —dijo, rompiendo el silencio —. Creo que le has parecido… intrigante. En resumen, su tipo.

—No soy el tipo de nadie.

—Modesto —comentó, con una sonrisita—. ¿Y tú? ¿Qué opinas de ella?

—Educada. Discreta. Y puntual.

Casey soltó una carcajada breve y sincera.

—Vaya, eres una fuente inagotable de entusiasmo. Seguro que las mujeres hacen cola para escucharte decir cosas como esa. Me estoy empezando a preguntar si eres real o una IA con traje a medida.

Él no giró la cabeza. No hizo falta. La frialdad de su perfil bastaba.

—No suelo emitir juicios personales. Y aún menos si no aportan nada.

—Oh, venga ya. Eso parece un discurso programado. —Se giró hacia él, sin dejar de sonreír—. Explícame algo de ti, Volkov. ¿Tienes novia, o esposa?

El silencio se adueñó del coche, tenso como una cuerda a punto de romperse.

Las luces de la autopista los envolvían como ráfagas intermitentes. Casey lo miró de reojo. Él no parpadeaba. Solo conducía.

—Es una pregunta simple, Dimitri. Sí o no. No va a influir en cómo desarrollas tu trabajo de protección.

—No.

Ella contuvo la sonrisa, pero el cosquilleo en el estómago era inevitable.

«Perfecto. Ni novia. Ni esposa. Ni excusas».

Se humedeció los labios, pero se obligó a mirar por la ventanilla.

—Gracias por tu elocuencia. Ha sido muy reveladora.

—¿Siempre te interesa la vida privada de tu escolta?

—Solo cuando es tan hermético como tú. Supongo que tengo debilidad por los hombres misteriosos.

El resto del trayecto se hizo en un silencio casi cómodo. Casey se entretenía observando el reflejo de las luces en el cristal, imaginando el momento exacto en que entrarían en el salón del hotel.

Unos cuarenta y cinco minutos después, cruzaban la Quinta Avenida. Frente a ellos, el imponente The Plaza Hotel emergía como una joya tallada en mármol y luz.

Dimitri detuvo el coche ante la entrada principal. Un aparcacoches se acercó de inmediato. Dimitri salió primero, le entregó las llaves sin mediar palabra y rodeó el vehículo para abrirle la puerta a Casey.

Ella bajó, con una sonrisa confiada y sintiendo cómo todas las miradas se clavaban en ella.

—Hora de causar sensación —murmuró, sin mirarlo—. Tú con tu cara de piedra… y yo con este vestido que casi necesita escolta por sí mismo.

Aunque Dimitri apenas la miró, Casey notó el fugaz recorrido de su mirada por su escote, por la abertura lateral del vestido y por su cuello.

«Te he pillado, soldadito».

Tomó su mano y lo miró fijamente. Con pasos elegantes y calmados se adentraron en el vestíbulo del hotel, dejando tras de sí el aroma de su perfume y el eco de una peligrosa sonrisa.

Mentiras, copas y verdades a medias

El salón principal del Plaza Hotel estaba diseñado para deslumbrar. Techos altísimos con molduras doradas, lámparas de araña de cristal de Baccarat, columnas de mármol blanco y espesas alfombras que amortiguaban cada paso.

Un centenar de personas, elegantemente vestidas, se dispersaban en pequeños grupos mientras conversaban entre copas de champán y bandejas de aperitivos que los camareros ofrecían con profesional discreción. El murmullo de las voces se entremezclaba con la música de cuerda de una pequeña orquesta situada al fondo.

Casey entró con paso seguro, colgada del brazo de Dimitri. Se sentía como si el salón se abriera solo para ellos.

—No voy a presentarte como mi guardaespaldas —susurró, sin mirarlo—. Esta noche eres un buen amigo. Un abogado ruso. Nos conocimos en una conferencia en París y estás de visita en la ciudad. ¿Te parece convincente?

Él la observó de perfil, impasible.

—Eres libre de decir lo que quieras… salvo si afecta a tu seguridad. En eso, mando yo.

Casey sonrió. Aquella frialdad era tan… deliciosa.

«No tienes ni idea de lo guapo que estás cuando te haces el duro», pensó.

Sus ojos captaron a Norma al otro lado del salón. Estaba rodeada por tres chicas jóvenes, todas por debajo de los treinta, delgadas, estilizadas, y vestidas con marcas reconocibles para quien

tuviera buen ojo. Risas, copas y movimientos estudiadamente despreocupados. Cuando las chicas vieron a Casey, una de ellas le hizo un gesto de saludo y el grupo se acercó a ellos, que cruzaban el salón.

—Casey, querida —Norma le dio dos besos y sonrió a Dimitri—. Él es…

—Es mi buen amigo Dimitri —la cortó Casey, antes de que Norma pudiera decir nada—. Es abogado y vive en San Petersburgo. Nos conocimos cuando estudié en París, en una conferencia de juristas y… desde entonces, nos hemos mantenido en contacto. Ha venido unos días a casa, a verme.

—¿Está viviendo en tu casa? —preguntó una rubia que tenía unos enormes ojos azules y llevaba un precioso vestido ajustado.

—Solo de forma temporal —dijo Casey, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

Dimitri inclinó la cabeza, educado pero distante. No parecía incómodo, ni tampoco interesado. Respondía a las sonrisas con monosílabos o gestos naturales. Sin embargo, las chicas parecían encantadas.

—Qué acento tan sexy —comentó la pelirroja, mordiéndose el labio—. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Dimitri Volkov—repitió Casey con una sonrisa traviesa—. ¿A que suena bien?

—Suena a pecado —susurró la rubia.

Casey se rio.

—No te emociones, Alexia. Está conmigo.

—¿Contigo cómo? —insistió la del vestido rojo.

—A su manera —replicó, mirando a Dimitri como si pudiera desnudarlo con la mirada—. Lo bueno de los hombres misteriosos es que nunca sabes si te desean… o si están planeando cómo asesinarte con una copa de vino.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Alexia, divertida.

—Depende del día.

Casey se giró hacia Dimitri.

—¿Podrías ir a la barra y traerme un cóctel, cielo? Un Negroni.

Él asintió con un leve suspiro. Se giró sin protestar y caminó hacia la barra, dejando tras de sí la silueta perfectamente recortada de su espalda bajo el traje negro.

—Vale, ahora en serio —dijo Alexia en cuanto Dimitri se alejó —. ¿Quién es ese dios eslavo y por qué no lo hemos visto antes?

Casey se encogió de hombros.

—Es una larga historia. Y complicada.

—¿Estás liada con él? —preguntó la pelirroja, aferrándose a su copa de champán como si la respuesta pudiera derramarla.

—Digamos que… compartimos cama. A veces. —Y sonrió.

—¿Solo sexo? —insistió Alexia, con una sonrisa viciosa.

—Sí. Pero un sexo excepcional —replicó Casey sin pestañear.

Las tres estallaron en carcajadas, y Norma escondió una sonrisa detrás de su copa.

—¿Cómo de excepcional? —preguntó la pelirroja, con los ojos brillantes.

—Como para no poder dormir después —dijo Casey, tomando un canapé de salmón con total normalidad—. Es difícil dejar de pensar en él durante el día, y no desear que no se vista nunca más.

—Dios mío —dijo Alexia—. ¿Y tú puedes convivir en la misma casa que él, sin tirártelo todas las noches?

—No siempre me contengo —admitió Casey con un guiño—. Pero el misterio lo vuelve más adictivo. Es como tener un arma cargada en la mesilla… y no saber si esta noche va a disparar o podrás dormir en silencio.

Las chicas se rieron, fascinadas.

—Si lo dejas, me lo pido —susurró Alexia.

—No es un juguete —dijo Casey, sin perder la sonrisa—. Y si lo fuera… te aseguro que sería muy peligroso.

«Aunque no puedo negar que me gusta jugar con fuego», pensó.

Justo entonces, Dimitri regresó con las copas. Su gesto era imperturbable. Sin decir una palabra, le entregó el Negroni a Casey. Solo la miró, pero ella supo que había escuchado algo. O que, al menos, lo intuía.

«Perfecto», pensó ella, bebiendo con lentitud. «Mucho mejor así».

Sombras del pasado

El bullicio en el salón del hotel era cada vez más denso. Las copas de champán se elevaban entre risas, saludos de compromiso y miradas evaluadoras. Casey, de pie junto a sus amigas, se inclinó hacia Norma para murmurarle algo. En ese momento, sintió una presencia a su espalda. Antes de que pudiera girarse, un perfume masculino la envolvió.

—¿Casey Morgan? —La voz grave le acarició el oído con descaro—. ¿Eres tú o estoy soñando?

Se volvió despacio. Su sonrisa se congeló al instante.

Frente a ella estaba Adrien Lecavalier, un diplomático francés, ex representante en la ONU. Durante seis meses, había sido su amante. Alto, moreno, atractivo, con aquel aire insolente que la sedujo en su día, pero que ahora le revolvía el estómago.

Llevaba un esmoquin azul medianoche, y tenía una copa de coñac en la mano.

—Vaya, vaya… No esperaba verte aquí —dijo ella en tono seco, alzando una ceja.

Adrien sonrió, con esa expresión arrogante que utilizan las personas cuando creen tener el control.

—Yo tampoco, pero qué grata coincidencia. Sigues tan… provocadora como siempre.

Norma carraspeó discretamente, alejándose un paso, mientras las otras chicas abrían los ojos, expectantes. Adrien tomó la mano de Casey sin pedir permiso y la besó despacio, demasiado despacio.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ella, sin retirar la mano, pero con el cuerpo rígido.

—Me ha invitado la alcaldesa. Estoy pasando unos días en Nueva York. Aunque, si lo hubiera sabido antes, habría reservado una noche en algún hotel de Westchester.

Casey forzó una risa.

«No me puedo creer que aún sea tan cretino», pensó, enfurruñada.

—Me temo que mi agenda está demasiado ocupada.

—¿Sí? —Adrien ladeó la cabeza, sin apartar los ojos de su escote—. ¿Y este apuesto caballero es parte de tu nueva «agenda»?

—Es un amigo —respondió, con voz firme—. Un abogado ruso. Ha venido a verme, y a pasar unos días en mi casa. Nos conocimos en una conferencia, en París.

Los ojos de Adrien brillaron con una chispa burlona.

—Siempre te han gustado los hombres que llaman la atención. Aunque este parece… destacar demasiado.

En ese momento, una sombra se interpuso entre ellos. Sin decir una palabra, Dimitri se colocó al lado de Casey. Con una frialdad que helaba el ambiente, su mirada azul, afilada como una cuchilla, se clavó en el francés.

—Perdona, cariño —dijo Casey, poniéndose de puntillas y rozando con sus labios la mejilla de Dimitri—. Ya me estaba aburriendo.

Dimitri no reaccionó al gesto, pero la tensión en su mandíbula fue visible.

Adrien los observó durante un segundo y luego sonrió, con esa maldita arrogancia suya.

—Supongo que tendremos oportunidad de hablar en otro momento. A bientôt, ma chère.

Se inclinó levemente, se giró y se alejó con paso elegante, como si acabara de ganar algo.

Cuando se fue, Dimitri murmuró, sin mirarla:

—¿Quién era ese tipo?

Casey entrecerró los ojos, aún algo alterada. El roce con Adrien le había revuelto cosas que creía enterradas. Su voz sonó más firme de lo que se sentía.

—Un error del pasado. Uno de esos que sirven para aprender lo que no hay que repetir.

—¿Está en la lista de amenazas? —preguntó Dimitri con una frialdad glacial.

—Solo en la lista de imbéciles con ego hipertrofiado. —Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa—. Gracias por venir a salvarme, pero podía manejarme sola.

Dimitri la observó durante unos segundos y asintió.

—Es mi trabajo.

Ella lo miró, inclinó la cabeza, y deslizó un dedo por el borde de su copa de champán.

—Tu reacción… ¿Han sido celos… o instinto profesional?

Dimitri no respondió de inmediato. Sus ojos se mantuvieron fijos en los de ella, como si quisiera medir sus intenciones.

—Me limito a proteger lo que tengo asignado.

—¿Asignado? —Casey soltó una carcajada suave y se acercó un poco más—. Parece que soy una caja fuerte. O un paquete de munición.

—A veces, el contenido es igual de explosivo —replicó él, sin pestañear.

Ella sintió un calor repentino bajo la piel, una mezcla de irritación y deseo. Quiso decir algo, pero Norma interrumpió.

—¿Todo bien por aquí?

—Perfectamente —dijo Casey, sin apartar la vista de Dimitri—. Estábamos… hablando de seguridad.

Y antes de darle un lento sorbo, levantó su copa en un brindis, mientras sentía cómo Dimitri la miraba con una intensidad capaz de hacerle olvidar todo lo que había vivido con Adrien.

Entre la bruma y el deseo

El bullicio en el salón se volvió demasiado espeso, demasiado impostado. Las risas, los brindis, los comentarios sobre acciones, política o futuras herencias empezaban a resultarle asfixiantes.

Casey dejó su copa en la bandeja de un camarero que pasaba cerca y tomó otra sin apenas mirarla. Luego, con pasos elegantes, cruzó el salón y salió al balcón exterior. La terraza, amplia y delimitada por una barandilla de hierro forjado, ofrecía una vista privilegiada del horizonte de Manhattan, cuyas luces palpitaban sobre el oscuro telón del Hudson.

El vestido de seda negro parecía flotar sobre su cuerpo. El aire fresco acarició la piel desnuda de los hombros y parte de la espalda.

Dio un sorbo al cóctel y se apoyó en la barandilla.

—Vaya —murmuró para sí, con una sonrisa—. La ciudad nunca decepciona.

—Algunos sí lo hacen —respondió una voz tras ella, con esa calma glacial que ya reconocía sin necesidad de girarse.

Dimitri.

Casey ladeó la cabeza, sin moverse del sitio.

—¿Has desarrollado dotes de sigilo, o es que ahora también te dedicas a espiar momentos privados?

—Tu «momento privado» está a escasos metros de una sala llena de posibles amenazas. No lo llamaría una retirada estratégica.

Ella se giró, apoyándose de espaldas contra la barandilla, y lo miró. Dimitri avanzó un paso, sin prisa. Su traje oscuro absorbía la

poca luz del exterior. Solo sus ojos azules parecían encendidos.

—¿Has venido a vigilarme o a juzgarme? —preguntó ella, en voz baja.

—No hago juicios. Solo observo.

—¿Y qué has observado esta vez, Volkov?

—Que hablas demasiado —respondió él sin rodeos—. Y que te gusta hacerlo cuando hay otras mujeres observándote.

Ella arqueó una ceja.

—¿Estás insinuando que intento provocarte?

—No. Estoy diciendo que lo haces, y de forma deliberada.

Casey soltó una risa sensual. Dio un paso hacia él, sin romper el contacto visual.

—Vaya. Había creído que eras inmune. Frío, imperturbable… casi inhumano.

—No me molesta que juegues. —Su tono era serio, contenido —. Lo que me molesta es que juegues con fuego sin saber a quién estás tentando.

Ella alzó la copa con gesto insolente, y bebió un sorbo. Luego se acercó más, dejando apenas unos centímetros entre sus cuerpos.

—¿Y si lo sé? ¿Y si me gusta ese fuego, Dimitri?

Él no retrocedió. Ni un solo milímetro. Sus ojos analizaron su rostro y se detuvieron un segundo en sus labios. Luego subieron otra vez.

—Entonces eres más estúpida de lo que aparentas —susurró.

La frase fue un latigazo. Casey parpadeó, conteniendo una sonrisa helada. Lo odiaba un poco por hablarle así. Pero también lo deseaba más por eso mismo.

—Cuando te lo propones, eres encantador.

—No intento serlo —replicó él, casi al instante—. Solo pretendo que vuelvas viva a casa esta noche.

—Y yo solo quiero olvidarme por cinco minutos de que me estás vigilando como si fuera un rehén de lujo.

—Eres un trabajo —respondió, seco—. Nunca lo mezclo con mi vida privada.

El silencio que se hizo entre ellos fue denso, como una tormenta sin descargar. Las luces de la ciudad titilaban a lo lejos. Un coche tocó el claxon en la avenida. El viento le rozó el cuello a ella y levantó un mechón de su melena que él atrapó instintivamente con los dedos. Solo fue un segundo, y luego lo soltó.

Pero ese segundo bastó para que sus cuerpos se tensaran.

—Si solamente soy trabajo… no deberías tocarme —murmuró Casey, sin apartarse.

—No te acerques tanto —susurró él.

Los alientos se entremezclaron, como una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

Dimitri dio un paso hacia atrás y sus miradas chocaron con más fuerza que un mero contacto físico. Casey respiró hondo y se dio media vuelta.

—Me gusta este rincón del mundo —dijo, mirando otra vez la ciudad—. Es bonito. Casi te hace olvidar lo que no puedes tener.

Antes de hablar, se limitó a observarla durante un instante.

—No deberías mentir.

—¿Y qué te hace pensar que he mentido?

Dimitri tardó dos segundos en contestar. Luego, con una desafiante sonrisa, que parecía una amenaza contenida, murmuró:

—Porque si lo que tenemos es «solo sexo excepcional», lo estás haciendo. Te mientes a ti misma… y a ellas.

Casey tragó saliva. Había oído su comentario.

La copa, ahora medio vacía, tembló en su mano. No dijo nada.

Juegos peligrosos en el pasillo

Casey necesitaba un respiro. Aunque no lo reconocería en voz alta, el aire del salón empezaba a volverse demasiado denso. Demasiadas miradas, demasiadas sonrisas forzadas, demasiadas mujeres evaluando a Dimitri y demasiadas preguntas veladas sobre él. Y ella no era una mujer celosa, ¿verdad?

Se deslizó entre los invitados con una sonrisa, copa en mano, y salió por una de las puertas laterales del salón. El pasillo estaba decorado con molduras doradas, alfombra de seda en tonos granate y apliques de luz cálida que dibujaban sombras suaves en las paredes. Caminó sin rumbo fijo, disfrutando del silencio, de ese momento a solas con sus pensamientos.

«No está mal la noche», pensó. «No está mal tener a un dios ruso detrás de ti, aunque no sea tuyo».

—Sabía que te encontraría sola en algún momento —dijo una voz masculina, a su espalda.

Se giró, despacio. Su sonrisa se desdibujó.

—Henry Belmont —dijo sin entusiasmo.

Él sonrió, seguro de sí mismo. Casey se fijó en el: traje a medida, copa de coñac en la mano, el reloj de lujo y el peinado perfecto. Un banquero influyente de Wall Street, amigo de su padre, casi veinte años mayor que ella.

—No imaginaba que te acordarías de mi nombre —dijo él, dando un paso hacia ella.

—No suelo olvidar lo que me incomoda —replicó ella con una sonrisa cortante.

Él soltó una risa seca. Inclinó la cabeza, estudiándola con descaro.

—Estás preciosa esta noche. Distinta …. Más mujer, y más sensual.

Ella levantó la copa, como brindando en silencio.

—Es lo que tiene el tiempo. A algunas nos sienta bien.

Él se acercó un paso. Estaban solos en el pasillo y el murmullo de la fiesta apenas se oía a lo lejos.

—¿Y ese tipo que tienes pegado como una sombra? ¿Te trata… como mereces?

Casey no parpadeó. Su sonrisa se mantuvo helada.

—Dimitri sabe exactamente lo que hace. Y yo también.

Henry dejó la copa en una consola cercana, sin apartar la mirada. Se acercó otro paso. Estaba demasiado cerca.

—Nunca entendí por qué rompiste el contacto. Nos lo podíamos haber pasado bien. Yo podía haberte dado muchas cosas, Casey. Seguridad. Posición. Influencia.

Ella retrocedió medio paso, sin dejar de sonreír. «Es gilipollas. No le dejes llevar la iniciativa», pensó.

—¿Crees que no las tengo? —preguntó, mientras soltaba una risa sarcástica—. No me interesabas, Henry, y quería dormir tranquila.

Aunque el tono de su voz era suave, cortaba como una cuchilla.

Él la miró con intensidad, y sus ojos bajaron por su escote, sin disimulo.

—No creo que estés durmiendo sola últimamente —susurró, ronco—. Ese tipo… ¿sabe darte lo que necesitas?

Antes de que Casey pudiera contestar, él se inclinó un poco, como si intentara susurrarle algo al oído. Aunque no llegó a tocarla, su mano se levantó lo suficiente como para que ella se sintiera amenazada.

—No lo hagas —dijo Casey en voz baja—. No te atrevas a tocarme.

Sus ojos se clavaron en los de él, y se lo quedó mirando, muy seria.

—¿O qué? —preguntó él, provocador.

En ese momento, se escucharon unos pasos acercándose y la figura de Dimitri apareció al final del pasillo. Tenía el rostro imperturbable y los ojos de acero clavados en Henry. Caminó despacio, con las manos en los bolsillos, sin decir palabra. El silencio era tan denso que se podía cortar.

Henry se separó de Casey un paso, componiendo una sonrisa nerviosa.

—Solo hablábamos de los viejos tiempos —dijo, con fingida indiferencia.

Dimitri no contestó. Se detuvo junto a Casey, apenas un centímetro por detrás de ella. Su presencia bastaba para helar la

sangre.

—Se acabó la conversación —dijo al fin, en voz baja.

Henry se encogió de hombros, dio un sorbo a su copa y se alejó sin decir nada más.

Casey soltó el aire lentamente. Dimitri no la miró.

—No me gusta que te alejes —murmuró con ese tono tan suyo, en forma de orden.

—No estaba escapando de ti —dijo ella, aún con la voz templada.

—No importa de quién escapabas. Si quieres aire, me lo pides. Y si quieres provocarme, hay otras formas más seguras de hacerlo.

Ella se giró y lo miró directo a los ojos. El azul gélido de los suyos no la intimidó.

—¿De verdad crees que necesito que me protejas de todos los idiotas que me desean?

—No. Pero sí de los que creen que pueden tocarte —respondió él, sin pestañear.

Casey sintió que algo le estallaba en el estómago. Un calor lento y peligroso. Su piel aún sentía la cercanía de Henry, pero ahora era Dimitri quien la llenaba por completo.

—No sé quién me asusta más, si él o tú —susurró, sin poder evitarlo.

Dimitri bajó la mirada a sus labios. Luego, despacio, muy despacio, subió la mano y le acomodó un mechón de cabello tras la oreja.

—No te alejes, Casey —murmuró.

Se quedaron así. Un segundo. Dos. Tres. Sus bocas estaban cerca, insoportablemente cerca, pero nadie se movió.

Ella dio un paso atrás, elegante, como si no pasara nada.

—Volvamos al salón. Si no aparecemos, parecerá otra cosa.

Y se fue, sin mirar atrás. Dimitri la observó alejarse.

Desayuno con confesiones (y otras fantasías)

Cuando Casey se despertó, tardó unos segundos en recordar dónde estaba. La suite del hotel rebosaba lujo por todos los rincones. No quiso pensar demasiado en la noche anterior. Se dio una ducha rápida, y bajó a desayunar.

El comedor del hotel estaba iluminado por la luz dorada que se filtraba a través de los ventanales. Casey eligió una mesa junto a una de las cristaleras, lo suficientemente alejada de los demás comensales como para tener un mínimo de privacidad. Pidió un café solo y fruta fresca. Llevaba un vestido camisero blanco, el pelo recogido en un moño informal y las gafas de sol aún sobre la cabeza.

Apenas había dormido. No por culpa del ruido, ni del alcohol, ni siquiera por los dos incómodos encontronazos de la noche anterior. Y el motivo era Dimitri Volkov. Su imperturbable presencia, sus silencios cargados de gravedad, o su manera de mirarla. La forma en la que había rozado su rostro con esos dedos que parecían diseñados para desobedecer.

—Siempre tan puntual —dijo una voz conocida a su espalda.

Casey sonrió, girándose.

—Y tú siempre tan elegante, Mamá. Aunque no te esfuerces.

Victoria Morgan apareció junto a la mesa con una radiante sonrisa. Vestía un pantalón beige y una blusa de seda de color crema que acentuaba su esbelta figura. Se sentó frente a Casey.

—¿Has dormido bien? —preguntó, acomodándose una pulsera de oro blanco.

—Unas pocas horas, que ya es mucho. Conociendo mis hábitos… —respondió Casey, mientras se servía el café—. ¿Y tú?

—Perfectamente. Aunque reconozco que hubo demasiada conversación superficial anoche. Demasiado falso interés en mis obras de beneficencia, y verdadero interés en Dimitri.

Casey levantó una ceja, entretenida.

—¿Mis amigas o las tuyas?

—Ambas —dijo Victoria, sin dudar—. Tu ruso causó furor. Incluso Nancy, que lleva veinte años casada con ese abogado blandengue, me susurró que no recordaba haber visto a un hombre con ese… porte.

—¿Y tú qué dijiste? —preguntó Casey, divertida.

—Que era un amigo tuyo. Punto.

Casey se llevó la taza a los labios, ocultando la sonrisa.

—¿No les aclaraste que es mi escolta?

Victoria rodó los ojos.

—¿Y tener que explicar el «por qué», el «cómo», el «desde cuándo» y el «qué pasó?». No, gracias. He aprendido que, cuando una historia no se puede explicar sin arruinar un cóctel, es mejor contar otra más digerible.

—Te doy la razón —asintió Casey—. Yo hice lo mismo. Les dije a mis amigas que era un abogado ruso que se está quedando en casa unos días. Que nos conocimos en Europa y nos hicimos amigos.

Victoria entrecerró los ojos, saboreando el zumo recién exprimido.

—Un abogado ruso muy elegante, silencioso… y peligrosamente atractivo. Parece una novela de espías. Y en esta historia que has contado, ¿qué papel juegas tú? ¿La traductora? ¿La tentación?

Casey se echó a reír. Sus ojos brillaban con malicia.

—Digamos que soy la excusa.

—¿La excusa para qué?

—Para soñar con todo lo que no se puede decir en voz alta antes del café.

Victoria la observó en silencio un instante. Luego, inclinó la cabeza.

—¿Te gustaría que fuera verdad? Que realmente estuvieras… involucrada con él.

Casey dejó la taza sobre el platillo con deliberada lentitud.

—¿Esa es una pregunta de madre o de mujer?

—De ambas —respondió Victoria, sin perder la sonrisa—. No soy ciega, cariño. Ni tonta. Y tú llevas toda la mañana jugando con las palabras como quien juega con una cremallera que no se decide a abrirse del todo.

Casey cruzó una pierna sobre la otra, se acomodó en la silla y la miró fijamente.

—Me gustaría que fuera más que eso. Que lo de «amigo ruso» fuera solo la punta del iceberg. Lo que se puede decir de puertas afuera, mientras las sábanas arden en el interior.

Victoria dejó escapar una elegante carcajada.

—Ay, hija… Si yo tuviera diez años menos —dijo, teatral.

—No hace falta. Con ese cuerpo y ese sarcasmo, podrías quitármelo con solo pestañear.

Victoria se inclinó hacia delante.

—Pero tú no lo quieres para jugar, ¿verdad? El tono que utilizas cuando hablas de él, indica otra cosa.

El silencio se instaló entre ambas. Casey bajó la vista hacia el café, sin responder.

«No. No es un juego. Ya no lo es, y eso es lo que da miedo».

Victoria se reclinó de nuevo y cogió una tostada con mantequilla.

—Entonces cuídate. Los hombres como él, no llegan para quedarse. El problema es que a veces se quedan en la memoria… y eso es más peligroso.

—Gracias por el consejo, Mamá —dijo Casey con una sonrisa que escondía más de lo que mostraba—. Pero yo nunca dejo que me quemen la piel sin disfrutar primero del incendio.

Y entonces vio a Dimitri. Entraba en el comedor con su andar sereno e impecable. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa negra. Se detuvo un segundo, observando el entorno, hasta que sus ojos se clavaron en los de ella.

Apenas sonrió. Ese gesto fue suficiente para que Victoria alzara las cejas, como quien acaba de leer el prólogo de un libro que no pensaba disfrutar… y ya está enganchada a él.

—Querida —susurró—, si eso es un abogado ruso… que Dios bendiga tu imaginación.



Capítulo 5

Un «abogado» muy atractivo.

Mientras él se acercaba con paso firme y decidido, como si tuviera reservado el derecho a estar en cualquier parte del mundo que pisara, Casey fijó su mirada en Dimitri.

Su camisa negra y entallada, remarcaba su físico sin alardes. Llevaba los puños remangados y una expresión fría… de esas que no decían nada, pero hacían que el aire cambiara de temperatura. Como si su sola presencia alterase el equilibrio molecular del entorno.

—Buenos días —dijo con un leve asentimiento hacia ambas.

Su voz, baja y cortante, parecía más propia de una sala de interrogatorios que de un comedor de hotel.

—Dimitri —respondió Victoria con un tono entre cálido y curioso, como si estuviera evaluando un vino caro—. Justo hablábamos de ti. ¡Qué oportuna casualidad!

Él ladeó la cabeza apenas.

—¿Algo que deba preocuparme?

—No, en absoluto —intervino Casey, dando un sorbo al café para ocultar su sonrisa—. Solo halagos. Muchos. Demasiados.

Victoria lo miró, con la experiencia que solo tienen las mujeres que ya lo han visto todo… y aún saben reconocer lo extraordinario cuando se presenta.

—Siéntate con nosotras —le ofreció, señalando la silla vacía junto a Casey—. Serás mi excusa perfecta para pedir otro café. Con esta hija mía, una taza nunca es suficiente.

Él dudó una fracción de segundo. Tomó asiento y apoyó las manos sobre la mesa. Sus movimientos eran contenidos, pero perfectamente medidos.

—¿Cómo transcurrió tu noche, Dimitri? —preguntó Victoria, sirviéndose más café—. ¿Fue tan intensa como la de mi hija?

La pregunta permaneció un instante en el aire. Casey se atragantó con la fruta y le lanzó una mirada de reproche a su madre, que fingió no notarlo.

—Resultó tranquila —respondió él, sin titubear—. Lo justo para mantenerme alerta.

«¿Alerta?», pensó Casey. «¿Alerta de qué? ¿Del banquero baboso? ¿Del diplomático arrogante?».

—Eso me gusta —musitó Victoria, cruzando una pierna sobre otra—. Un hombre que siempre está en guardia. Es… reconfortante. Especialmente en los tiempos que corren.

—No me considero reconfortante —replicó él, sin perder la compostura—. Ni previsible.

—Oh, no, eso ha quedado claro —contestó Victoria con una sonrisa enigmática—. A juzgar por las miradas de mis amigas, anoche causaste una profunda impresión. Casey carraspeó.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Te importa que él y yo terminemos de desayunar sin que lo interrogues como si fuera una mezcla de James Bond y Christian Grey?

Victoria se encogió de hombros con toda la inocencia del mundo.

—Solo intento conocer mejor al abogado ruso. Después de todo, vive bajo nuestro techo.

Casey se giró hacia Dimitri. Él seguía inmutable. Ni una ceja alzada, ni una sonrisa. Pero en sus ojos bailaba algo que no estaba allí el minuto anterior.

—Eso es porque me vigila por motivos estrictamente profesionales —afirmó Casey, desafiante.

—Por supuesto —dijo Victoria, como quien no cree en las hadas, pero deja una galleta por si acaso—. Aunque debo reconocer que, si todos los escoltas que hemos tenido contratados hubieran tenido tu pinta, quizás no me habría casado nunca.

El camarero llegó en el momento justo, evitando que la conversación se volviera directamente incendiaria. Dimitri pidió té negro y huevos escalfados, con esa voz suya que convertía lo cotidiano en ritual. Casey pidió otro café. Victoria se limitó a sonreír mientras removía el suyo.

—Bueno, yo ya he tenido mi dosis de cafeína y de emociones fuertes —dijo la madre, levantándose—. Os dejo desayunar. Pero antes… —Se inclinó para besar la mejilla de su hija y luego se giró hacia Dimitri—. Gracias por cuidar de ella. No todas las princesas tienen un dragón que las proteja…, pero algunas necesitan uno que las entienda.

Dimitri no respondió. El silencio fue tan denso que Casey escuchó cómo le latía el corazón.

Cuando Victoria desapareció del comedor, Casey apoyó el codo en la mesa y lo miró con descaro.

—¿Te has dado cuenta de que mi madre está coqueteando contigo?

—Sí.

—¿Y no te incomoda?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú estás aquí.

El silencio se alargó. Casey no sabía si golpearlo, besarlo, o lanzarse a la piscina sin saber si había agua.

«¡Y ese es mi maldito problema!… ¡Qué me empieza a dar igual si hay agua o no!», pensó.

Una situación muy especial

Cuando terminaron de desayunar, Casey se levantó primero. No le dijo nada, ni preguntó. Solo lo miró, y él la siguió.

Subieron por el ascensor hasta la suite del ático, en silencio. Con un leve clic, las puertas se cerraron tras ellos. Casey se quitó los tacones al entrar y caminó descalza sobre la alfombra, como si el mundo fuera suyo y él, una presencia inevitable que aceptaba sin resistirse.

—Necesito aire —murmuró.

Abrió las puertas dobles del salón acristalado que daban a la terraza, y salió al exterior. La brisa arrastraba el olor a ciudad recién despierta, y el sol de media mañana acariciaba la piel con una deliciosa calidez.

Dimitri la observó desde el umbral, sin moverse. Apoyó una mano en el marco de la puerta. Su figura proyectaba una sombra alargada sobre las baldosas.

—¿Estás bien?

Casey se giró hacia él, con una ceja en alto.

—¿Te preocupa?

Él no respondió de inmediato. Sus ojos azules recorrieron su silueta: el vestido camisero blanco que llevaba, la caída despreocupada de su melena, el brillo desafiante de su mirada.

—Estoy aquí para protegerte —dijo, tranquilizador.

—Eso no responde a mi pregunta.

Él también salió y cerró la puerta tras de sí. La terraza era amplia, rodeada de jardineras con flores blancas, muebles de teca y cojines de lino. El paraíso privado de una reina moderna.

Casey apoyó las manos en la barandilla de hierro forjado, dándole la espalda.

—Sé lo que intentó hacer ese cerdo anoche —dijo, sin girarse —. No hace falta que me lo digas. Ni que lo jures por tu honor de lobo siberiano.

—Lo vi demasiado tarde.

—¿Y si no lo hubieras hecho?

El silencio fue tan denso como una tormenta.

—No deberías haber estado sola —susurró él.

Ella se giró despacio. Tenía los ojos brillantes, no de lágrimas, sino de furia contenida. De deseo mal encajado.

—¿Sabes lo que más me molestó?

—Sorpréndeme.

—Que ni siquiera me sentí débil. Me sentí… estúpida. Por dejar que algo tan vulgar me descolocara.

Dimitri se acercó a ella, lento, como un depredador bien entrenado. Cuando estuvo a escasos centímetros, bajó la voz hasta convertirla en amenaza sensual.

—No fue debilidad, Casey. Fue vulnerabilidad. Y no es lo mismo.

Ella lo miró. De cerca, Dimitri era aún más devastador. O quizá era la forma en la que la miraba, como si el mundo entero sobrara

cuando estaban así, tan juntos que bastaba con inclinarse un poco.

Casey alzó una mano y le rozó la mandíbula con los dedos. Como si necesitara confirmar que no era de piedra.

—Dímelo otra vez —susurró—. Lo de que estoy segura contigo.

Él la miró, tenso como un cable a punto de romperse.

—No permitiré que nadie te haga daño —dijo, sin apartar la vista.

Ella asintió. Bajó la mano, pero no se apartó.

—Y tú —añadió—. ¿Tú tampoco vas a hacerme daño?

Dimitri vaciló. Por primera vez, el muro se agrietó. Fue apenas un instante, pero Casey vio un destello de humanidad.

—No tengo la respuesta a eso.

—Vaya. ¡Qué honesto!

—Siempre lo soy contigo. Y siempre lo seré.

Volvió el silencio, pero era distinto. Cargado e incómodo. Insoportablemente íntimo.

Entonces, sin aviso, Casey se inclinó hacia él. Aunque sus labios rozaron su mejilla, en forma de ardiente caricia, no lo besó.

—Esto no va a salir bien, Dimitri —murmuró, con la boca junto a su oído.

—Lo sé.

—Y, aun así…

Ella apoyó la frente en su pecho, y el cuerpo de Casey se permitió temblar. Un temblor sutil. Humano. Real.

Él no hizo nada por detenerlo.

El murmullo del deber

Las yemas de sus dedos rozaban apenas la cintura de ella. No la sujetaban. No la reclamaban. Solo estaban ahí, como si cada milímetro de distancia fuera una línea invisible que ninguno se atrevía a cruzar… y que, al mismo tiempo, deseaban borrar.

—Dimitri… —susurró Casey, en un tono que ni ella misma reconoció. Vulnerable. Cálido.

Él no respondió. Solo bajó la mirada hasta sus labios, y en ese instante se sintieron peligrosamente unidos. Dos cuerpos, con demasiadas verdades sin pronunciar.

Estaban a punto de…

Vibración. Sonido seco. El móvil de Dimitri retumbó en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y la pantalla brillaba: INSPECTOR KEENE.

Dimitri lo miró con fastidio, pero su cuerpo se tensó de inmediato. Volvió a ser el hombre blindado que Casey ya conocía demasiado bien.

—Buenos días, inspector. Soy Volkov —dijo.

Ella no se movió. Observaba su expresión como si pudiera traducir las palabras ajenas a través de sus ojos azules.

—¿Seguro? —su voz bajó un tono—. ¿Nombre?

Pausa.

—Rubén Vázquez. Latino. Entendido.

Casey parpadeó. Volvía a estar donde debía, aunque todo su cuerpo gritaba por quedarse en el instante anterior.

—¿Pertenece a alguna banda? —preguntó Dimitri, ahora apoyado contra la barandilla, con el ceño fruncido.

Silencio. Luego, su voz de nuevo:

—Bien. Si lo perdierais, me llamas. Y envíame su foto al canal seguro. Gracias.

Colgó.

Se hizo un silencio.

—¿Era la policía? —preguntó Casey, sin necesidad de confirmar.

Dimitri asintió. De nuevo, su mirada era una losa de hielo.

—Ya han identificado al asesino. Se llama Rubén Vázquez. Es miembro de una banda latina y el asesinato está relacionado con un ajuste de cuentas.

—¿Y…?

—Tienen su casa vigilada. Están esperando a que regrese para detenerlo y averiguar de quién partió la orden. Es cuestión de horas.

Ella bajó la vista. La noticia debería haberla aliviado, pero no era eso lo que más le importaba. Era la interrupción. El muro que volvía a levantarse entre ellos.

—Entonces esto… —murmuró, sin saber muy bien si se refería al crimen o a lo que acababa de pasar entre ellos.

—Esto… —repitió él, con tono neutro—. Sigues siendo un trabajo, Casey.

Y salió de la suite, dejándola allí. De pie. Con la mirada confusa y la certeza de que, aunque él quisiera negarlo, aquello había sido demasiado importante.

Sombras entre escaparates

Cinco minutos después, mientras Dimitri recogía la poca ropa que había llevado para pasar la noche en el hotel, sonó su móvil.

—¿Dimitri? —La voz de Casey era serena, como si aún arrastrara el eco del desayuno con su madre—. Antes de volver a casa necesito pasar por el centro comercial. Me he quedado sin un par de cosas… personales.

Hubo una pausa.

—¿Es urgente? —preguntó él, mientras revisaba el móvil, donde habían llegado las fotos de Rubén Vázquez. El rostro moreno, la mirada fría, el tatuaje rojo en el antebrazo izquierdo que Casey no había podido leer: «Reyes del Este».

—Para mí, sí —respondió ella con picardía—. Salgo en cinco minutos. ¿Vienes?

Dimitri colgó, sin más palabras.

* * *

El trayecto hasta el centro comercial Brookfield Place fue tranquilo, pero solo en apariencia. Dimitri percibió que un coche negro, con lunas tintadas, aparecía tras ellos nada más salir del hotel. No se despegó en ningún momento. Cambios de carril, semáforos, desvíos: siempre detrás.

Dimitri entrecerró los ojos, sin alertarla. No aún.

«Esto no es casual», pensó.

Aparcaron cerca de la entrada principal. El coche oscuro hizo lo mismo, a unos cuarenta metros de distancia. Nadie descendió. Ni una puerta se abrió.

—Ve mirando tiendas —le dijo Dimitri con calma, nada más entrar en el centro comercial—. Necesito volver un momento al coche. Se me ha olvidado algo.

—¿Quieres que te espere?

—No. Yo te encontraré.

Ella se encogió de hombros y se alejó, con sus vaqueros ajustados y paso firme, moviendo su rubia melena.

Dimitri no se movió del todo. Avanzó hacia otra entrada y se quedó junto a la cristalera, con una visión directa hacia el vehículo sospechoso. Lo supo antes de que sucediera. Se bajó un tipo con gorra de béisbol, y una sudadera negra. Su reloj dorado era demasiado grande para una muñeca tan flaca.

Aunque tenía rasgos latinos, no lo veía bien para asegurar que fuera el hombre de la foto, pero Dimitri no creía en las casualidades. Si era él, ella era su objetivo. Necesitaba estar seguro.

«¿Eres Vázquez?», pensó.

Miró hacia el interior. Casey estaba a unos metros, frente al escaparate de una tienda de lencería, la más exclusiva del recinto. Tenía el gesto despreocupado, y en la mano una copa de champán que le había ofrecido la dependienta que captaba a las clientas.

Dimitri se acercó, rápido, pero sin alarmar.

—Necesito tu ayuda —le dijo, arrastrándola al interior de la tienda.

—¿Mi ayuda? —preguntó Casey con tono divertido—. ¿Me pides ayuda para elegir bragas? ¿Vas a hacerme algún regalo?

—No se trata de eso.

—No seas soso, Volkov. —Cogió dos conjuntos. Uno blanco y uno negro. Eran diminutos, de encaje fino y tul. Exquisitos—. ¿Cuál te gusta más?

Él echó una ojeada fugaz, pero sus ojos estaban más atentos al reflejo de la entrada que a la lencería que ella sostenía.

—El blanco. Es más discreto —respondió, frío, seco, sin emoción.

Casey parpadeó, dolida. Su reacción no era la de un hombre impasible. Era la de un muro de granito.

—Vaya entusiasmo… —murmuró, cargada de sarcasmo—. Casi haces que me los pruebe aquí mismo.

—Casey, ahora no es el momento.

—Tienes razón. Nunca lo es contigo. Ni para hablar, ni para acercarse, ni para nada que implique algo que no sea tu maldita cara de póker.

Dimitri la miró con un destello de algo parecido a culpa.

—No es eso.

—¿No? —Alzó una ceja con dureza—. Entonces, dime qué es. Porque esta mañana parecías otra persona. Una con alma. Una que podía mirar a alguien sin ocultarse detrás de esa puta máscara helada.

Él no respondió.

Casey se giró hacia la dependienta, que observaba la escena como quien ve una serie de Netflix en directo.

—Me llevo los dos —dijo, con voz firme—. El blanco y el negro.

—¿Desea que se los envolvamos para regalo?

—No hace falta. Y quiero que quede claro que, aunque me lo pida de rodillas, no dejaré que me vea ninguno puesto —le dijo a la dependienta, pero sin apartar la mirada de Dimitri.

La dependienta mostró una pícara sonrisa. Casey pagó, tomó la bolsa con elegancia y se alejó hacia la puerta, sin volver a mirar atrás.

Dimitri soltó el aire. No porque le afectara la frase, sino porque, durante una fracción de segundo, deseó que fuera mentira.

«Mal momento, Casey. Muy mal momento para que empieces a importarme».

Y salió junto a ella. Adelantó sus pasos, vigilando y analizando. Controlando el lugar.

Y pensando en lo que se había roto… otra vez.

Sangre en los escaparates

Salieron de la boutique sin hablar. Casey caminaba con la bolsa colgada del brazo, deteniéndose cada pocos metros para mirar un escaparate. Dimitri, en cambio, no parpadeaba. Era como un depredador. Con todos los sentidos en tensión, los ojos oscuros, atentos a cada sombra, a cada silueta o gesto extraño.

«Sigue aquí», pensó.

Lo sentía, como si el peligro tuviera olor. Como si aquel sujeto desprendiera un rastro de muerte que él era capaz de rastrear en medio de la multitud.

Ella entró en una tienda de ropa urbana. Minifaldas, tops ceñidos, música suave. Dimitri la siguió, pero se quedó en un rincón, junto a un perchero de chaquetas de cuero. Desde allí, con mirada de halcón, vigilaba el pasillo central. Y entonces lo localizó.

Estaba a unos siete metros de él. Vio la gorra de béisbol, la sudadera negra y lo que aún no había podido ver con claridad: su rostro. No tenía ninguna duda de que era él. Era Rubén Vázquez.

«Hijo de puta», pensó, sintiendo cómo la adrenalina le tensaba la espalda.

Con disimulo, sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta y marcó el número del inspector Keene. Mientras hablaba, sus ojos no se despegaban del objetivo.

—Lo tengo delante, Keene. Estamos en el centro comercial Brookfield Place. Piso inferior, pasillo principal. He visto un coche que nos seguía y ha venido hasta aquí.

—Estoy a cinco minutos —contestó Keene al instante—. Voy con dos unidades. Llegaremos sin sirenas, porque lo necesito vivo, Volkov, si es posible.

—Lleva un Ford Fusion negro, con lunas tintadas y matrícula de Nueva Jersey. Está aparcado en la zona B3, junto a la salida norte.

—Recibido. Quédate con ella. Y no hagas ninguna locura.

Dimitri colgó sin responder. «Demasiado tarde para eso».

Cuando salieron de la tienda, Casey seguía distraída, sujetando una falda roja que le había gustado. Dimitri caminó junto a ella, más pendiente del entorno que de su presencia.

Y entonces lo percibió. Un movimiento rápido, una sombra detrás de una de las columnas que sujetaban la terraza superior… y un destello metálico.

—¡Agáchate! —gritó Dimitri, mientras se interponía entre ella y el sujeto.

Todo sucedió en un segundo. Dimitri desenfundó y disparó tres veces en dirección al atacante. Las detonaciones retumbaron en el centro comercial, como latigazos.

Casey cayó de rodillas por el susto, cubriéndose la cabeza. Gritos. Cientos de ellos. La gente corriendo, empujando, tropezando en su huida. Un caos absoluto.

Dimitri permanecía inmóvil, con el brazo extendido y la mirada fija. Apuntando.

Vázquez yacía en el suelo. Retorcido, jadeando, con el revólver aún en su mano.

Uno de los disparos le había atravesado el hombro, otro había destrozado su rodilla derecha, y el tercero se había incrustado en el costado. Sangre oscura manchaba el suelo de mármol.

Dimitri dio un paso. Luego otro. Con la mano izquierda buscó la herida de su hombro derecho. La sangre brotaba entre sus dedos. Otra bala. Otra nueva cicatriz.

Llegó hasta él, sin apartar el arma, y le aplastó la muñeca con la bota, haciendo que soltara el revólver.

Entonces, apareció Casey. Tenía el rostro pálido y desencajado. Los ojos abiertos como platos.

—¿Es él…? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Es el del callejón?

Dimitri asintió.

—Rubén Vázquez. Pertenece a una banda. «Los Reyes del Este». Me ha dicho el inspector que es un matón barato con ínfulas de ejecutor.

Entonces, ella vio su mano izquierda. La sangre y su gesto tenso.

—Estás herido… —susurró, con un nudo en la garganta.

Él mantuvo la mirada fija en Vázquez, que gemía en el suelo.

—No es nada.

—¡Te han disparado, Dimitri! —gritó, con lágrimas en los ojos —. Esa bala iba dirigida a mí.

Él bajó la vista hacia ella, con una mezcla de cansancio, cierto dolor y una ternura que no sabía disimular.

—Es parte de mi trabajo.

Ella negó con la cabeza, temblando.

—No me vas a engañar, Volkov. Sé que yo no soy solo eso. Y tú también lo sabes.

El silencio entre ellos fue más intenso que los gritos de la multitud.

Se escucharon las sirenas. La policía ya había sido advertida del tiroteo.

Pero ya era tarde. Él ya había sangrado por ella.

El disparo que lo cambió todo

Apenas unos segundos después del tiroteo, los gritos continuaban resonando en el centro comercial, mezclados con las sirenas lejanas que ya se acercaban. Los guardias de seguridad del centro comercial aparecieron corriendo por el pasillo, con las pistolas desenfundadas. Apuntaron directamente a Dimitri.

—¡Baje el arma! —ordenó uno de ellos, con el rostro desencajado.

Casey ni se lo pensó. Se pegó a Dimitri y se puso frente a él, protegiéndolo con su cuerpo. Lo abrazó con fuerza, sintiendo cómo su brazo izquierdo seguía presionando la herida ensangrentada.

—¿Estáis locos? —espetó, sin soltarse de él—. ¡Acaba de salvarme la vida! ¡Está herido, imbéciles!

Uno de los guardias, todavía desconfiado, se acercó al cuerpo tendido en el suelo y recogió el revólver que había caído junto a él. El arma aún humeaba. Casey notó que Dimitri, con gesto tenso, bajaba su pistola y la dejaba colgar junto a su muslo.

En ese momento, una voz autoritaria cortó el caos como un cuchillo.

—¡Policía! Tranquilos, todos. Ya está controlado.

El inspector Nathaniel Keene apareció al final del pasillo, enseñando su placa. Iba acompañado de la inspectora Valerie Ross y cuatro policías armados. Sus ojos recorrieron la escena con rapidez profesional. Al ver el cuerpo del agresor, asintió con gravedad. Después, su mirada se deslizó hacia Dimitri y su hombro ensangrentado.

—¿Estás bien? —preguntó Keene, acercándose.

—No es grave —gruñó Dimitri, quitándole importancia—. Ha sido en el hombro. Puedo mover el brazo. No ha tocado hueso.

Casey lo apretó un poco más, temblando, sin soltarlo.

«Claro que no es grave… solo te han disparado delante de mí. Casi te matan por protegerme».

Los paramédicos llegaron corriendo. Uno de ellos examinó la herida rápidamente.

—Orificio de entrada y salida. Limpio y sin fractura aparente —dijo, aplicando una gasa—. Aun así, hay que desinfectarlo y darle puntos. No puede quedarse así.

Mientras el equipo médico lo atendía allí mismo, Casey no apartó los ojos de él ni un segundo. Quería abrazarlo, zarandearlo, gritarle… pero, sobre todo, quería asegurarse de que seguía respirando.

Dimitri, imperturbable, dejó que lo curaran, como si le estuvieran cambiando una venda y no cosiendo un agujero de bala en su cuerpo.

Keene se cruzó de brazos, evaluándolo con respeto.

—Buen trabajo, Volkov. Ese cabrón estaba en busca y captura desde anoche. Nos has ahorrado muchos problemas.

—Solo he hecho mi trabajo —respondió Dimitri, con ese tono gélido que no se derretía ni con sangre corriendo por su brazo.

—¿Queréis que os acompañemos a casa? —preguntó Valerie, mirando de reojo a Casey.

Dimitri negó con la cabeza.

—Puedo conducir.

—¡Ni de coña! —saltó Casey antes de que nadie pudiera abrir la boca—. Tú no conduces a ninguna parte, Terminator. Vas medio ensangrentado y con puntos frescos en el hombro. Conduzco yo.

Él la miró como si acabara de proponerle saltar de un edificio.

—Estoy bien, Casey.

—Y yo soy la reina de Inglaterra. Vas al asiento del copiloto, Volkov. No pienso discutir contigo.

Los policías se despidieron de ellos con un apretón de manos y un leve gesto de respeto hacia Dimitri. Él subió al asiento del acompañante, a regañadientes, mientras Casey rodeaba el coche por el otro lado.

Se acomodó al volante, lo miró con esa sonrisa desafiante que ya era marca registrada.

—Relájate, ruso. Estás en buenas manos. Y por si te lo preguntas… soy una conductora de la hostia.

Él no sonrió, claro. Pero la forma en la que sus ojos la siguieron al poner en marcha el motor le dejó claro que, aunque su frialdad siguiera ahí… algo se había resquebrajado.

«Y lo que falta por romperse», pensó Casey, acelerando rumbo a casa.

Sangre, sirenas… y orgullo herido

El motor del coche rugió suave cuando Casey pisó el acelerador. Con el gesto decidido, sin perder ni un segundo, condujo hacia la salida del centro comercial.

Dimitri, sentado a su lado, no dijo nada. Su mano izquierda seguía reposando sobre el vendaje fresco que le cubría el hombro. Aunque no se quejaba, Casey veía perfectamente que le dolía.

—¿Estás segura de que conduces bien? —preguntó él, con un acento ruso tan seco como el vodka barato.

Ella giró la cabeza un segundo, lo justo para arquear una ceja.

—No seas ridículo, Volkov. Me saqué el carné antes de terminar el máster. ¿O creías que las herederas solo sabemos gastar y posar en Instagram?

—Pensaba que conducías deportivos, no tanques —respondió, mirando el coche de alta gama como si fuera un coche de choque.

—Este tanque va a llevarte vivo a casa. Así que relájate. —Aceleró un poco, disfrutando en silencio de verlo tener que aceptar la situación—. Además, después de que me salvaras la vida y te llevaras un souvenir en el hombro, creo que lo que me merezco es hacer de heroína.

Él no contestó. Seguía con esa expresión que mezclaba estoicismo militar y un vago aire de desaprobación.

Casey sonrió para sí misma.

«Ni un gemido, ni un mal gesto… Este tío se toma un balazo como quien se tropieza bajando las escaleras».

Salieron a la autopista que los llevaría de vuelta a Westchester. Durante unos minutos, solo se escuchó el sonido del motor y la respiración contenida de ambos. Casey, evidentemente, no pudo aguantar mucho en silencio.

—Tengo que reconocer que… lo del centro comercial… ha sido un momento bastante intenso. Me salvas la vida, te pegan un tiro, pisas al tipo malo en el suelo… y todo eso sin perder ni un segundo el estilo. —Lo miró de reojo—. Me empiezas a caer peligrosamente bien, Dimitri Volkov.

—Intento no caer bien a mis clientes —replicó él, sin apartar la vista del parabrisas.

—No soy una clienta cualquiera —dijo ella, modulando la voz con descaro—. Además, no me mientas. Estoy segura de que ahora mismo, en tu cabeza fría de ex Spetsnaz, te estás replanteando todo el puto código profesional.

Él la miró fugazmente, como si analizara la frase pieza por pieza.

—Lo único que me estoy replanteando es dejarte conducir.

Casey soltó una carcajada, acelerando suavemente.

—Olvídalo, soldado de hielo. Hoy, mando yo.

Hubo un breve silencio. Dimitri, antes de volver a mirar al frente, deslizó la mirada por su perfil, deteniéndose un segundo más de lo necesario en sus labios.

Casey sonrió, triunfante.

«Sabe que tengo razón. Y, aunque no lo admita… le gusto. Tanto como él a mí».

Los kilómetros se fueron acortando, igual que la prudente distancia que él intentaba mantener con ella.

Y Casey ya tenía claro que esa distancia no iba a durar demasiado.

Regreso y grietas en el hielo

El coche se detuvo frente al portón principal de la mansión Morgan, en Westchester. La luz blanca del mediodía caía sobre la fachada de piedra clara y los setos perfectamente recortados. Casey apagó el motor con un gesto teatral y, antes de bajar, se giró hacia Dimitri.

—Hogar, dulce hogar. ¿Te has mareado mucho con mi conducción, o has podido sobrevivir sin traumatizarte?

Dimitri la miró sin rastro de humor, aunque la ligera contracción en la comisura de su boca casi parecía un esbozo de sonrisa.

—He visto peores trayectos, pero solo en zonas de guerra.

—¡Qué encanto tienes!—murmuró ella, saliendo del coche.

Con el ceño fruncido y la radio en la mano, Michael, el jefe de seguridad, apareció corriendo desde la puerta principal en cuanto los vio.

—¿Estáis bien? Nos han avisado por la radio. Dimitri… ¿Estás herido?

Casey no lo dejó responder. Caminó hasta él y, cruzándose de brazos, contestó en tono firme.

—Sí. Y por si te lo preguntas, sigue vivo porque yo he conducido. Si llegamos a dejarlo al volante con esa herida, ahora estaríamos estampados en alguna cuneta.

Dimitri negó levemente con la cabeza y cerró los párpados, desesperado, sin molestar en defenderse. Michael, con una sonrisa, se limitó a asentir y abrió la puerta principal.

En cuanto entraron, Casey notó la familiar calidez de su casa, pero su atención estaba en el hombre que caminaba a su lado. Su paso seguía firme, pero, el vendaje en su hombro y su palidez, le recordaban que no era tan indestructible como pretendía aparentar.

Victoria apareció en el vestíbulo. Iba elegantemente vestida, con un conjunto de lino blanco, y llevaba el móvil en la mano. Tenía una expresión alarmada.

—¿Qué ha pasado? Me acaban de llamar. ¿Estáis bien? —Su mirada pasó de Dimitri a Casey, y de nuevo a la sangre seca en el brazo de él.

—Todo bien, mamá —respondió Casey con su sonrisa más convincente, ignorando el leve temblor de sus propias manos—. El señor Volkov ha decidido ampliar sus servicios como guardaespaldas, y ser un escudo antibalas humano.

Victoria parpadeó, intentando procesar el sarcasmo de su hija y el gesto pétreo de Dimitri.

—Ha recibido un disparo, pero ha resuelto el problema —añadió Michael, resumiendo la situación en tono seco.

Victoria se acercó y, con ese descaro elegante que solo una madre millonaria y ex modelo dominaba, le echó un vistazo al vendaje de Dimitri. Su mirada se suavizó.

—Me alegro de que hayas vuelto entero. —Luego se volvió hacia Casey con una sarcástica sonrisa—. Supongo que después de esto, ¿ya no te parece tan exagerado tenerlo pegado a ti todo el día?

Casey abrió la boca para soltar alguna réplica, pero la imagen del cuerpo de Dimitri protegiéndola, el calor de su torso contra su

espalda, el disparo… hizo que se le cortara en seco el sarcasmo. Solo pudo asentir y tragarse las bromas.

Victoria los observó durante un instante. Su mirada azul, tan parecida a la de su hija, recorrió la escena con esa sutileza casi felina.

—Voy a ver cómo va la comida. Vosotros deberíais descansar un poco —añadió con naturalidad, como si no acabaran de sobrevivir a un tiroteo en pleno centro comercial.

Cuando se quedaron solos en el vestíbulo, Casey cruzó los brazos y lo observó de arriba abajo.

—Bueno, soldado. Te has ganado un rato de descanso… aunque dudo que vayas a dormir.

—Estoy acostumbrado —respondió él, sin alterarse.

Ella sonrió, caminando hacia las escaleras.

—Perfecto. Porque yo tampoco voy a pegar ojo. Así que, si te aburres antes de la hora de comer, ya sabes dónde está mi habitación.

Dimitri no respondió. Pero sus ojos la siguieron hasta que desapareció por las escaleras.

Y en ellos, por primera vez, Casey creyó haber visto… grietas.

«La muralla rusa se resquebraja, Volkov. Solo es cuestión de tiempo».



Capítulo 6

La mesa, la herida y el bikini

La luz de mediodía bañaba la mesa de roble oscuro, dispuesta de forma impecable, con su vajilla blanca, sus copas de cristal y una fuente de ensalada.

Cuando Dimitri apareció por el comedor, para entrar en la salita en la que comía de forma habitual, Casey estaba sentada con las piernas cruzadas. Tenía una sonrisa que mezclaba desafío y ternura, y vigilaba cada gesto del ruso, como si se le fuera a desintegrar delante de los ojos.

Victoria, desde la cabecera de la mesa, los observaba con su acostumbrada expresión serena… aunque no se le escapaba ni un detalle. Llevaba un vestido beige, el cabello perfectamente recogido y esa mirada azul que no admitía tonterías.

—Dimitri, por favor, quédate a comer con nosotras —dijo, sirviendo agua en su copa—. No voy a aceptar un no como respuesta. Después de lo que ha pasado hoy… creo que te has ganado ese derecho y bastante más.

Dimitri asintió sin rechistar, con esa rigidez marcial que le salía hasta para sentarse a la mesa.

Casey se inclinó hacia él y susurró:

—Traducido del idioma de mamá: si no comes con nosotras, ofendes a la familia… y eso es más peligroso que un disparo.

Él ni se inmutó, pero un destello cruzó fugazmente sus ojos.

Justo entonces, el móvil de Dimitri vibró sobre la mesa. Él lo tomó, y al instante su expresión cambió al ver el nombre en pantalla.

—Disculpen.

Se levantó y se alejó unos pasos, contestando con esa calma gélida que tanto lo caracterizaba.

Casey lo observó desde la mesa, mordiéndose el labio inferior, inquieta. Sabía perfectamente de quién se trataba. Era su padre.

Cuando Dimitri regresó, se sentó sin aspavientos. Ella no pudo evitar preguntar.

—¿Era mi padre? —bajó la voz, enredando el tenedor en la ensalada.

—Sí —confirmó él—. Solo quería darme las gracias por protegerte. Y recordarme que, si alguna vez fallo… será lo último que haga.

Casey alzó las cejas y sonrió divertida.

—Muy típico de él. Es su retorcida forma de decir que confía en ti.

—Lo he entendido.

La comida continuó tranquila. Victoria se preocupó por la herida, sin dramatismos ni aspavientos. Dimitri respondía con monosílabos, asegurando que estaba bien.

Pero Casey no se lo tragaba.

Le llenó el vaso de agua, le acercó el pan, le sirvió un poco de ensalada. Y cada gesto iba acompañado de su mirada azul, cargada de intención.

—Ahora es mi turno —dijo ella, cuando su madre se levantó un momento a atender una llamada—. Me has salvado la vida. Tal como siempre dices, es tu trabajo. Pero ahora… prepárate, Volkov, porque eres, oficialmente, mi responsabilidad.

Él la miró, serio.

—No necesito ser responsabilidad de nadie.

—Nadie lo necesita —replicó ella, picando un trozo de queso—. Hasta que te pegan un tiro.

El teléfono de Casey sonó sobre la mesa. Lo cogió y, al ver el nombre en pantalla, sonrió divertida.

—Norma.

Deslizó el dedo y contestó:

—¡Ey, loca…! ¿Ya te has enterado de que hoy casi matan a tu amiga favorita?

La risa de Norma llegó clara al otro lado de la línea.

—Ya me lo han contado. Y también que tienes en casa a un guardaespaldas herido que parece sacado de una película de acción. Me pasaré esta tarde, para ver cómo estáis. Me llevo el bikini. Estoy segura de que el pobre necesita distracción… y tú también.

Casey soltó una carcajada y miró de reojo a Dimitri. Seguía con su gesto imperturbable… aunque hubiera jurado que un músculo en su mandíbula se acababa de tensar.

—Perfecto —dijo al teléfono—. Nos bañaremos. Te prometo que esta tarde va a ser… interesante.

Colgó y le dedicó a Dimitri una de sus sonrisas más descaradas.

—Prepárate, ruso. Esta tarde tenemos piscina.

Él no dijo nada. Pero sus ojos azules la siguieron como un radar, y Casey supo que la batalla… seguía abierta.

Bikini, hormonas y un ruso imposible

El sol de la tarde caía a plomo sobre la piscina, y el agua relucía como un espejo azul turquesa. Casey estaba tumbada en la hamaca, con su bikini blanco, ese que Dimitri ya tenía catalogado como «peligroso», las gafas de sol oscuras y una satisfecha sonrisa en los labios.

Norma apareció caminando desde la casa, con una bolsa de playa colgada al hombro.

—Bueno, bueno… —dijo mientras se acercaba—. ¿Dónde está la leyenda? ¿El guerrero herido? ¿El eslavo irresistible? ¿No me digas que se ha desmayado al verte en bikini?

Casey se quitó las gafas y la miró divertida.

—Está dentro, cambiándose. Pero tranquila, aún resiste. Le han entrenado para soportar las peores torturas, y creo que vernos en bikini no lo matará… aunque lo pondrá a prueba.

Norma se dejó caer en la hamaca de al lado y empezó a rebuscar en la bolsa.

—¿Te imaginas? El tipo ha sobrevivido a misiones encubiertas, guerras, bandas criminales… y cae fulminado al verme con este tanga negro.

—O al verme a mí, creo que estoy empezando a derretir su capa de hielo —respondió Casey, bajando el tono y mordiéndose el labio.

Norma alzó las cejas, divertida.

—¿Derretir? ¿Tú? ¿Al ruso imperturbable? Cuéntamelo todo. ¿Ya te ha lanzado al suelo y te ha mostrado las maravillas del sambo ese que practica?

—Solo me ha derribado en el gimnasio, y eso es literal. El resto… está en proceso.

Norma se rio, dejando ver su bikini, negro y escandalosamente pequeño.

—Con tu cuerpo, y esa cara de ángel pervertido que tienes… —le dijo Norma mientras la miraba—, me extraña que el ruso no haya caído ya.

Casey se encogió de hombros, suspirando.

—Es de hielo, Norma. Te juro que, hasta sus pestañas deben tener disciplina militar. Pero los ojos… no saben mentir —bajó la voz, sonriendo—. Me mira, cuando cree que no lo veo. Y créeme, le tiemblan un poquito.

Norma chasqueó la lengua, dándole una palmada en la pierna.

—Me muero. Te lo juro. Si no te lo tiras tú, lo intento yo.

Casey soltó una carcajada.

—Tendrás que hacer cola. Y entrenar en defensa personal… porque ese hombre no se deja atrapar así como así.

—¿Cuándo vas a descubrir si está depilado… del todo? —Norma se inclinó hacia ella, con una expresión pícara.

Casey abrió los ojos, fingiendo indignación.

—¡Norma! No me hagas visualizar eso… Ahora ya no podré dejar de pensar en su… zona estratégica… perfectamente

despejada.

Las dos estallaron en carcajadas, justo cuando la puerta corredera de cristal se abría.

Dimitri apareció, impecable en su bañador oscuro. Llevaba una camiseta blanca que apenas disimulaba los músculos.

Norma lo miró y murmuró, entre dientes.

—Madre mía… —Se abanicó teatralmente con la mano—. Si lo de la depilación es cierto, creo que voy a tener que confesar los pecados que ocupan mis pensamientos.

Sin perderlo de vista mientras se acercaba con esa forma de caminar contenida, precisa, que parecía diseñada para romper corazones… y provocar tentaciones, Casey se mordió el labio.

—Shhh… —le susurró a Norma—. Compórtate. Y recuerda que es mío. Al menos… en mi cabeza.

—Me basta con mirarlo. —Norma sonrió, traviesa—. Tú… encárgate del resto. Y si no te lo tiras, eres idiota.

Dimitri llegó a su altura. Les dedicó una gélida mirada, impasible. Pero Casey, que ya lo empezaba a conocer, supo leer lo que había tras esa fachada de mármol.

Y no pudo evitar sonreír, como si acabara de ganar una batalla.

Una visita inesperada

La tarde transcurría entre el murmullo del agua y las carcajadas de Casey y Norma, que seguían en su competición no verbal por ver cuál de las dos provocaba más miradas furtivas a Dimitri. Como de costumbre, el ruso parecía inmutable… hasta que su móvil sonó.

Dimitri lo sacó del bolsillo con la misma expresión que tendría un agente secreto si recibiera órdenes en plena misión.

—Da —respondió en ruso, con ese tono grave y seco que le salía tan natural.

Casey giró la cabeza y susurró, alzando una ceja.

—Qué misterioso… ¿Qué pasa, Volkov? ¿A los rusos os activan por Bluetooth o qué?

Norma se rio en voz baja a su lado, pero ambas callaron al ver cómo la mandíbula de Dimitri se tensaba sutilmente. Colgó y, como si hubiese notado su curiosidad, les dijo:

—Es un amigo. Está trabajando en casa de un político que vive en esta zona. Se ha enterado de lo que ha pasado… y ha venido a verme.

Casi al instante, apareció Michael por el jardín, con la misma cara de pocos amigos que lo caracterizaba.

—¿Conoces a Otto Schwab? —preguntó el jefe de seguridad—. Está en la puerta.

Dimitri asintió con un leve gesto.

—Déjalo entrar.

Casey, incapaz de reprimir su vena entrometida, se incorporó con esa elegancia insolente que dominaba tan bien.

—¿Un amigo tuyo? ¡Quiero conocerlo! —exclamó—. Y tú también, Norma. Vamos.

Norma ya estaba de pie, colocándose un pareo diminuto sobre el bikini, con una sonrisa traviesa.

—¿Un amigo del ruso de hielo? ¿También lo han sacado de un catálogo de hombres imposibles?

Caminaron hasta la entrada de la mansión, justo cuando un Range Rover negro se detenía junto a la verja.

De él bajó Otto Schwab, y Casey tuvo que admitir que aquel tipo merecía mención aparte. Era moreno y alto, casi tanto como Dimitri. Tenía unos preciosos ojos verdes que destacaban tras las gafas redondas que llevaba y que le daban un cierto aire de intelectual. Pero su cuerpo, esculpido con esmero en un gimnasio, no engañaba a nadie.

Norma prácticamente dejó de respirar.

—Madre mía… —susurró sin ningún disimulo—. Me lo pido.

Casey sonrió, disfrutando la escena. Se volvió hacia Dimitri.

—Si no vais a hablar de cosas de espías, podríamos tomar algo en la mesa del jardín, ¿no crees?

Otto, que no había quitado los ojos de encima a Norma, respondió con una amplia sonrisa.

—Por mí encantado… pero quien decide es Dimitri —dijo, en perfecto inglés, pero con acento alemán.

Las dos se giraron al unísono hacia el ruso, que las miró con esa expresión imperturbable que ya no engañaba tanto.

—Está bien —concedió finalmente.

Minutos después, los cuatro estaban sentados bajo la sombrilla del jardín. La brisa movía las hojas, el agua de la piscina seguía quieta, y Cameron, la joven doncella, apareció.

—¿Qué les apetece tomar?

Casey sonrió como si estuviera tramando algo.

—Dos mojitos —dijo, señalándose a ella y a Norma—. Y para los chicos…

Dimitri cortó la frase con la precisión de un bisturí:

—Lo mismo, pero sin alcohol.

Otto sonrió.

—Nunca cuando trabajamos.

Norma alzó las cejas, divertida.

—¿También estás trabajando? Porque, si es así, me replanteo invitarte a nadar…

Otto clavó en ella esa mirada verde, intensa y divertida, como si supiera perfectamente cómo manejarse.

—Tengo un par de días libres… pero si Dimitri no bebe, yo tampoco.

Casey los observaba, encantada. Otto tenía esa sonrisa suave que camuflaba entrenamiento y peligro. Dimitri, ese muro invisible de control absoluto. Norma… bueno, Norma estaba babeando como una colegiala.

«Esto promete», pensó, mientras veía a Cameron acercarse con las bebidas. «Y lo mejor… es que ni siquiera ha empezado lo interesante».

Mojitos, balas y miradas que arden

Mientras Cameron los dejaba en la mesa, los vasos tintinearon suavemente. Casey dio un sorbo a su mojito y se sorprendió al ver cómo Otto se acomodaba en la silla, relajado. Nada que ver con el muro de hormigón humano que tenía a su lado.

—¿Cómo estás? —preguntó Otto, mirando a Dimitri con camaradería sincera.

El ruso se encogió de hombros, como si le preguntaran si había dormido bien.

—No ha sido nada.

Casey dejó el vaso sobre la mesa con un golpe suave, arqueando una ceja rubia con escepticismo.

—¿Nada? No sé a qué estáis acostumbrados vosotros, pero esta mañana Dimitri se interpuso entre una bala y yo. La recibió en mi lugar. ¿Eso es «nada»? —preguntó, con la voz cargada de ironía y ese deje de sarcasmo que no sabía reprimir.

Otto la miró divertido, y luego a Dimitri.

—Es parte del trabajo, Casey. Ha pasado antes y volverá a pasar. Lo sabemos los dos —respondió, con un tono que dejaba claro que ese mundo, aunque brutal, era su normalidad.

Norma, que no perdía detalle de la conversación ni de Otto, sonrió.

—¿Trabajas por aquí cerca? —preguntó, inclinándose un poco hacia él.

Casey percibió que sus piernas se rozaban accidentalmente bajo la mesa. Otto asintió, sin apartar sus verdes ojos de los de ella.

—Estoy con un político, en su servicio de seguridad personal. Vive muy cerca y por eso he podido venir. Tengo un par de días libres… —añadió con una sonrisa que, con seguridad, ya había derribado la resistencia de más de una mujer.

Casey observó el intercambio de miradas entre Norma y Otto. Sonrió, divertida, pero no pudo evitar que su atención regresara a Dimitri. Estaba sentado a su lado, como una sombra de hielo, controlando cada gesto, cada palabra. Era como un muro inexpugnable… y al mismo tiempo, la presencia más intensa de la mesa.

«¿Por qué demonios tiene que ser tan frío?», pensó. «Otto es igual de atractivo y peligroso, y, sin embargo, se nota que le gustan los juegos, las sonrisas… los coqueteos. A Dimitri le recortaron el cable de las emociones en el cuartel».

—¿Hace mucho que os conocéis? —preguntó Casey, revolviendo el hielo de su vaso.

Otto sonrió, relajado.

—Casi cuatro años. Empezamos en seguridad al mismo tiempo. Dimitri venía de las Spetsnaz, y yo de las fuerzas especiales del ejército alemán. Vivencias muy… parecidas.

Norma abrió los ojos, impresionada.

—¿Los dos ex militares? Vaya… debéis de tener más anécdotas que un campo de entrenamiento.

—Muchas… —replicó Otto, con una risa baja—, pero no podemos hablar de ellas.

Casey lo miró de reojo.

—¿Y todo lo que rodea vuestra vida es de «máxima seguridad», o es que os gusta el misterio? Porque te advierto, Otto, que aquí el campeón de los secretos es Volkov —dijo, con un tono sarcástico y una sonrisa cargada de intención.

Dimitri no respondió. Solo desvió la mirada hacia ella. Durante un segundo, sus ojos azules destilaron algo distinto… una chispa de incomodidad. O de celos. Casey se dio cuenta, y le encantó.

«Vaya, vaya… parece que al hombre de hielo le molesta que coquetee con su amigo…».

Eso la animó a subir la apuesta. Apoyó un codo en la mesa y, con esa seguridad insolente que dominaba tan bien, se inclinó levemente hacia Otto.

—¿Y tú, además de proteger políticos… también sabes proteger a chicas que están en peligro? —preguntó, ladeando la cabeza.

Otto sostuvo su mirada, divertido, consciente del juego.

—Depende. Cuanto más peligrosas… más me gustan.

Norma soltó una nerviosa carcajada, pero Dimitri se quedó como una escultura tallada en granito. Casey se dio cuenta de que su mandíbula se tensaba.

«Perfecto. Primer impacto conseguido, soldadito».

Media hora después, tras una agradable conversación y más miradas furtivas, Otto les propuso algo.

—¿Os apetece cenar los cuatro esta noche? Invito yo.

Las dos chicas se miraron, encantadas.

—¡Me apunto! —dijo Norma, sin pensárselo.

Casey miró a Dimitri. Tenía esa expresión de «esto no me gusta un pelo» escrita en la frente.

—Venga, Volkov… —intervino ella, con picardía—. Hoy ya no tienes que lanzarte delante de más balas. Podemos relajarnos un poco.

Otto asintió, mirando a su amigo con complicidad.

—Te enviaré la ubicación del restaurante. Os gustará.

Dimitri tardó un par de segundos en reaccionar, evaluando la situación. Pero, entre la mirada de súplica de su amigo y los ojos brillantes de Casey… la rendición fue inevitable.

—Está bien —aceptó con su habitual frialdad, aunque ella percibió un matiz casi imperceptible en su voz. Como si cediera… solo por ella.

Otto se giró hacia Norma.

—Te pasaré a buscar en un par de horas —le dijo, con esa seguridad que dejaba pocas dudas de que era una cita.

Cuando se despidió y se alejó hacia su coche, Dimitri lo acompañó, y Casey lo siguió con la mirada.

«Es muy guapo tu amigo… pero a ti, Volkov, no te cambio por nadie. Aunque tenga que romper ese muro a cabezazos».

Hombres que no preguntan, solo entienden

Mientras el sol de la tarde se colaba entre los árboles, el Range Rover esperaba en el acceso de la mansión. Otto se apoyó en el marco de la puerta del conductor y se cruzó de brazos, observando a su viejo amigo con media sonrisa.

—Te estás ablandando, ruso —dijo, sin preámbulos.

Dimitri se limitó a alzar una ceja. Ni una mueca, ni una palabra de más.

Otto sacudió la cabeza, divertido.

—La forma en la que la miras… —ladeó la cabeza hacia el jardín, donde Casey y Norma se habían quedado charlando y riendo —. Hace años, solo habrías puesto esa misma cara frente a un blanco de alto riesgo.

Dimitri no apartó la mirada. Su tono fue seco, medido.

—No estamos en Afganistán, Otto.

—No. Estás en el jardín de la mansión de un millonario, babeando por la hija del jefe. Eso es mucho más peligroso.

Hubo un segundo de silencio, y Dimitri se apoyó en el coche, imitando su postura.

—Solo cumplo con mi trabajo.

Otto se rio en voz baja. Tenía ese tono relajado que a Dimitri siempre le había parecido imprudente, pero que lo sacaba de problemas.

—Claro. Como aquella vez en Marsella, ¿recuerdas? Solo estabas «siguiendo órdenes»… y acabaste rompiéndole la mandíbula

al hijo del embajador porque miró demasiado a la chica equivocada.

Dimitri entornó los ojos. No necesitaba responder. Otto lo conocía demasiado bien.

—Tú decides, colega —continuó Otto, sin perder el humor—. Puedes seguir fingiendo que ella solo es tu misión… o asumir que, si alguien vuelve a disparar, no vas a dudar en ponerte delante otra vez. Y no porque sea un trabajo. —Se inclinó un poco hacia él y bajó la voz— Pero al menos… que te compense.

Dimitri apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

Otto enderezó la espalda y abrió la puerta del coche.

—Nos vemos esta noche. Ponte algo elegante… y, por una vez, deja de mirar como si todos fuéramos un blanco en potencia. Las chicas no muerden.

—Tú no la conoces —respondió Dimitri, seco como el hielo de Siberia.

Otto se rio de nuevo.

—Por eso me está empezando a caer bien.

Cerró la puerta de un portazo, pero el mensaje estaba claro. Dimitri lo observó alejarse con el coche. En ese momento se preguntó si la amenaza real venía de fuera… o de la rubia que lo esperaba junto a la piscina.

Confesiones entre amigas

Cuando Dimitri y Otto desaparecieron, Norma ni siquiera esperó a que los pasos se desvanecieran para girarse hacia Casey con los ojos brillantes y la sonrisa más traviesa del condado.

—Vale… —empezó, alzando las cejas—. ¿Me explicas desde cuándo te codeas con agentes secretos?

Casey soltó una risa, apoyándose en la barandilla, divertida por su comentario.

—¿Te refieres al guardaespaldas con cara de iceberg, o al espía alemán que te ha devorado con los ojos desde que ha llegado?

—¡A los dos! —exclamó Norma, palmoteando en el aire—. Tienes a un ruso con pinta de James Bond, y a un alemán que parece salido de una película de John Wick. ¡Y yo, que solo había venido con la idea de pasarme la tarde tomando el sol!

Casey soltó una carcajada y se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—La vida da sorpresas. Ya ves que soy muy generosa y te he dejado al alemán. No te quejes.

Norma soltó una carcajada y la señaló con el dedo.

—Mentira cochina. Las dos sabemos que te habrías tirado a Otto en cuanto ha sonreído.

Casey abrió la boca, escandalizada, en broma.

—¡Eh! Soy una señorita decente. Bueno… relativamente decente.

Norma resopló y se acercó a ella, bajando un poco la voz, como si compartieran un secreto de Estado.

—Aunque intenta disimularlo, el ruso está colgado por ti —dijo, como si resultara algo obvio—. Hablando en serio, Casey… ese hombre te mira como si fuera capaz de matar o morir por ti.

—O las dos cosas —dijo ella, dándole vueltas a la pulsera de su muñeca—. Pero luego se pone en plan estatua siberiana y no hay quien lo entienda.

Norma ladeó la cabeza, muy segura de sí misma.

—Créeme, lo tienes comiendo de tu mano. ¿No has visto cómo se ponía cada vez que coqueteabas con Otto? Me estaba entrando frío de la escarcha que soltaba.

Casey sonrió, con un brillo pícaro en la mirada.

—Lo he hecho aposta. Quería ver si debajo de toda esa armadura hay un ser humano.

—Y… —Norma arqueó las cejas, expectante.

—Aún no lo sé —admitió Casey, dejando escapar el aire—. Pero esta noche lo voy a averiguar.

Norma se rio, dándole un suave codazo en el costado.

—Esta noche vamos a necesitar protección… pero no de las balas, precisamente.

—Cállate —soltó Casey entre carcajadas—. Que, como me ruborice, Dimitri lo huele a kilómetros.

—Pues no lo invites a cenar, invítalo a tu cama —susurró Norma, guiñándole un ojo justo cuando vieron a Dimitri regresar a la

mesa.

Las dos se recompusieron en un segundo, fingiendo una inocencia que Dimitri no se creyó.

El espejo y las verdades incómodas

Cuando cerró la puerta tras ella y se dejó caer sobre la cama con un suspiro dramático, la habitación de Casey estaba bañada en la suave luz anaranjada del atardecer.

«Genial. Cena con espías, versión Deluxe», pensó, contemplando el techo.

Se quedó un momento en silencio, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo que le gustaría admitir. No por Otto, ni por la situación. Por él.

Dimitri Volkov. Frío como el acero. Inquebrantable como una maldita muralla de hormigón armado. Y, sin embargo, en esos breves destellos… había algo. Lo había visto. Lo sentía.

Se levantó y caminó hasta el cuarto de baño. Se desnudó y se metió en la ducha. Mientras estaba bajo el agua, decidió no pensar en él, porque sus alteradas hormonas la llevarían a frotar de forma más concienzuda su entrepierna y, con él en su mente, ya sabía cómo acabaría aquello.

Dejó que su rubio pelo platino se secara solo y se puso uno de sus conjuntos de lencería nuevos, el blanco, el que él había preferido. Se acercó al vestidor. Abrió las puertas con gesto automático y recorrió las perchas, sin detenerse en nada concreto.

«Te estás metiendo en un lío, Casey», se dijo, mientras deslizaba los dedos entre los vestidos. «Tú y tus hormonas vais a acabar estampados contra una muralla rusa».

Al final, eligió un vestido gris perla, de seda, que se ceñía como una segunda piel y dejaba su espalda al descubierto. Atrevido,

elegante, letal. Tal y como se sentía.

Mientras se lo ponía frente al espejo, se detuvo un segundo. Observó su reflejo. Su piel estaba dorada por el sol, las curvas se marcaban en la fina tela, y sus ojos azules estaban más brillantes de lo habitual. Lo reconoció sin ningún tipo de duda.

—Quieres tirártelo —murmuró al espejo, cruzando los brazos bajo el pecho—. Y no solo un poco. Quieres arrancarle esa coraza a base de gemidos.

Se rio con alegría, afirmando con la cabeza. Después, eligió unos zapatos de tacón que hacían juego y los dejó preparados.

Mientras se acababa de maquillar, la imagen de él regresó a su mente. No era solo sexo. Era esa maldita mezcla de atracción y desafío. De peligro y seguridad. De saber que, si alguien intentaba hacerle daño, él se interpondría… aunque eso significara recibir otra bala.

Se aplicó un toque de perfume, en el cuello y en las muñecas, y se quedó unos segundos mirándose, mostrando su mejor sonrisa.

—Vale, Volkov… —susurró para sí, mientras recogía el móvil y el bolso—. Esta noche jugamos los dos. Pero te advierto… no siempre juego limpio, pero siempre gano.

Salió de la habitación con paso decidido. Lista para la cena, para la tensión, y, tal vez, lista para empezar a perder el control.

La artillería pesada

Los tacones de Casey resonaron en los peldaños de mármol mientras descendía las escaleras. Se tomó su tiempo. Cada escalón era un golpe de efecto. Sabía perfectamente lo que hacía, y por la forma en que las miradas se clavaron en ella, el efecto era devastador.

Dimitri estaba junto a Victoria, en la base de la escalera. Su madre parloteaba animadamente, y él estaba en su versión habitual de bloque de hielo. Frío, impasible… aunque esta vez, algo distinto se coló en su mirada. Una chispa. Un matiz de admiración.

Casey lo vio y sonrió, como la provocadora que era.

Su vestido de seda gris se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Era corto y dejaba ver sus preciosas piernas lo suficiente para insinuar sin regalar. Los zapatos de tacón estilizaban su sensual figura, y su pelo suelto, liso y brillante, caía como una cascada plateada sobre los hombros.

Victoria no tardó en romper el silencio.

—Estás espectacular, cariño —dijo, orgullosa, y luego giró la vista hacia él—. ¿No crees lo mismo, Dimitri?

Tardó un par de segundos en responder. Los justos para no parecer afectado… y los suficientes para que Casey supiera que lo estaba.

—Está… correcta —dijo al fin, seco como siempre.

Casey arqueó una ceja. «Correcta… Claro que sí, campeón. Esta noche te haré cambiar de opinión».

Pero no quiso replicar. Se despidió de su madre y salieron de la casa. Afuera, el coche esperaba. Dimitri le abrió la puerta del acompañante, con esa cortesía que no terminaba de encajar, y ella se plantó, desafiante.

—Voy a conducir yo —anunció.

—No —respondió él, simple, cortante, sin pestañear.

Casey puso los brazos en jarras. Dimitri la miró, serio, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Sabes que he hecho varios cursos de conducción en condiciones extremas? —preguntó el ruso.

—Todo en tu vida lo llevas a lo extremo, Volkov —respondió enfurruñada mientras entraba en el coche.

—Reconozco que es cierto, pero mi vida es así —dijo, mientras cerraba su puerta y se colocaba al volante.

Nada más sentarse, la escuchó decir:

—¿Y no estás cansado de esa forma de vivir? —preguntó Casey.

Dimitri lo meditó un segundo y se encogió de hombros.

—No he conocido otra —le respondió, con esa voz seca y cortante que utilizaba.

—Tal vez sea el momento de pensar qué podrías hacer con ella.

Dimitri ladeó la cabeza, escéptico.

—Y según tu experto criterio, ¿qué crees que debería hacer? ¿Poner una tienda de…?

—¡Coño! Eres un experto en seguridad. Crea tu propia empresa. Deja que los demás corran los riesgos, para que tú seas millonario.

—Me gusta mi trabajo.

—¿Te gusta recibir los disparos que van dirigidos a otra persona?

—Eso no ocurre siempre. Tú eres un caso excepcional.

Casey lo miró fijamente, disfrutando de cada segundo.

—¡Claro que lo soy! Pero no por las razones que dices. —Puso la voz más tierna que pudo—. Sé que te gusto, Dimitri. Y tú me gustas a mí.

Silencio. El motor del coche ronroneaba, pero el mundo se había detenido.

Él no dijo nada. Ni un gesto. Ni una palabra.

Casey sonrió con picardía.

—¿Te gusto, Volkov?

—Nunca mezclo el trabajo con el placer.

—Pues creo que ya es el momento de que cambiemos ese criterio. O eso… o te despido.

Sin perder la compostura, Dimitri entrecerró los ojos.

—Tú no me has contratado. Lo ha hecho tu padre.

—No voy a llamarlo por algo tan estúpido. —Casey se inclinó un poco, lo justo para acortar la distancia—. ¿Qué pasaría si no fueras mi escolta? Al menos… durante esta noche.

—Ya sabes que lo soy.

A Casey aún le quedaban argumentos.

—Acabas de ser herido durante el desempeño de tu trabajo. ¿No podríamos considerar que estás de baja laboral? Si eso fuera cierto, que lo es… no podrías ser mi escolta.

—Si lo vemos así, supongo que te enviaran a otra persona. ¿Eso es lo que quieres?

Casey chasqueó la lengua, molesta.

—¡Déjate de chorradas, Dimitri! Tú eres mi escolta. No quiero a nadie más.

Él se quedó quieto. Ella lo miró y su perfil se recortaba contra la oscuridad de la noche.

—Entonces es mejor que permanezcas callada. Ya hemos llegado.

Casey resopló, hundiéndose en el asiento mientras él aparcaba.

—¡Eres insufrible, coño! —gruñó, cruzándose de brazos.

Dimitri no respondió. Solo salió del coche, rodeó el capó y le abrió la puerta, como si todo fuera estrictamente profesional.

Pero sus ojos… decían otra cosa.

Condenados a cenar

El restaurante Maison Blanche era, como casi todo en Westchester, una mezcla descarada de sofisticación y exclusividad. Luces tenues, mesas de mármol oscuro, camareros de camisa impoluta y una carta que prometía orgasmos culinarios… a cambio de hipotecarte un riñón.

Casey cruzó el vestíbulo, con paso seguro y la mano enganchada al brazo de Dimitri, que caminaba de forma estoica y marcial.

Los localizaron en una de las mejores mesas, junto al ventanal. Norma sonreía como si ya hubiera conquistado medio local, y Otto, impecable y relajado, les hizo un gesto con la cabeza.

Dimitri le retiró la silla a Casey con una galantería que no le pegaba nada. Pero ella aprovechó el gesto, se giró hacia los tres y, sin darle tiempo a reaccionar, lanzó su proclama.

—Mi escolta, el señor Dimitri Volkov, que ha sido heroicamente herido en acto de servicio, está oficialmente de baja laboral —dijo, con voz grave y teatral—. Eso significa que no puede ejercer como guardaespaldas. Y, por lo tanto, no está de servicio.

Dimitri la miró sin mover un músculo. Casey ladeó la cabeza, divertida, mientras sus labios se curvaban en esa traviesa sonrisa que sacaba de quicio a medio planeta.

—Lo que significa que yo ya no soy su «trabajo» —continuó, bajando un poco la voz y acercándose a él—. Cómo podéis imaginar, y teniendo en cuenta que su estúpido y riguroso criterio es el de no

mezclar trabajo y placer, en este preciso instante no hay absolutamente nada que impida lo que voy a hacer.

Hizo una dramática pausa. Los ojos de Norma brillaban. Otto sonreía, como si hubiera visto venir esa jugada desde kilómetros.

—Solo espero que su instinto de supervivencia no lo evite —remató ella, antes de inclinarse hacia él.

Sin darle margen, pasó los brazos tras su nuca y lo besó. Fue un beso lento, provocador, delicioso. Muy largo, de los que derriten barreras y doblan voluntades. Dimitri, para su sorpresa, y la de ella, no se apartó. No hubo negativa ni reacción violenta. Solo sus labios, duros al principio… y peligrosamente entregados al final.

Cuando se separó, sabiendo que acababan de firmar un antes y un después, Casey le dio un pico rápido, y volvió a su silla, como si no hubiera incendiado media sala.

Norma no tardó ni un segundo.

—Madre mía… Esto es mejor que Netflix —murmuró con picardía, cruzando las piernas y mirando a Otto—. Y ni siquiera hay cuota mensual.

Otto, mucho más comedido, levantó la copa en dirección a Dimitri con un gesto seco.

Dimitri no dijo nada. Solo la observó, con esa mirada de acero azul que intentaba ser fría… pero que ya no lo conseguía del todo. Y Casey sonrió, victoriosa.

—No hace falta que niegues la realidad, Volkov. Ya has reconocido que te gusto.

—No es cierto —respondió él, con esa voz grave, impasible, que ya empezaba a conocer.

—Tus ojos lo desmienten, soldado. —Ella bajó la vista un segundo y luego volvió a clavarla en él, con esa chispa eléctrica—. Y créeme, soy lista. Muy lista.

Antes de que él pudiera replicar, apareció el chef, con su sonrisa profesional y las cartas en la mano.

Casey tomó la suya sin apartar la vista de Dimitri.

«Esta noche va a ser memorable —pensó, saboreando el momento—. Y no solo por la comida».



Capítulo 7

Cena con doble intención

La cena avanzaba, entre exquisitos platos y un juego de miradas que poco tenía que ver con la carta.

Sobre la mesa reposaban los entrantes: tartar de atún rojo con sésamo negro, burrata cremosa con tomates confitados y unas ostras servidas sobre hielo picado que, según el chef, tenían «propiedades afrodisíacas». Casey alzó una ceja cuando lo dijo y no perdió la oportunidad de aprovechar el comentario.

—Qué práctico… —murmuró, deslizando la vista entre Dimitri y Otto—. Así evitamos tener que recurrir a las apps de ligoteo.

Otto se rio, sin disimulo, mientras partía un trozo de pan. Dimitri no se inmutó… pero su mandíbula se tensó levemente. A Casey, que se percató, le encantó.

Norma, que se estaba relamiendo con la burrata, no se quedó atrás.

—Yo soy más del método tradicional —dijo, mirando descaradamente a Otto—. A veces el algoritmo no sabe lo que necesitas… pero sé reconocer a un hombre guapo.

Otto sostuvo su mirada, y le regaló una preciosa sonrisa. Le guiñó un ojo.

—Lo ideal es que confíes en tu intuición. —Señaló las ostras—. Y en los afrodisíacos.

Casey se echó a reír, y, aunque Dimitri no lo hizo, ya no parecía un trozo de hielo. Ella pensó que se mostraba mucho más relajado, y que era porque ya no estaba trabajando.

El primer plato llegó. Un risotto de trufa negra para las chicas, y solomillo de wagyu para los chicos.

Casey probó el risotto y cerró los ojos un segundo, de forma exagerada.

—Dios… Esto es casi tan bueno como… —Suspiró—. Bueno, como otras cosas que se me ocurren. —Le dedicó una mirada sugerente a Dimitri, que, por primera vez, mostró algo parecido a una sonrisa.

Otto soltó una carcajada, suponiendo a qué se refería. Bromeó, intentando que ella se definiera.

—¿Tan buena cocinera eres? —preguntó, divertido.

—Pésima —admitió Casey, sin pudor—. Pero soy muy buena en otros… aspectos.

Norma tosió en su copa de vino, disimulando la risa. Otto ya no disimulaba nada.

El ambiente se volvió cada vez más distendido. Dimitri, que al principio parecía una figura de mármol sentado a la mesa, había empezado a relajarse. Seguía serio, pero sus respuestas eran menos secas y su mirada menos gélida. Incluso se permitió un par de frases en ruso, que Otto tradujo al instante.

—¿Ha reconocido que se lo está pasando bien? —preguntó Casey, sarcástica, que había entendido parte de la frase.

—En esencia… —respondió Otto—. Aunque lo diga con cara de funeral.

—La suya es la versión eslava de la diversión —murmuró Casey, guiñándole un ojo a Dimitri—. Fría, contenida… letal. ¿Eres tan frío en todo, Volkov?

Él no respondió, no quiso seguir el juego, pero Otto negó con la cabeza, aunque sin decir nada.

Los platos desaparecieron, sustituidos por una pausa previa a los postres. En ese momento, Norma se levantó.

—Necesito ir al baño —dijo, mirando a Casey—. ¿Vienes, o vas a seguir calentando el ambiente con veladas insinuaciones?

Casey sonrió, se puso en pie y al pasar junto a Dimitri, se inclinó levemente hacia él, lo justo para que su perfume y su voz lo rozaran. Lo besó en la mejilla.

—Portaos bien sin nosotras —susurró—. O, al menos, no empecéis una Guerra Fría antes de los postres.

Dimitri la miró, muy despacio, como si calculase las posibilidades.

—No prometo nada —respondió, en un tono que no sonaba tan inmune como de costumbre.

Casey se giró hacia Otto, que las seguía con la mirada.

—Tú cuídalo —le dijo—. Que, aunque no lo parezca, es frágil. Como los diamantes.

Las dos chicas se alejaron hacia el baño, dejando tras de sí un rastro de perfume, tacones y sonrisas.

Códigos no escritos

Las chicas desaparecieron entre las mesas. Sus risas permanecían en el aire, como la estela de un perfume caro. Otto observó sus siluetas hasta que se perdieron tras las puertas del baño.

—Tienes un problema, amigo —dijo, bebiendo un sorbo de agua, con la misma calma que si estuvieran hablando de fútbol.

Dimitri no se molestó en fingir sorpresa. Su mirada seguía fija en el borde de su plato. Tenía el rostro impasible, pero los nudillos de su mano izquierda estaban algo más tensos de lo habitual.

—No tengo problemas —corrigió él, con ese tono seco, carente de matices.

Otto sonrió sarcástico.

—Claro. Mientras esa rubia te tira los tejos delante de medio restaurante, te estás tragando el protocolo a cucharadas.

Dimitri lo miró de reojo. Lento. Preciso.

—No estás ayudando.

—No es mi trabajo ayudar a que te resistas —dijo Otto, soltando una carcajada—. Es muy divertido ver cómo intentas evitar lo inevitable.

Dimitri suspiró muy despacio. El tipo de exhalación contenida que solo alguien que lleva media vida entrenando su autocontrol podría emitir.

—Está bajo mi protección, Otto. Punto.

Otto levantó las manos, en un gesto de paz.

—Y lo haces muy bien. —Lo estudió un instante, inclinándose sobre la mesa—. Pero dime, camarada… ¿Cuántos trabajos de protección te han hecho sudar tanto? Porque esa chica te tiene… muy desquiciado.

Dimitri no respondió al instante. Jugó con la servilleta entre los dedos, tenso pero contenido. Sus ojos se perdieron en la copa de agua.

Finalmente, habló.

—Me mantengo frío. Como siempre.

Otto soltó una carcajada. Lo miró de forma más seria y bajó el tono de voz.

—Solo te digo que el día que pierdas el control… asegúrate de que valga la pena. —Ladeó la cabeza, con un gesto cómplice—. Y esa chica… estoy seguro de que lo vale.

Aunque Dimitri no dijo nada, los ojos se le endurecieron aún más. Lo sabía. Casey Morgan lo valía. Y eso era justo lo que le jodía. Nunca en su vida había perdido el control, pero Casey Morgan era la única excepción.

Tal como Otto había dicho, lo desquiciaba.

Restaurante Maison Blanche. Aseos femeninos.

Las luces eran suaves y elegantes, los lavabos de mármol negro brillaban bajo los focos y el perfume invadía el ambiente. Casey se retocaba el pintalabios frente al espejo, mientras Norma apoyaba las caderas en el borde de la encimera, observándola con esa sonrisa que ya anticipaba travesura.

—Bueno… —dijo Norma, alargando la palabra como si saboreara un postre—. ¿Vas a contarme lo del beso, o tengo que torturarte con las pinzas de depilar?

Mientras se aplicaba el pintalabios rojo, Casey inclinó la cabeza.

—¿Qué quieres que te cuente? Es el mejor beso que me han dado en mi vida, y eso que no he tenido pocos. —Chasqueó la lengua y sonrió, mirándose los labios en el espejo.

Norma soltó una carcajada.

—Dios, nena… ese ruso está tan bueno que debería ser ilegal. Si no fuera porque tiene cara de arrancarte la cabeza si pestañeas mal, me lo habría ventilado en el primer brindis.

—Tranquila, que su cara es solo fachada. Por dentro es peor. Es como un volcán encerrado en una nevera. —Se giró hacia su amiga, divertida—. Pero hoy… hoy creo que la puerta del congelador se ha quedado mal cerrada.

Norma arqueó las cejas, disfrutando de cada palabra.

—Lo has dejado sin excusas. ¿Le has dicho que está de «baja laboral»? —Se cruzó de brazos y la miró, divertida—. ¡Por favor! Eres

brillante. Dime la verdad: ¿vas en serio, o es solo por provocar al siberiano?

Casey se apoyó en la encimera, junto a ella, con una sonrisa enigmática.

—Norma… no lo sé. Lo quiero provocar, sí. Pero también quiero… —Hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Quiero ver si hay algo más detrás de ese muro de hielo. Y si no lo hay… al menos quiero quitarle el caparazón un rato.

—Un rato… —Norma soltó una risa traviesa—. Eso suena a «me lo tiro, y luego ya veremos».

—Tal vez. —Casey se encogió de hombros—. O tal vez me termine tirando de los pelos por meterme en un lío. Pero mírale, Norma. No hay un solo músculo en ese hombre que no grite «peligro»… y no solo físico.

Norma la observó, y luego le pellizcó cariñosamente el brazo.

—Tú siempre tan prudente, ¿eh? —Le guiñó un ojo—. Bueno, si tú no terminas en su cama, espero que me reserves a su amigo alemán. Ese sí que es una fantasía andante… y mucho más simpático.

Casey soltó una carcajada y se inclinó hacia ella.

—Ese te lo cedo, cariño. Pero creo que ya te ha fichado.

—Perfecto. —Norma se irguió y se recolocó el vestido—. Vamos a tomar ese postre. Entre los mojitos, el alemán y el siberiano… esta noche promete. ¿Pedimos nata para llevar?, ¿para luego? —preguntó, soltando una carcajada que Casey acompañó.

Salieron del baño, cruzando miradas cómplices en el espejo, listas para volver a la mesa y seguir jugando al juego que ellas mismas habían empezado.

Restaurante Maison Blanche. 23:05 h

Cuando Casey y Norma regresaron a la mesa, aún se estaban riendo por los comentarios que se habían soltado en el baño. Pero la risa se desvaneció en cuanto captaron la conversación entre los dos hombres.

—¿Has hablado con Jenny? ¿Ella está bien? —preguntó Otto, mientras deslizaba el vaso entre los dedos.

Dimitri asintió, imperturbable, como si su rostro viniera de serie con ese modo inexpresivo.

—Sí. Igual de cariñosa que siempre.

Casey sintió un pellizco en el estómago. Se quedó unos segundos quieta, antes de recuperar la compostura y acercarse a la mesa con la mejor de sus sonrisas, aunque no la mostró en sus ojos.

«¿En serio? ¿Me ha soltado que no tiene novia y ahora esto?». Intercambió una rápida mirada con Norma, que arqueó las cejas, sorprendida por la tensión que había surgido en el ambiente.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Casey, mientras tomaba asiento junto a Dimitri, sin apartar los ojos de él—. Me ha parecido oír algo… que me ha llamado la atención.

Dimitri le sostuvo la mirada, calmado como siempre, pero Casey no estaba para sutilezas.

—¿Quién es Jenny? —preguntó, inclinando la cabeza con fingida indiferencia—. ¿Algún misterio exótico que todavía no nos has contado, Volkov? Me muero de curiosidad.

Otto sonrió, como si la situación le divirtiera muchísimo. Norma cruzó los brazos, esperando el desenlace.

Dimitri, sin cambiar el tono, respondió:

—Mi vecina.

Casey entrecerró los ojos, jugando a la detective impertinente.

—¿Tu vecina? Qué conveniente… —Soltó una risita sarcástica —. ¿Tienes sexo con tu vecina, Dimitri? Porque, según acabo de oír, es muy cariñosa…

Dimitri parpadeó una vez, despacio. Luego movió la cabeza, dejando escapar una mínima curva en la comisura de los labios. En él, eso equivalía casi a un desfile de emociones.

—Jenny tiene cincuenta y cinco años. Lo único cariñoso que tengo con ella… —hizo una significativa pausa, y añadió, con tono seco— es Kitty, mi gata. Está en su casa. Ella me la cuida mientras me dedico a intentar que no te maten.

Casey tragó saliva, y la mezcla de alivio y vergüenza le duró medio segundo, antes de volver a su actitud habitual.

—Solo era mera curiosidad periodística —respondió, alzando las cejas, mientras su sonrisa recuperaba toda su chispa—. Ya sabes, uno nunca sabe si su guardaespaldas lleva una doble vida… con felinos implicados.

Otto se echó a reír y Norma lo imitó, divertida. Dimitri negó muy despacio con la cabeza, como si se preguntara en qué capítulo de su entrenamiento militar le habían enseñado a lidiar con mujeres como esa.

La cena siguió con los postres. Una mousse de chocolate belga, sorbetes de frutos rojos y un Coulant tan perfecto que parecía de revista. Entre las miradas cruzadas y los insinuantes comentarios, Casey tuvo una idea.

—Os propongo algo —dijo, inclinándose un poco sobre la mesa, mirando a los tres con picardía—. Hay un pub a dos calles de aquí, «The Return». Es de una amiga mía… y si no me falla la memoria, las primeras copas para los VIPs como nosotros, van por cuenta de la casa. ¿Qué me decís? ¿Seguimos la noche?

Norma, entusiasmada, asintió sin dudar.

Otto miró a Dimitri, esperando la respuesta. Dimitri miró a Casey… y en sus ojos, muy brevemente, apareció esa chispa contenida, ese gesto casi imperceptible que solo ella parecía capaz de detectar.

—Mientras no pretendas emborracharme para aprovecharte de mí —dijo el ruso, con la misma frialdad calculada de siempre.

Casey sonrió como si acabara de ganar la partida.

—Créeme… no necesito alcohol para eso.

Soltó una carcajada, que casi todos acompañaron, se pusieron en pie y salieron del restaurante.

The Return, West Village. 00:47 h

El pub era exactamente lo que Casey había prometido: íntimo, moderno y con la iluminación justa para que todo pareciera un poco más bonito y relajante. Madera oscura, sillones de cuero, luz tenue y ese olor a ginebra y cítricos que siempre estaba en el aire en los sitios que ella adoraba.

Nada más llegar, se giró hacia los demás, con una sonrisa cargada de intenciones.

—Poneos cómodos. De las copas me encargo yo… o, mejor dicho, de parte de Sarah, mi amiga —señaló hacia la barra.

Norma sonrió encantada y Otto le sostuvo la mirada a Dimitri, que se quedó muy atento a los movimientos de ella. Se apoyó en la pared, con esa pose que a Casey le desquiciaba: inmóvil, aparentemente relajado, pero con los ojos analizando cada rincón como si, en vez de un pub neoyorquino, estuvieran en un zoco de Kabul.

Casey caminó hasta la barra, apoyando las manos en la madera pulida. Saludó a Sarah con un guiño y pidió las bebidas. Pero apenas había terminado de hablar cuando lo notó.

Una mano. En su culo.

Se giró tan rápido que el pelo le azotó los hombros. La bofetada sonó seca, precisa, antes de que pudiera pensarlo demasiado. El tipo, un idiota de metro noventa con pinta de haber vaciado media botella de bourbon, la cogió de la muñeca.

—Vaya, qué carácter… —gruñó, apretándole la mano.

Y entonces, lo sintió. El ambiente cambió de golpe.

Dimitri apareció de la nada. Sin preguntar. Le colocó la mano en el cuello y, como si el tío fuera de papel, lo alzó treinta centímetros del suelo.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par, sus pies patalearon en el aire, y la conversación en el pub bajó un par de decibelios.

—Baja al suelo a ese imbécil, Dimitri —pidió Casey, cruzándose de brazos, mientras disfrutaba del espectáculo—. No quiero que arruine mi cita contigo.

Dimitri no dijo nada. Solo apretó un poco más. Los amigos del tipo, tres hombres igual de borrachos, se colocaron delante de Otto, que acababa de llegar.

—¿De verdad queréis tener problemas? —les preguntó Otto, con una sonrisa amable y las manos en los bolsillos.

Su verde mirada mostraba un inconfundible aviso: si molestáis os rompo los huesos.

Los tres tíos se miraron entre sí. Evaluaron la escena: El rubio parecía un tanque humano, y el moreno que estaba frente a ellos… tenía la calma de los que ya han estado en sitios peores.

—Eh, vale… —dijo uno, alzando las manos en señal de rendición—. Todo bien, colega. Todo bien.

Dimitri soltó al hombre, que cayó al suelo como un saco de patatas. Tosió, con los ojos llorosos. Sin necesidad de más palabras, y con la dignidad por los suelos, los cuatro se largaron por la puerta.

Casey sonrió. Dio un paso hacia Dimitri y se apoyó levemente en su pecho.

—¿Siempre me vas a proteger así? —preguntó en voz baja, con esa chispa juguetona en los ojos.

Él la miró, serio. Su expresión estaba tallada en hielo.

—Siempre —dijo, sin apartar los ojos de los suyos.

La noche avanzó. Entre copas, risas y miradas, Casey no tardó en notar que algo había cambiado. La frialdad de Dimitri se deshacía poco a poco, como el hielo en los vasos de whisky. Otto y Norma ya no disimulaban, y los besos entre ellos eran tan obvios como las chispas que saltaban en el ambiente.

Sin perder esa sonrisa pícara, Casey se levantó y se acercó a Dimitri, que permanecía sentado.

—¿Sabes? Creo que tú y yo somos los únicos, aquí dentro, que aún no se han besado —dijo, rodeándolo por la cintura y apoyando su frente en la de él.

Dimitri se la quedó mirando, pero no apartó la cabeza. No la rechazó.

Ella, con toda la paciencia del mundo, acercó sus labios a los de él. En el momento en que su lengua se deslizó en la boca de Dimitri, supo que había roto su frialdad. Ella había ganado.

Él la rodeó por la cintura, la pegó contra su cuerpo y la besó de verdad. Sin reservas y sin órdenes. Sin barreras.

Fue un beso lento, intenso, tan delicioso que ella sintió que las rodillas se le aflojaban.

Cuando se separaron, con los labios aun rozándose, Casey le susurró, con esa maldita arrogancia que solo ella podía tener:

—Ya era hora, Volkov.

Él no respondió. Pero, por primera vez, su expresión no fue fría, sino… peligrosa. Deliciosamente suya.

Azotea con vistas… y sin defensa

El pub seguía vibrando con música y risas, cuando Casey lo cogió de la mano.

—Ven conmigo —le ordenó.

Cruzaron el bar y Casey empujó suavemente una puerta metálica de emergencia. Le lanzó una mirada desafiante a Dimitri.

—Vamos, Volkov… Deja de poner cara de guardaespaldas atormentado y sígueme.

—¿Te gusta salir por las puertas traseras? ¿Sabes que esto viola todas las normas de seguridad? —gruñó él, pero ya estaba cruzando la puerta tras ella.

—¿Y quién me amenaza? ¿Tú? —dijo riendo—. Vamos, no seas aguafiestas

Salieron al callejón lateral. Desde allí solo se oían los ecos amortiguados de la música y el zumbido de la ciudad que nunca dormía. Subieron dos tramos de una escalera de hormigón, con las luces de neón parpadeando a través de las grietas. Casey se movía como un gato, ligera, con esa mezcla irritante de seguridad y descaro que él empezaba a considerar su mayor debilidad.

Al llegar a la azotea, la noche de Nueva York se desplegó ante ellos. Los rascacielos brillaban como constelaciones artificiales. El viento fresco agitaba el vestido de Casey y le enredaba los mechones rubios alrededor del rostro. Dimitri se quedó a un par de pasos, con las manos en los bolsillos, observándola. Sus ojos de hielo reflejaban las luces de la ciudad.

Casey se giró hacia él, con esa sonrisa que siempre decía más de lo que debería.

—No pongas esa cara. No voy a tirarme de la azotea. —Ladeó la cabeza—. Aunque… si sigues mirándome así, tal vez me arroje en tus brazos.

Dimitri ni parpadeó, pero su mandíbula se tensó.

—Tú no necesitas una azotea para lanzarte. Lo haces cada vez que abres la boca.

Ella se rio, caminó hasta la barandilla y apoyó las manos en el borde metálico, mirando las luces.

—¿Sabes por qué te he traído aquí arriba, Dimitri Volkov?

—Intuyo que no es para hablar de seguridad perimetral.

Casey lo miró por encima del hombro. Su vestido ondeaba con la brisa, y la mirada de sus ojos era tan peligrosa como cualquier arma.

—Te he traído porque aquí no eres mi escolta. Aquí no hay padres, ni amenazas, ni miradas indiscretas… Solo tú, yo… —Se giró despacio, caminando hacia él con pasos felinos—. Y un cielo tan grande como tu terquedad.

Él la dejó acercarse hasta que estuvo a un suspiro de distancia.

—No puedo protegerte si no respeto los límites —murmuró él, pero su voz no tenía la misma firmeza de siempre.

—¿Y quién te protege a ti… de mí? —susurró ella, levantando el rostro.

Durante un segundo, solo se escuchó el viento. Dimitri no se movió, pero su mirada bajó hasta los labios de Casey. Ella acortó la distancia y su boca rozó la de él. Apenas fue una caricia, una sensual provocación. Sintió su aliento y la tensión contenida en su cuerpo. Dimitri se quedó inmóvil, como si se planteara resistirse a lo inevitable. No lo hizo.

La mano de él subió a su cintura, y en el momento en que los labios de Casey volvieron a rozar los suyos, la atrajo hacia su cuerpo con lentitud. Esta vez no hubo resistencia. Ni fingida ni real.

La besó despacio. Con esa contención que se desmoronaba con cada segundo. Sus labios se deslizaron sobre los de ella, y su lengua buscó la suya en un beso que tenía sabor a vértigo y a rendición.

Casey sintió el calor recorrer su cuerpo, el roce de sus dedos en su cintura, la dureza de su pecho contra el suyo. Supo que Volkov había bajado la guardia.

Cuando el beso terminó, él no se apartó. Sus frentes quedaron pegadas y sus respiraciones se mezclaron.

—Esto ha sido lo menos profesional que has hecho desde que entraste en mi vida —murmuró ella, con un entrecortado suspiro.

Él no respondió. En su mirada había algo nuevo. Algo que la ciudad, el trabajo y las normas no podían ocultar. Casey sonrió, maliciosa.

—Estás jodido, Volkov —susurró contra su boca—. Y me encanta.

Dimitri la miró, y Casey supo que en esos ojos helados… brillaba una chispa de complicidad.

Ella se quedó mirando la terraza. Estaba vacía e iluminada por algunas guirnaldas de cálidas luces. Solo se oía el leve murmullo de la música que subía desde el interior. Casey no necesitaba más. Lo necesitaba a él.

Lo arrastró sin miramientos hacia un rincón apartado, tras una columna cubierta de hiedra artificial. Sus tacones resonaron sobre la tarima de madera y, antes de que Dimitri pudiera protestar, se abrazó a él con descaro. Sus dedos se deslizaron por su torso, tanteando los músculos que ya conocía bajo la camisa.

El calor que desprendía, la rigidez de su cuerpo, la maldita masculinidad que ese hombre exudaba sin esfuerzo… Todo eso disparó sus hormonas a niveles desconocidos.

—Estás hecho para esto, ¿lo sabías? —susurró, rozando su boca con la de él.

Él no respondió. No hizo falta. Sus brazos, duros como un muro de hormigón, se cerraron a su alrededor, pegándola a su cuerpo como si fuera parte de él. Casey se acopló a él sin pudor, como una gata hambrienta que encontraba por fin su presa.

El primer beso fue lento. Cálido. Una amenaza velada. Luego, como si una presa interna se hubiera roto, la boca de Dimitri la devoró sin freno, sin barreras, como si hubiera estado reprimiendo ese momento desde el primer minuto, cuando la conoció.

Ella no se quedó atrás. Sus manos bajaron por su pecho, y llegaron hasta el cinturón de sus pantalones. La turgencia que encontró le robó un ahogado gemido, y la sonrisa que se dibujó en

sus labios se mezcló con el jadeo que escapó de los de él. Lo desató, y los dejó caer.

Antes de que su boca se fundiera de nuevo en la de él, bromeó al ver su magnitud.

—Estás muy bien armado, Volkov.

Sus bocas se buscaron y sus labios palpitaron unidos. Sus lenguas se entrelazaron en un maravilloso ritual de caricias. Casey sintió que su libido se disparaba. Dimitri la excitaba de una forma irracional. Sabía que, en cuanto la tocara, se pondría a gemir.

No hubo ninguna contención en las caricias de él. Le subió la falda, y sus manos, grandes y firmes, ascendieron por sus muslos hasta acariciarla donde más lo necesitaba. En cuanto la mano de él se apoderó de su excitado sexo, Casey comenzó a sentir involuntarias contracciones que le hicieron mover las caderas.

Se arqueó, presionando su cuerpo contra el suyo. El mundo desapareció y solo quedaron ellos dos. Su pelvis se movía al compás de sus caricias, y sintió que su placer crecía de forma exponencial.

Con los brazos entrecruzados, aferrados al sexo del otro, empezaron a gemir. Casey abrió las piernas para facilitar el contacto, y sintió las magistrales caricias en su clítoris, por encima de las empapadas bragas. Supo que no tardaría en correrse.

—Si paras… te mato… —lo amenazó.

Se aferró a su miembro con desesperación, y sintió crecer su placer de forma irremediable. Soltó un grito, que fue incapaz de reprimir, y su pelvis se convulsionó al mismo ritmo que sus espasmos. Tuvo un orgasmo, brutal, liberador.

Mientras Casey intentaba recuperar la respiración, Dimitri, con un movimiento seco, la levantó como si no pesara nada. Entrelazó las piernas tras su espalda, y él la empotró contra la fría pared de ladrillo. Sus cuerpos se encajaron y el deseo se desbordó.

Los labios de él la buscaron de nuevo. El roce de sus cuerpos, de su piel contra la suya, la rigidez de su miembro contra su centro sensible… Todo ello la empujó al borde de la locura.

—Estás rompiendo todas tus putas reglas, Volkov —murmuró ella entre gemidos, antes de besarlo con hambre, con furia, con devoción.

Él no dijo nada. La sostuvo con una de sus manos, y bajó la otra para apartar su ropa interior. Al dejar libre el acceso, colocó su erección sobre su húmeda entrada y la penetró de un solo golpe. Casey abrió la boca de par en par, sabiéndose llena de él. Sintió su calor y su respiración, agitada, mezclada con la suya. Dimitri, ya fuera de control, empezó a bombear en su interior.

En apenas un minuto, alcanzaron ese vertiginoso instante en el que todo se rompe y solo queda el placer. Mientras escuchaba los gemidos de él, al verterse en su interior, Casey volvió a explosionar en un nuevo orgasmo, y supo que ya no había vuelta atrás.

Cuando sus cuerpos temblaron al unísono y sus respiraciones se mezclaron en un jadeo compartido, solo quedó el eco de un pensamiento claro en su cabeza.

«Estoy loca por él».

Copas, confesiones y un plan indecente

La mesa seguía prácticamente igual que cuando se marcharon, salvo por un detalle evidente: Norma y Otto se devoraban a besos con una falta de pudor que a Casey le parecía maravillosa.

Al verlos llegar, Norma levantó la cabeza. Tenía los labios un poco hinchados y los ojos chispeaban de deseo. Su mirada se deslizó por la cara de Casey… y no tardó ni un segundo en captar la expresión.

—Cielo… —dijo, con tono travieso—. Pareces muy feliz.

Casey se encogió de hombros, satisfecha, y le guiñó un ojo.

—Acabamos de pegar un polvo increíble. Corto pero intenso. —Cogió su copa, le dio un sorbo y sonrió como si el mundo le perteneciera—. Nos tomamos las copas de un trago, y mi ruso y yo nos vamos a Manhattan.

Dimitri se quedó mirándola, sorprendido, con una ceja rubia alzándose en señal de alerta.

—¿No vamos a ir a tu casa? —preguntó él, con esa voz grave y calmada que ya no lograba ocultar del todo la tensión que sentía—. Entre ir y volver… ¿Dónde quieres ir ahora?

—Nos vamos a mi otra casa —respondió ella, saboreando cada palabra—. Al apartamento que tengo allí. Tenemos que acabar, tal como se merece, lo que hemos empezado en la azotea.

—¿Pero… tus padres…?

Casey soltó una risita suave, ladeando la cabeza.

—Cuando acabe contigo, que ya será de día —dijo, muy seria —, le enviaré un mensaje a mi madre para decirle que dormiremos en Nueva York.

Dimitri chasqueó la lengua, negando levemente con la cabeza.

—¿Crees que es adecuado que sepan…?

—Si crees que mi madre es idiota, estás muy equivocado, guapo. Ella se ha dado cuenta de la cara de deseo que pones cuando me miras, y sabe que yo no soy inmune a un chico como tú. Te aseguro que lo tiene muy claro.

Él frunció el ceño, incómodo… o tal vez fascinado, como solo un frío guardaespaldas ruso podía estarlo en esas circunstancias.

—Eres parte de mi trabajo, Casey —le recordó—. Una cosa es lo que haya pasado… y otra muy diferente que lo vayas pregonando por ahí.

Ella se encogió de hombros, divertida.

—No lo publicaré en mis redes, tranquilo… aunque me gustaría. —Se quedó pensativa un instante y luego, con su sonrisa más malvada, añadió—. Y tal vez lo haga. Te haré una foto en pelotas y la subiré a la red.

Dimitri arqueó una ceja y lanzó una helada amenaza, escondida tras su máscara habitual.

—Y morirás por ello.

Casey sonrió, como si la idea la divirtiera aún más.

—Lo acepto… siempre y cuando, me mates de placer. ¿Te ves capaz?

Los ojos de Dimitri brillaron un segundo, con esa intensidad tan controlada.

—Soy capaz de muchas cosas, pero asesinar a una persona a la que estoy protegiendo no entra dentro de mis planes. Ya sabes que mi misión es otra.

Casey se inclinó hacia él, pegando sus labios a su oído.

—Entonces déjame agonizante, Dimitri… y luego me salvas. En la RCP se utiliza la boca, ¿no? Aunque se me ocurren otros cometidos más interesantes para que la utilices.

Dimitri negó con la cabeza, y la sombra de una sonrisa, casi imperceptible, asomó a sus labios.

—¿Sabes que estás muy loca?

—¡Claro que lo sé! ¡Por ti!

Sin darle tiempo a responder, Casey vació su copa de un trago y se giró hacia los otros dos.

—¿Nos vamos?

Con las mejillas encendidas, por la evidente conexión entre ellos, Norma y Otto asintieron. Mientras se levantaban, Norma no perdió la oportunidad de bromear.

—¿Tú tienes algún lugar para llevarme? —preguntó a Otto, con la voz insinuante.

Él sonrió, muy seguro de sí mismo.

—Tengo mi apartamento a diez minutos de aquí.

Norma miró a Casey y le guiño un ojo, divertida.

—Tendrás que ser muy aplicado, cielo… porque Casey y yo nos lo contamos todo —le dijo a Otto—. Si no das la talla, se enterará.

Otto soltó una carcajada, y salieron del pub.

Sin perder su pícara sonrisa, Casey caminó junto a Dimitri.

«Esta noche vas a descubrir lo que significa intentar resistirte a mí… y fracasar miserablemente», pensó, al mirarlo de reojo.



Capítulo 8

Manhattan, tentaciones y juegos de fuego

El apartamento de Casey en Manhattan no era modesto. Techos altos, ventanales con vistas al East River, y una decoración minimalista y elegante, salpicada de toques femeninos: alfombras suaves, cojines de terciopelo, y algunas velas que le gustaba encender.

La puerta se cerró tras ellos con un suave clic, y la ciudad quedó fuera. Solo estaban ellos y esa atracción que crecía segundo a segundo, como una tormenta que se avecinaba inevitable.

Dimitri dejó las llaves sobre la encimera. Su cuerpo estaba rígido y sus ojos lo escaneaban todo, como si aún estuviera en modo «protección», pero Casey no le dio ni un respiro.

Se quitó los zapatos de tacón, avanzó descalza hacia él y lo miró como si fuera el mayor de los pecados… y el más apetecible.

—Aquí no hay misión, Dimitri —dijo, su voz baja y suave, como una caricia en la penumbra—. Solo estamos tú y yo.

Él la observó en silencio. Sus ojos eran fríos, pero su marcada mandíbula tembló un instante. Ella lo notó y sonrió.

—¿Te vas a quedar ahí como un mueble… o vas a demostrarme si esa boca sirve para algo más que dar órdenes? —le preguntó, desafiante.

Dimitri cruzó la distancia entre ellos, en dos zancadas. Su mano, grande y fuerte, rodeó su cintura y la atrajo con una deliciosa brusquedad. El contacto fue un latigazo. La boca de Casey buscó la suya, y esta vez no hubo barreras. Los labios de él la atraparon, firmes, seguros y cálidos.

Su sabor la inundó de inmediato, como un veneno al que se había rendido sin luchar. Enredó las manos en su nuca y tiró de él, exigiendo más. Él la besó como si su vida dependiera de ello, como si la necesitara más que el oxígeno. Ya no era el Dimitri contenido, frío e inquebrantable. Era solo un hombre… hambriento. Sus manos descendieron por la espalda de ella, firmes, explorando.

Cuando Casey sintió las manos en sus caderas, y la forma en que la pegaba contra su cuerpo, jadeó contra su boca. No necesitó mirar, para notar la dureza que crecía bajo su pantalón. Él gruñó, como un animal al borde de la rendición.

Casey sonrió entre besos, y deslizó una mano entre sus cuerpos. Descendió hasta la entrepierna de Dimitri, lenta, juguetona, saboreando su poder.

—Quiero lo que tienes ahí —susurró, agarrando su virilidad, provocándolo.

Dimitri la abrazó con fuerza. Los labios de él descendieron por su cuello, por su clavícula, y atrapó su piel con besos hambrientos. Casey gemía, con una mano en su nuca y los muslos ligeramente abiertos. Mientras la acariciaba por debajo del vestido, sintió sus besos, y aquellos dedos que se deslizaban por su desnuda piel y encontraban su humedad.

—Estás temblando —gruñó él, con la voz rasgada, pegando su frente a la de ella.

—Y tú ardiendo —susurró Casey, sin perder ese tono desafiante —. Hazme arder contigo. Llévame a la cama.

Dimitri no lo dudó. La tomó en sus brazos, la llevó al dormitorio y la depositó en el lecho con delicadeza. Con un par de rápidos movimientos, se deshizo de su ropa. Casey no perdió el tiempo. También se desnudó, con esa mezcla de descaro y sensualidad que lo descolocaba.

Dimitri se tendió a su lado y, cuando sus cuerpos se encontraron, piel con piel, la tensión estalló.

Se fundieron en un abrazo desesperado, con gemidos entrecortados y caricias impacientes. Las manos de él recorrían su cuerpo como si la memorizara, su boca devoraba la suya, sus caderas se movían al ritmo exacto que ella exigía.

Mientras se besaban, Casey notó que la mano con la que acariciaba su pecho lo abandonaba y descendía hacia el epicentro de su excitación. Bajó una de las suyas, y sujetó lo que la naturaleza había derrochado en aquel ruso que se iba a tirar. Apenas lo podía abarcar. Lo palpó, para grabar en su mente lo excepcional que era. «¿Me va a caber?», pensó. Aunque sabía que sí, dudó por un instante.

Casey cerró los ojos. Aferrada al mástil más imponente que había visto en su vida, sintió las caricias sobre su clítoris, y que su placer se disparaba. Múltiples espasmos explosionaron en su interior y la hicieron gritar de placer. Tuvo su primer orgasmo.

Mientras intentaba recuperar la respiración, tumbada bocarriba y con los ojos cerrados, notó un movimiento y los abrió. Él se había incorporado y se estaba arrodillando a los pies de la cama. Sus brazos la sujetaron por debajo de las rodillas, y levantó y abrió sus piernas, con extrema suavidad.

Sabía lo que aquello presagiaba. Notó los besos en su muslo, acercándose a su sexo de forma lenta y estudiada. Sintió sus labios, jugando en lo alto de su depilado pubis, y unos segundos después, Dimitri empezó a lamer toda la zona.

La lengua se apoderó de su botón, rodeándolo, jugando con él… Sus caderas adquirieron vida propia, buscando intensificar el contacto. Y entonces, aquel jodido ruso, comenzó a succionarla, con delicadeza, pero con intensidad. Un minuto después, al tener el segundo, Casey llenó la estancia de gritos.

Gritó y gritó. Más que nunca, y con una extrema intensidad.

Dimitri abandonó los pies de la cama y regresó junto a ella. Se tendió a su derecha, la abrazó y la empezó a besar, con sensualidad.

Casey no se podía creer lo que estaba pasando. Aquel hombre era perfecto: cariñoso, musculoso, apasionado. Muy hábil y experto, no solo en su trabajo, también con sus manos y su lengua… Y encima tenía aquel obelisco que ella necesitaba descubrir.

Se incorporó, le dio un beso en los labios y le hizo tenderse bocarriba. Se sentó sobre sus temblorosas piernas, al pie de la cama y entre sus abiertos muslos. Desplazó los dedos por ellos, acercándose a su sexo. Cuando lo agarró, no se lo podía creer. Era enorme, mayor que cualquier otro que hubiera conocido, y habían sido unos cuantos.

No era una mojigata, pero aquello era especial, impresionante. Lo sujetó con ambas manos, una encima de la otra, y, aun así, no lo cubría en su totalidad. Pero le quedaba libre la punta, perfecta para meterla en la boca. Tuvo que abrirla al máximo, aunque solo consiguió que le entraran cuatro o cinco centímetros. Empezó a mover las manos a lo largo de su miembro, y con la lengua se dedicó a titilar la parte más sensible del glande.

Notó el movimiento de las caderas de Dimitri, que impulsaba su masculinidad hacia delante, y en un par de minutos su cuerpo se tensó y explotó, soltando infinidad de chorros de semen. Sobre él, sobre ella, en su boca…

Casey volvió junto a él y se tumbó a su lado. Se quedaron abrazados, sin palabras, con la respiración agitada y el cuerpo tembloroso.

Esa fue la primera vez que Casey notó algo más que lujuria en su mirada. Había rendición.

—¿Ves? —susurró ella, pegada a su oído—. Esto no tiene nada que ver con el trabajo, Volkov.

Él no respondió. Solo la abrazó más fuerte, como si quisiera tatuarse su cuerpo en el suyo.

Ambos supieron que, a partir de esa noche… todo había cambiado.

Verdades en la penumbra

La luz de Manhattan entraba tamizada por los visillos blancos del dormitorio. La ciudad ya no dormía. Al menos, por unos minutos, habían encontrado su propio refugio de calma entre sábanas revueltas y cuerpos exhaustos. Él la observaba en silencio, con la respiración ya sosegada. Su mano acariciaba su costado, de forma casi inconsciente.

Casey estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en el pecho de Dimitri. Su dedo dibujaba círculos lentos sobre su piel, justo donde estaba la reciente herida. Rompió el silencio, con esa voz rasgada por el cansancio y la felicidad.

—Sabía que debajo de esa armadura siberiana había un hombre de carne y hueso. Solo he tenido que… insistir un poco —susurró, sonriendo contra su piel.

Dimitri no contestó al instante. Sus ojos de hielo se deslizaron por el techo, mientras meditaba cada palabra que iba a decir.

—No es fácil para mí, Casey —dijo al fin, con voz grave y contenida, pero vulnerable—. Estoy programado para proteger, no para sentir.

Ella levantó la cabeza y se apoyó sobre el codo. El cabello rubio caía sobre él. Lo miró, con esos preciosos ojos azules, chispeantes y peligrosamente sinceros.

—Tienes emociones, Volkov. Lo que no tienes es práctica. Pero… yo soy una profesora excelente —respondió, deslizando su dedo por su pecho, hasta su mandíbula.

Dimitri esbozó lo que, para él, era casi una sonrisa.

—Eres agotadora.

—Y tú, un desastre emocional —contraatacó ella, sin perder la picardía—. Pero me gustas. Mucho más de lo que debería admitir. Y, antes de que te encierres de nuevo en tu búnker emocional, te aclaro que no pienso arrepentirme de habértelo dicho.

Él parpadeó despacio. Sus dedos se enredaron en la nuca de ella y la atrajo con suavidad.

—Tú también me gustas, Casey —reconoció en su habitual tono de voz, serio y seco—. Pero no estoy acostumbrado a esto.

Ella sonrió, divertida y encantada a partes iguales.

—Oh, tranquilo, Volkov. Me encantan los retos. Y contigo… me voy a entretener muchísimo.

Él la besó en la frente, simple, directo. Sin máscaras.

Casey se acomodó de nuevo contra su pecho, satisfecha. Su dedo volvió a dibujar líneas distraídas en su piel.

«Este hombre me va a volver loca», pensó. Pero sabía que ya estaba irremediablemente perdida. Y le encantaba.

Un pensamiento se abrió paso en la mente de Dimitri.

«Estoy jodido… pero no quiero dejar de sentir».

Alas privadas y sarcasmo a bordo

Mansión de los Morgan, Westchester.

Dos días después…

La brisa de agosto en Westchester apenas movía las hojas cuando Casey bajó las escaleras del vestíbulo con el móvil en la mano y una sonrisa de esas que su madre definía como «preparatoria para el desastre».

Con el gesto imperturbable de siempre, Dimitri la esperaba junto a la puerta, impecable en su camiseta negra y vaqueros. Pero ella ya le leía las micro expresiones, y esa ligera tensión en la mandíbula… Bingo. No iba a gustarle lo que estaba a punto de decir.

—Nos vamos de viaje —anunció Casey, sin darle opción a réplica.

Él ladeó ligeramente la cabeza. Solo un milímetro, pero en su idioma corporal, eso equivalía a levantar una ceja en alguien normal.

—¿Quién? —preguntó, seco.

—Tú, yo… y las Bahamas —respondió ella, agitando las llaves del coche como si fuesen billetes de avión—. Papá me ha prestado el jet. Dice que, después de la semanita que hemos pasado, me merezco desconectar. Y como mi encantador guardaespaldas aún no está del todo recuperado, podemos considerar esto como un retiro médico… con vistas al mar. Nos vamos en un par de horas.

Dimitri ni se inmutó. Su expresión seguía siendo de hormigón armado.

—Sigo trabajando, Casey. Aunque no lleve traje.

Ella chasqueó la lengua y lo miró de arriba abajo con descaro.

—Perfecto. Me pasearé en bikini, y tú me proteges… con la mirada.

No hubo reacción, pero Casey hubiera jurado que un músculo en la comisura de sus labios amenazó con rebelarse.

* * *

Dos horas después, el Gulfstream G650 de los Morgan despegaba rumbo al Caribe. El jet privado era una joya flotante de la aviación: cuero blanco, madera de roble, asientos reclinables que parecían diseñados para pecar, y un minibar que haría llorar de emoción a cualquier pasajero.

La tripulación, vestida con sobria elegancia, los recibió con amabilidad y sonrisas. El piloto, un hombre de unos cincuenta, le explicó a Casey que el vuelo sería de unas tres horas hasta las Bahamas, con cielo despejado y viento favorable. Que a mitad de vuelo, o cuando ella lo pidiera, les servirían la comida.

—Un vuelo perfecto a un paraíso dónde enamorarse —dijo en broma el comandante, guiñándole un ojo.

Casey se rio mientras miraba a Dimitri, que seguía de pie y con los brazos cruzados, como si el simple concepto de «relajarse» fuese un delito.

Se acomodaron en los asientos enfrentados. Casey se quitó las sandalias y estiró las piernas, jugueteando con el móvil.

—Así que… ¿no vas a disfrutar ni un poquito? —preguntó, girándose hacia él.

—Estoy trabajando —repitió Dimitri, con la misma frialdad glacial.

—Sí, sí… —murmuró ella, cruzando las piernas con aire felino —. Trabajas mirando al mar, protegiendo a una rubia en bikini y bebiendo mojitos. ¡Qué dura es la vida!

Él la observó durante un segundo. La luz suave del avión acentuaba el brillo rebelde de sus ojos y la curva descarada de su sonrisa.

—No subestimes el peligro de las rubias en bikini —respondió finalmente, en tono neutro.

Casey sonrió, satisfecha. «El hielo ya ha empezado a derretirse».

Miró por la ventanilla. Bajo ellos, las nubes eran de un blanco perfecto. El Caribe los esperaba.

* * *

El hidroavión que tomaron al llegar a Las Bahamas, amerizó suavemente sobre las aguas turquesas que rodeaban la pequeña isla privada, a apenas veinte minutos de Nassau. Casey pegó la frente a la ventanilla y sonrió como una niña en Disneyland.

Arena blanca, cabañas sobre el agua, palmeras agitadas por la brisa… y un complejo exclusivo que parecía sacado de una revista de lujo.

El Emerald Pearl Resort era todo lo que su padre había prometido: privacidad, lujo y seguridad absoluta. Solo se accedía en avión privado o barco, y las suites eran independientes, rodeadas de vegetación y con acceso directo a la playa.

—Vale… —murmuró Casey, recogiendo su bolso de playa con aire satisfecho—. Ya me visualizo con un mojito en la mano y el bikini más indecente de mi armario.

A su lado, Dimitri bajó las escalerillas con esa forma suya de caminar: firme, alerta, como si incluso el Caribe pudiera esconder una amenaza.

El personal del resort los recibió con collares de flores, cócteles y sonrisas de bienvenida.

En la recepción, Casey cogió la tarjeta de la habitación y la leyó en voz alta:

—Suite 7. Una cama, terraza con jacuzzi y vistas al mar… —ladeó la cabeza hacia Dimitri con fingida inocencia—. Solo una cama, Dimitri.

Él no pestañeó.

—Lo he hecho por seguridad —añadió ella, como si fuese lo más lógico del mundo—. Ya sé que dos habitaciones separadas son un riesgo innecesario.

Él no sonrió, y ella arqueó una ceja.

—Y si crees que me voy a pasar las noches abrazada a la almohada, vas listo, soldadito.

Tomó la llave y se puso a caminar tras el botones. Unos minutos después entraban en su bungalow. La suite era un sueño

caribeño hecho realidad. Techos altos de madera, grandes ventanales abiertos al océano, una cama king-size, que parecía invitar al pecado, y una terraza con piscina privada y acceso directo a la arena.

Casey se quitó las gafas de sol y se giró hacia él.

—Vale, Dimitri Volkov. Me cambio y bajamos a la playa —anunció, dejándose caer en la cama como una sirena perezosa—. Y antes de que lo digas: sí, sé que no debo perder de vista a mi guardaespaldas.

—Mientras estemos aquí, no bajes la guardia —respondió él, dejando caer su maleta en una butaca.

Ella sonrió, divertida.

—Tú tranquilo, grandullón. Mi guardia está justo aquí… —se llevó la mano al corazón, teatral—. Y late como una maldita locomotora cada vez que me miras así.

Dimitri se la quedó mirando durante un largo segundo.

Cinco minutos después, la playa privada del resort se convirtió en su escenario. Casey, con un bikini blanco que resaltaba su piel dorada, caminaba descalza por la orilla, riendo y desafiándolo con la mirada. Dimitri, enfundado en su bañador negro, la seguía desde la tumbona, atento… demasiado atento.

Los roces eran inevitables. Las miradas, también. Cada vez que ella se inclinaba a coger algo, sentía su mirada clavada en su espalda. Y cada vez que pasaba cerca de él, su brazo rozaba el suyo.

«Esto va a ser un delicioso infierno», pensó Casey, tumbándose sobre la toalla, mientras Dimitri se acomodaba a su lado, con la

expresión pétrea… y los ojos atentos.

El paraíso estaba servido, y con él, las tentaciones.

Agua salada y fuego contenido

Tras un par de horas de playa, la puerta de la suite se cerró tras ellos con un leve clic, aislándolos del murmullo lejano del resort y del sonido hipnótico de las olas. Casey se quitó las gafas de sol y las dejó caer sobre la mesa con un gesto indolente.

—No sé tú —dijo, girándose hacia Dimitri, que depositaba su mochila sobre el sillón con esa precisión militar suya—, pero yo necesito una ducha. El agua salada me pone la piel pegajosa.

Su mirada descendió, sin disimulo, por el cuerpo bronceado y húmedo de él. Los bañadores mojados apenas disimulaban lo evidente.

Dimitri asintió, serio, pero la forma en la que sus ojos se detuvieron en las gotas que aún resbalaban por el vientre de Casey desmentía su supuesta indiferencia.

Ella alzó una ceja.

—¿Vienes? —preguntó, como si la invitación no fuese una bomba de relojería.

Sin decir nada, la siguió al interior del baño.

La ducha era un templo de mármol y cristal, con un rociador de techo que dejaba caer el agua como una fina lluvia tropical. Casey abrió el grifo y se deshizo del bikini, con deliberada calma, consciente de los ojos azules que la observaban en el espejo. Dimitri se despojó del bañador y la siguió bajo el agua.

Cuando el primer chorro resbaló sobre su espalda, Casey ya estaba pegada a él, con la piel erizada, no solo por el contraste

térmico, sino por la cercanía abrasadora de ese cuerpo que parecía esculpido en granito.

—De cara a los demás, o a ti mismo, porque eres un poco idiota, puedes seguir fingiendo que solo eres mi escolta. Pero, llegados a este punto, creo que deberías rendirte. —susurró, apoyando las manos en su pecho, mientras el agua caía entre los dos—. Te recuerdo que ya hemos follado, Dimitri, aunque menos de lo que me gustaría.

Los labios de él se curvaron en una mueca. Sus manos se posaron en las caderas de ella, la atrajeron contra su torso, y la respuesta llegó… sin palabras.

Se besaron sin freno. Sin la máscara fría que él solía llevar.

Las manos de Dimitri recorrieron su cuerpo con hambre, delineando su cintura, sus muslos, sus pechos. Casey gimió suavemente, arqueando la espalda, enredando los dedos en su nuca mojada.

La ducha los envolvía y el agua resbalaba entre sus cuerpos, pero el calor nacía de ellos. Cuando él la alzó en brazos, sujetándola con esa facilidad insultante, Casey rodeó su cintura con las piernas y buscó su boca de nuevo.

—Quítate la armadura, Volkov —susurró entre jadeos, mordiéndole el labio—. Al menos mientras estemos aquí.

Él no respondió. Solo la apoyó suavemente contra la pared templada y se hundió dentro de ella con un movimiento lento, profundo, que la hizo jadear.

Mientras las gotas resbalaban por sus entrelazados cuerpos, con un ritmo frenético y demoledor se movieron bajo el agua, como si el tiempo se hubiera diluido.

Los gemidos se perdieron entre la lluvia, y el placer se apoderó de los dos, llevándolos juntos a ese borde donde el Caribe y la razón dejaban de existir.

Cuando todo terminó, Casey apoyó la frente en su hombro, sin dejar de sonreír.

—Dime que el Caribe siempre saca esta parte tuya… —murmuró, aún jadeante.

Dimitri, respirando hondo, apoyó la mano en su cintura, sin necesidad de fingir nada.

—Solo la sacas tú —admitió, con esa voz grave y gastada que le erizaba la piel más que cualquier ola.

Mar, velas y verdades a fuego lento

El restaurante del resort estaba situado en una plataforma de madera, justo sobre la arena blanca. El sonido de las olas besando la orilla se mezclaba con el leve tintinear de copas y cubiertos, y la brisa del Caribe traía consigo aroma a sal y marisco a la parrilla.

Las mesas, separadas para garantizar la privacidad, estaban adornadas con velas que parpadeaban dentro de farolillos de cristal. La luz dorada jugaba con las facciones de Dimitri, que parecía menos guerrero eslavo y más… tentadoramente normal.

Mientras jugaba con el tallo de su copa de vino blanco, Casey, sentada frente a él, no dejaba de observarlo.

—No está mal para ser la cena de un secuestro laboral —bromeó, llevándose la copa a los labios—. Playa privada, suite de escándalo, comida de lujo… Casi compensa tener un guardaespaldas pegado al culo.

Dimitri no parpadeó, pero sus labios apenas se curvaron.

—Reconozco que podría haber sido peor. Podría haberme tocado proteger a un millonario calvo y sudoroso con problemas de actitud —replicó, cortando con precisión su filete de pescado a la plancha.

Casey soltó una carcajada, inclinándose un poco sobre la mesa.

—Y te ha tocado una millonaria joven, rubia y con mucho carácter. ¿No crees que esto es mucho mejor?

Él alzó la vista, y sus ojos azules, templados como acero en reposo, se clavaron en los de ella.

—Lo estoy valorando —respondió, sin perder ese deje serio que ya no engañaba a nadie.

—¡No te lo crees ni tú, guapo! —dijo, molesta con su actitud—. ¿Nunca vas a perder esa frialdad? ¿Crees que aún es necesaria, Dimitri?

Él, sin responder, se quedó mirando al camarero, que depositaba frente a Casey su plato: langosta al grill con mantequilla de limón y especias caribeñas. Dimitri tenía un pescado fresco con guarnición de vegetales asados. Todo impecable, como si la cocina también siguiera un protocolo militar.

Mientras partía un trozo de langosta, ella no tardó en volver al ataque.

—Me pregunto… ¿Dónde termina tu zona de seguridad? Porque en la playa parecías muy cómodo custodiando mi espalda. Y en la ducha… —sonrió, alzando una ceja—, ni te lo explico.

Antes de responder con calma de francotirador, Dimitri bebió un sorbo de agua.

—Digamos que, en la ducha… he hecho una excepción.

—Vaya, Volkov. Empiezas a parecer casi… ¿cómo se dice? ¿Humano? —Le guiñó un ojo, divertida—. Me gustan esas excepciones.

Él se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos, con esa pose que combinaba amenaza y atractivo.

—Conociéndote, no descarto que estés intentando desestabilizarme.

Casey se rio, inclinándose un poco más. Sus ojos chispeaban bajo la cálida luz.

—Créeme, cariño. Si quisiera desestabilizarte… lo sabrías. Aunque, para ser justa, ya no me lo estás poniendo tan difícil.

Dimitri alzó su copa en un brindis, y por primera vez, su sonrisa no fue solo un amago.

—Entonces, que siga la batalla, princesa. Pero recuerda que me gusta ganar.

—Creo que aún no sabes con quién estás tratando, cariño.

La cena transcurrió con cierta calma, pero la verdadera conversación estaba hecha de miradas, roces furtivos y promesas.

Isla Harbour, Bahamas

Resort privado - Fiesta nocturna en la terraza

La música flotaba entre las palmeras, elegante, con un toque tropical. El bar exterior, iluminado por antorchas y faroles de cuerda, rebosaba de copas, risas y ropa de lujo. Casey se movía con esa seguridad suya, la que combinaba curvas, descaro y una sonrisa que desarmaba o descolocaba, según le apeteciera.

Dimitri, a su lado, era la imagen opuesta: traje claro, camisa sin corbata, y esa inexpresividad que le venía de serie. Pero sus ojos azul hielo no dejaban de vigilar.

Casey lo miró de reojo, divertida.

—No creo que seas capaz de disfrutar de una fiesta, ¿verdad, Volkov? —murmuró, juguetona—. ¿O se te oxidan las neuronas si no estás controlando una amenaza?

No contestó. Estaba observando a un grupo que había en una de las esquinas del salón. Dos mujeres exuberantes, demasiado perfectas para ser turistas normales, acompañaban a un atractivo joven de unos veintiocho años.

Iba vestido como si el dinero le saliera por los poros, y lo acompañaba un hombre algo mayor que él, de complexión sólida, rostro duro y expresión vigilante. Era evidente que no encajaba en el grupo de «diversión millonaria». Se parecía demasiado a él como para tener dudas.

Dimitri se separó de Casey y se acercó a la barra. La camarera, joven y morena, le sonrió al instante.

Él desplegó su versión más seductora, esa que usaba cuando las palabras eran armas y la información, munición. La camarera, claramente impresionada por su presencia, no tardó en soltar prenda.

—Son rusos —dijo en voz baja, señalando con un leve gesto de cabeza al grupo del rincón—. El más joven es el hijo de un millonario de Moscú. Llegaron ayer. Las chicas vinieron con ellos. El otro… —bajó un poco más la voz— es su seguridad. O algo más. Se nota a leguas.

Dimitri agradeció la información con una leve inclinación de cabeza y regresó a la mesa. Casey lo esperaba con los brazos cruzados y una ceja peligrosamente arqueada.

—En cinco minutos, has hablado más con la camarera, que conmigo en las últimas veinticuatro horas. ¿Me tienes manía o… te gustan las camareras?

Dimitri ladeó levemente la cabeza.

—¿Estás celosa?

—Mucho. Y no te va a gustar verme cuando me pongo. Créeme —replicó ella, mordiéndose el labio con picardía.

Sus ojos azules chispearon un instante, antes de volverse hacia el grupo.

—¿Quiénes son? —preguntó, interesada.

—El joven es el hijo de un millonario ruso. Y el otro… —Dimitri no llegó a acabar la frase, porque Casey lo interrumpió.

—El otro es su escolta, eso está claro —dijo divertida—. Se parece demasiado a ti. Cara de pocos amigos, cuerpo de gimnasio y

esa actitud de «me pagan por pegar tiros y fingir que no me divierto». Seguro que hasta compartís agencia.

Dimitri no respondió. Su mandíbula se tensó levemente.

—Además, ese ruso se ha traído a dos chicas —añadió ella, con tono meloso—. A lo mejor comparte alguna con el jefe… ¿Eso te gustaría? ¿Compartir?

—No tengo necesidad de compartir nada con nadie —dijo él, seco.

—¿Eres posesivo, Volkov?

—¿Y tú?

—Eso no responde a mi pregunta—respondió, mientras entrecerraba los ojos.

—No.

—¿No… qué? —Se lo quedó mirando escéptica—. ¿Que no lo eres o que no vas a responder?

—Ambas. Y deja de provocarme, Casey.

Casey sonrió ampliamente, disfrutando cada segundo de su incomodidad controlada.

—Vamos a hablar con ellos —dijo, levantándose antes de que él pudiera impedirlo.

Dimitri resopló, incorporándose con un ágil movimiento.

—No creo que sea buena idea, Casey.

—Lo sé. Por eso me gusta.

Antes de que Dimitri pudiera frenarla, Casey empezó a caminar hacia el grupo. Él fue tras ella, con ese andar contenido y peligroso.

El escolta los vio acercarse y su cuerpo se tensó de inmediato, como un resorte bien entrenado.

Casey sonrió al joven millonario.

—Buenas noches. No he podido evitar fijarme en vosotros. Sois el grupo más interesante del lugar. Y eso que mi escolta es difícil de superar en misterio —añadió, guiñándole un ojo a Dimitri.

El joven sonrió, encantado. Era atractivo, y tenía esa mirada arrogante y despreocupada que algunos ricos heredan junto con el dinero.

—Y tú eres, sin duda, lo más interesante que ha llegado al resort desde ayer —respondió, en inglés, con un marcado acento eslavo.

Mientras tanto, los dos escoltas se evaluaban en silencio. Dimitri y el otro hombre intercambiaron una mirada cargada de reconocimiento profesional. Mismo lenguaje corporal, misma tensión bajo control, mismo análisis rápido. Se entendían sin hablar… y sin confiar.

Casey percibió la tensión y sonrió con ironía.

—Vaya, esto se está poniendo tan tenso que en cualquier momento os sacáis los pasaportes… o las pistolas —comentó, divertida.

El escolta ruso apenas alzó una ceja. Dimitri no respondió, pero sus ojos se mantuvieron fijos en el otro, como dos lobos midiendo distancias.

Casey se giró hacia el joven millonario.

—Me llamo Casey. Y este —señaló a Dimitri—, es mi obstinado y encantador guardaespaldas, que se empeña en vigilarme hasta cuando intento divertirme.

—Eso debe ser agotador… —dijo el ruso, con una sonrisa ladina, y miró a Dimitri—. Aunque, con una mujer así, puedo entenderlo.

Dimitri no respondió, pero sus ojos helados no perdieron detalle.

Casey sonrió, sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo.

Cócteles, provocaciones y rusos arrogantes

La sonrisa del joven ruso era de manual. De esas que venían envueltas en millones de dólares y arrogancia hereditaria. Se giró hacia Casey, inclinando apenas la cabeza en un gesto estudiadamente encantador.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó, en un inglés pulido, con un ligero acento moscovita.

Casey ladeó la cabeza, divertida. Sus ojos recorrieron su impecable camisa de lino, el reloj desproporcionadamente caro en su muñeca, y esa actitud de niño rico acostumbrado a conseguirlo todo.

—Casey Morgan —respondió, sin perder la sonrisa—. ¿Y tú eres…? ¿El príncipe heredero de Moscú, o solo el embajador de la arrogancia?

El chico soltó una risa encantadora. Sus ojos claros la recorrieron con descaro, deteniéndose sin pudor en su escote y sus piernas. A un metro de distancia, Dimitri permanecía imperturbable, pero Casey lo conocía lo suficiente como para detectar que su mandíbula se había tensado.

—Soy Mikhail —dijo el joven ruso—. Y sí, embajador de la arrogancia suena bien. Pero solo con mujeres que pueden permitírselo.

La miró como si ella fuera un postre exótico que quería probar.

—¿Siempre flirteas delante de los escoltas? —preguntó Casey, con falsa ingenuidad, inclinándose ligeramente hacia él—. ¿Hoy es un día especial?

Mikhail se encogió de hombros, relajado.

—En mi mundo, los escoltas saben cuál es su lugar. No interfieren… ni se mezclan —afirmó, con la vista fugazmente dirigida a Dimitri.

Casey sintió que la tensión a su lado aumentaba. No necesitó mirarlo para saber que Dimitri estaba incómodo con la situación y sus comentarios.

—Pues qué aburrido —replicó ella, girándose hacia Dimitri—. A mí me encantan los hombres que se mezclan… aunque a veces sean insoportablemente profesionales.

El escolta de Mikhail, que no había abierto la boca, la observaba en completo silencio. Su expresión era fría y calculadora. Casey no le prestó demasiada atención, centrada en el juego con el heredero ruso… y en la tensión invisible que emanaba de Dimitri.

—¿Te gustaría que alguien te cuidara, pero sin tanta seriedad? —insistió Mikhail, dando una última mirada a Dimitri y alzando una ceja.

Dimitri intervino. Su voz fue baja, grave, con un tono de advertencia.

—Ella ya está cuidada. No necesita… innecesarias insinuaciones.

Mikhail sonrió, encantado.

—Relájate, amigo. Solo hablamos… de placer, ¿verdad? —dijo, dirigiéndose a Casey, con un guiño.

Casey se mordió el labio, conteniendo la carcajada, disfrutando de cada segundo.

—Depende. El placer a veces viene envuelto en seriedad —replicó, y sus ojos azules se clavaron en Dimitri—. Y otras, que no me interesan demasiado… en arrogancia de bolsillo.

Dimitri no respondió. Pero su mano rozó la de ella, sutilmente, como si marcara territorio.

El escolta del joven ruso los miró. Casey no pudo evitar pensar que, la verdadera amenaza no era Mikhail… sino el hombre que lo seguía como una sombra.

«A este viaje caribeño le están saliendo demasiadas sorpresas», pensó.

Y eso… solo la excitaba más.



Capítulo 9

Resort Harbour. Recepción.

Mientras cruzaban el amplio vestíbulo, y la alfombra blanca de la recepción amortiguaba sus pasos, Casey notó la tensión de Dimitri al caminar sobre ella

—No puedo creer que me hayas sacado de la fiesta por esto —murmuró, con una media sonrisa, mientras sus tacones repiqueteaban discretamente sobre el mármol—. Estaba a punto de ganarme un cóctel gratis y un par de enemigos rusos.

Dimitri no respondió. Caminaba junto a ella, con su traje claro, la mandíbula tensa, y esos ojos azul hielo fijos en el mostrador. Como si pudiera tumbarlo con la mirada.

La recepcionista era joven, morena, con sonrisa de manual y un uniforme blanco impoluto. En cuanto los vio acercarse, asintió con la cabeza, con gesto educado.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, sin perder esa cortesía tropical.

Sin perder el tono bajo y controlado, Dimitri apoyó los codos en el mostrador.

—Queremos confirmar el nombre de uno de los huéspedes. Un ruso. Está con su escolta y dos mujeres.

La sonrisa de la recepcionista se tensó levemente.

—Lo siento, señor. No podemos facilitar información personal de otros clientes. Política de privacidad.

Casey se apoyó en la esquina del mostrador, cruzándose de brazos, observando la escena como quien ve una partida de ajedrez. Dimitri no se inmutó. Sacó la cartera con gesto pausado y deslizó un billete de cien dólares bajo la mano de la recepcionista, sin apartar los ojos de ella.

—Solo el nombre —dijo, en ese inglés rasgado y grave que convertía las frases en órdenes disfrazadas de educación.

La chica vaciló un segundo. Miró a su alrededor. Nadie parecía prestarles atención. Su manicura perfecta cubrió el billete y lo deslizó fuera de la vista.

Tecleó en el ordenador, sin dejar de sonreír.

—Mikhail Tereshenko —murmuró, con un leve suspiro—. Suite presidencial, planta once. Llegaron ayer en el vuelo privado desde Miami.

Casey silbó en voz baja.

—Tereshenko… Eso suena a dinero sucio. O a vodka de lujo. Una de dos.

Antes de encaminarse hacia la salida, Dimitri le lanzó una mirada y se giró hacia la chica, dándole las gracias a la recepcionista.

Casey lo siguió, con los labios curvados en una pícara sonrisa.

—¿Me vas a contar por qué me has arrastrado aquí como si estuviéramos en una peli de espías? ¿O solo querías impresionarme con tus habilidades para sobornar recepcionistas?

—Vamos a la suite —respondió él, sin frenar el paso—. Tengo que hacer una llamada.

Mientras Casey se acomodaba en el sillón, cruzando las piernas, observándolo como si fuera un rompecabezas con esteroides, el tono metálico de la llamada cifrada zumbó en el móvil de Dimitri.

Él no tardó en hablar en ruso. Su voz era grave y seca, como una amenaza en fase de negociación.

Ella entendía poco, pero reconocía el tono. Algo serio. Algo jodido.

Cinco minutos después, colgó. Sus ojos, helados como el vodka de su tierra, se posaron en ella.

—Mikhail Tereshenko —empezó, apoyando las manos en la mesa—. Su padre está siendo investigado en media Europa. Tráfico de armas. Blanqueo de capitales. Financiación de grupos que no querrías tener de vecinos.

Casey parpadeó, y dejó salir su sarcasmo.

—Bonito currículum. ¿Y el niñato? ¿También está en el negocio familiar?

—Probablemente. Y no creo que solo haya venido de vacaciones. —Dimitri se inclinó hacia ella, y su expresión se endureció—. Su escolta es Igor Novikov, un antiguo militar, entrenado en Rusia y Asia Central. Tiene un perfil muy oscuro, y es discreto y eficiente.

Casey silbó de nuevo, pero esta vez sin tanta diversión.

—Vale… Ahora entiendo tu cara de perro guardián en la fiesta. ¿Crees que están cerrando algún acuerdo aquí? ¿En este carísimo resort lleno de ricachones?

Dimitri asintió.

—Este lugar es perfecto. Discreción. Seguridad. Gente con dinero… y sin demasiadas preguntas.

El silencio se instaló un segundo entre ellos. Casey lo rompió, mientras mostraba esa sonrisa suya, chispeante a pesar de todo.

—Pues vaya. Y yo que pensaba que veníamos a relajarnos. Ahora resulta que estamos en medio de una telenovela internacional de mafias, millonarios y peligrosos guardaespaldas.

Dimitri la miró, serio. Sus ojos tenían un brillo casi imperceptible, como si, en el fondo, le divirtiera su actitud.

—Vas a mantenerte lejos de ellos, Casey. No quiero que te metas en esto.

Ella sonrió, saboreando cada palabra como una provocación.

—Llegas tarde, Volkov. Ya me he metido, porque he sido yo la que ha insistido en hablar con él.

Él apretó los labios, pero no respondió. Sabía que tenía razón.

Y ella también lo sabía.

Resort Harbour. Fiesta en la terraza.

Cuando Casey y Dimitri regresaron a la fiesta, la música reinaba en el lugar. El ambiente estaba más animado que antes. Las parejas bailaban bajo las cálidas luces, y el murmullo de las conversaciones se mezclaba con las notas caribeñas. El ron fluía con generosidad.

Casey alzó una ceja, mirando a su acompañante mientras se deslizaban entre la gente.

—¿Sabes? Me niego a dejar que un mafioso ruso me arruine la noche —declaró, con esa sonrisa suya que era puro desafío—. Ya me has dado el parte de guerra. Ahora quiero bailar, beber… y ver cómo intentas no fulminar con la mirada a todo el que se me acerque.

Dimitri no respondió, pero su mandíbula seguía tensa. Sus ojos recorrieron el salón. Cuando llegaron a su mesa, no tardaron en acercarse. Mikhail Tereshenko e Igor Novikov, su escolta, avanzaron hacia ellos como si fueran los dueños del lugar. El joven ruso sonreía, impecable en su camisa de lino y pantalones claros. El otro… era otra historia.

Alto, sólido como una roca, de expresión severa, con ese porte que no se adquiere en las fiestas, sino en campos de entrenamiento donde los disparos son reales.

Mikhail se adelantó, centrando su atención en Casey.

—¿Me concedes este baile, señorita Morgan? —preguntó, inclinando levemente la cabeza, con su acento eslavo y alargando cada palabra con estudiada elegancia.

Casey sonrió, entre divertida y peligrosa. Ahora ya sabía quién era.

—Nunca he bailado con un mafioso ruso —respondió simpática, aceptando su mano—. Va a ser… interesante.

Mikhail soltó una carcajada mientras la guiaba hacia la pista.

—Me encanta la sinceridad americana —dijo, con una mirada divertida—. Aunque no me considero mafioso… todavía.

Casey alzó una ceja, dejándose llevar al ritmo lento y cadencioso de la música.

—Tranquilo, Mikhail, pero no lo tengo tan claro. Te conozco. Eres joven y atractivo, con más dinero que vergüenza y un guardaespaldas que parece salido de una película de espías. No hace falta que mientas.

Él se inclinó un poco y su aliento le rozó la oreja.

—Y tú eres una heredera americana. Guapa, rebelde y con más sarcasmo que miedo. Una combinación peligrosa, Casey.

Ella sonrió, girando entre sus brazos.

—Lo de peligrosa te lo dejo a ti. Yo solo estoy de vacaciones.

—Una verdadera lástima… —musitó Mikhail, guiándola con habilidad—. Podríamos habérnoslo pasado muy bien juntos.

Casey sonrió con ironía, dejando que sus dedos se deslizaran por el brazo de él al compás de la música.

—Estoy segura de que ya lo haces… con las dos modelos que te acompañan —señaló con la barbilla hacia su mesa—. Y sin tener que arriesgarte a bailar con una norteamericana insolente.

Mikhail soltó una carcajada, pero su mirada no perdió ese brillo calculador.

—Tú me gustas más, Casey. Eres impredecible.

Ella se limitó a sonreír, sin apartar la mirada.

Mientras tanto, en la mesa, Dimitri y Novikov intercambiaban un diálogo muy distinto.

El escolta ruso, con los brazos cruzados y esa pose de piedra tallada, lo observaba en silencio. Los ojos de ambos se reconocieron al instante. No necesitaban presentaciones.

—Me han hablado de ti, Volkov. He hecho una llamada —dijo Igor, con su voz grave y ronca, cargada de ese deje áspero que solo da el frío ruso y los años en el Ejército—. Tengo entendido que servimos en el mismo cuerpo. Tiempos difíciles.

Dimitri no parpadeó. No apartó la mirada.

—Así es. Yo también sé quién eres.

Un pesado silencio se hizo entre ellos. Casey, en la pista, giraba entre los brazos de Mikhail, ajena a su conversación cargada de significado.

Igor ladeó la cabeza apenas un milímetro.

—Supongo que nuestras vidas… tomaron direcciones diferentes.

Dimitri asintió, y dijo, seco como un disparo.

—Yo elegí proteger. Tú te vendiste.

Los labios de Igor se curvaron en un gesto de desagrado.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó, aunque en su tono no había enfado. Solo aceptación.

Dimitri apoyó las manos en el respaldo de la silla, inclinándose levemente hacia él.

—Porque sé leer entre líneas. Y porque sé lo que está haciendo tu jefe aquí.

La mirada de Novikov se endureció, pero no hubo amenaza. Solo esa tensión entre dos hombres cortados por la misma navaja, pero que eligieron diferentes filos.

—No es asunto tuyo, Volkov. Te lo advierto… Mantente al margen.

Dimitri sonrió, una mueca sin rastro de calidez.

—Eso depende. Si dejáis a Casey tranquila… prefiero que no volvamos a cruzarnos.

Los dos se miraron con reconocimiento y respeto. Igor asintió con la cabeza.

La música se acabó, y en la pista, Casey, con una encantadora sonrisa, se separó de Mikhail.

—Gracias por el baile, embajador de la arrogancia —dijo, dándole una última vuelta con picardía.

—El placer ha sido mío, heredera insolente —respondió él, inclinándose en un gesto casi teatral.

Cuando Casey regresó al lado de Dimitri, notó que estaba tenso. Le dedicó una burlona sonrisa.

—¿Tienes ganas de pegarle, o ya te has resignado a que esta noche está llena de rusos arrogantes?

Dimitri no respondió de inmediato. Observó a Igor y Mikhail alejarse, luego la miró a ella, con esa intensidad suya que no necesitaba palabras.

—Me he resignado a que, dónde estás tú… nunca hay noches tranquilas.

Casey sonrió, satisfecha.

—Lo mismo pienso yo de ti, Volkov.

Terraza del resort.

La fiesta seguía latiendo al fondo, pero en su apartado rincón, la música sonaba lejana. Solo quedaban ellos. Dos copas a medio terminar, la brisa del Caribe, y un campo minado de miradas y palabras no dichas.

Casey, con las piernas cruzadas y esa sonrisa suya, jugueteaba con el borde de su copa, con sus ojos clavados en Dimitri, como si pudiera leerle la mente. O provocarlo hasta que la perdiera.

—¿Vas a seguir con esa cara de soldado amargado toda la noche? —preguntó, inclinándose sobre la mesa—. ¿O en algún momento vas a admitir que ha sido… interesante?

Dimitri la observó, imperturbable. Pero sus ojos la recorrían, atentos, como si cada centímetro de su piel fuera un posible punto débil.

—Interesante no es la palabra que usaría —respondió, con su grave voz —. Diría… inquietante.

Casey se rio, deslizando los dedos por el tallo de la copa. Sabía exactamente qué estaba haciendo.

—¿Inquietante, porque bailé con Mikhail? —Ladeó la cabeza y sus ojos azules chispearon con picardía—. Tranquilo, Volkov. Me ha confesado que soy demasiado americana para él.

Dimitri entrecerró los ojos.

—Ese tipo no da un paso sin motivo. Ni su escolta —añadió, con la voz baja y controlada—. He hablado con Novikov. Sirvió en mi unidad. Tuvimos la misma instrucción, el mismo entrenamiento.

Pero, como le he dicho… nuestros caminos se separaron cuando dejamos de servir al mismo país.

Los ojos de Casey se entornaron, divertida y a la vez intrigada.

—Déjame adivinar… tú elegiste ser el honorable protector y él… eligió los maletines llenos de billetes sucios.

Dimitri no negó ni afirmó. Bebió un sorbo de agua, sin apartar la vista de ella.

—Tienen negocios aquí. Y no son precisamente legales —continuó—. Es mejor que sigas con tus vacaciones… y que dejes las provocaciones para otro momento.

Casey se inclinó más, y su sonrisa se amplió, descarada, como si cada palabra de advertencia la animara.

—Estoy dispuesta a hacerlo… siempre y cuando tú hagas lo mismo —susurró, recorriendo su figura con la mirada de arriba abajo —. Aunque, viendo lo que ha pasado entre nosotros… no sé si tienes tanto autocontrol como presumes.

Él no se movió, pero sus ojos se oscurecieron.

—¿Te refieres a la ducha? —preguntó, como si no lo recordara perfectamente.

Casey apoyó el codo en la mesa, su barbilla en la mano, y lo miró fijamente.

—Sí. A eso, y al hecho de que ya hemos follado, Dimitri —dijo, sin rodeos, sin perder ese toque travieso en la voz—. ¿O para ti solo han sido… unos momentos de debilidad? Aunque, pensándolo bien, dudo que la palabra «debilidad» exista en tu diccionario.

El ruso no respondió de inmediato. La observó con esa intensidad suya, como si midiera cada palabra, cada latido.

«No va a admitir nada», pensó Casey, «pero sus ojos ya lo han hecho».

Y entonces, él habló.

—Tú no eres como las mujeres que he conocido —admitió, con su voz grave, con un susurro que estaba cargado de verdad—. No eres… simple. Ni predecible. Y sí… me atraes.

El corazón de Casey dio un vuelco delicioso. Su sonrisa se ensanchó y la chispa en sus ojos se transformó en algo más cálido, más real.

—Vaya… —murmuró, inclinándose hasta que sus labios casi rozaron los de él—. Ese ha sido el piropo más bonito y aterrador que me han dicho nunca.

Sin darle más margen, lo besó. Despacio al principio, recorriendo sus labios con la lengua, mimosa, juguetona. Saboreándolo, desarmándolo.

Sus dedos se deslizaron, sin disimulo, hacia la entrepierna de Dimitri, acariciando el contorno de su erección contenida bajo el pantalón.

Los ojos de él se entrecerraron, su respiración se aceleró, y, por primera vez, Dimitri tomó la iniciativa.

Su mano se deslizó, lenta, entre los muslos de ella. Avanzó despacio, con delicadeza, con una caricia que no tenía nada de fría. Llegó hasta el borde de su vestido y se coló bajo la tela. Sus dedos encontraron su ropa interior, cálida y mojada.

Casey entreabrió las piernas, invitándolo. Su cuerpo respondió con un gemido suave, ahogado contra los labios de él. Lo besó de nuevo, con la urgencia que solo él conseguía provocar.

Con una lentitud exasperante, Dimitri exploró el vértice de sus muslos, acariciando donde sabía que la haría perder el control.

Casey jadeó, y sus dedos se aferraron a su nuca.

—Llévame a la suite —susurró contra su boca—. Necesito que me lo demuestres… allí también.

Él no respondió con palabras. Pero sus ojos hablaron por él.

Y en ese momento, el Caribe desapareció. Solo quedaban ellos. Y la certeza de que esta vez… ninguno pensaba rendirse.

Suite privada. Isla Harbour, Bahamas.

La puerta se cerró tras ellos y la suite se sumió en una cálida penumbra, iluminada solo por la luz filtrada desde la terraza y el reflejo lejano del mar.

Casey no le dio tiempo a reaccionar. Lo empujó suavemente contra la pared, y sus labios se enredaron en los de él, exigentes, hambrientos, sin dejar espacio para la duda.

Dimitri la sostuvo por la cintura, firme, como si su control habitual pendiera de un hilo. Sus manos recorrieron su espalda, bajaron hasta sus caderas, y la atrajeron con fuerza contra su cuerpo. Su erección se clavaba contra ella, palpable, urgente, tan real como el deseo que crepitaba entre los dos.

—Te lo advertí… —murmuró Casey, con la respiración entrecortada, mientras sus dedos ya se colaban bajo la camisa de él —. Si me provocas… pienso desarmarte.

Dimitri respondió con un gruñido grave, apenas contenido. Sus labios descendieron por su cuello, mordiendo suavemente la piel, saboreándola, como si necesitara memorizar cada centímetro.

Ella gimió y cerró los ojos, mientras sus manos bajaban a su cinturón, desabrochándolo sin esfuerzo, deslizándolo fuera de sus pantalones. Él hizo lo mismo con el vestido de Casey, que cayó al suelo, dejándola solo con la diminuta lencería negra que apenas cubría lo esencial.

Los ojos de Dimitri se oscurecieron. Su mirada recorría su cuerpo con hambre. Y por una vez, sus ojos no tenían la frialdad de siempre.

—Estás preciosa —admitió, ronco, mientras sus dedos se deslizaban por su cintura, delineando sus curvas.

Casey sonrió, desafiándolo.

—Lo sé. Ahora… quítame el resto.

Dimitri no necesitó más invitación. En un movimiento ágil, la alzó en brazos y la llevó a la cama. El colchón los recibió, pero él no se alejó. La cubrió con su cuerpo, su peso, su calor, su deseo apenas contenido.

Sus manos se deslizaron por sus muslos, apartando la ropa interior y explorando el calor húmedo entre sus piernas. Casey jadeó y se arqueó bajo él. Ella buscó su boca, lo besó con ferocidad, y su lengua acarició sus labios, provocando, jugando.

Los pantalones y la ropa interior de él desaparecieron en segundos. Y cuando sus cuerpos se encontraron, piel con piel, no hubo espacio para máscaras ni para el control que él tanto se empeñaba en mantener.

Dimitri la penetró despacio, profundo, con un gemido gutural que vibró en su garganta. Los dedos de Casey se clavaron en su espalda y sus piernas rodearon su cintura, hundiéndolo más en ella.

El vaivén de sus cuerpos se intensificó, lento al principio, cargado de miradas, de caricias que exploraban, de respiraciones que se aceleraban.

Las caderas de Dimitri marcaban el ritmo, firme, controlado, pero con una pasión que desmentía su fría fachada. Casey se abandonó al placer y sus gemidos se mezclaron con el sonido de las olas al otro lado del ventanal.

Los labios de Dimitri se deslizaron por su cuello, por sus pechos, mordiendo, besando, adorando cada parte de ella, mientras sus manos no dejaban de explorar, de apoderarse, de reclamar.

Casey se aferró a él, con su cuerpo estremeciéndose bajo cada embestida y cada caricia. Con cada húmedo beso, la tensión creció, y una ola imparable los arrastró a los dos.

—Dimitri… —gimió su nombre contra sus labios, perdida en el placer—. No te contengas…

Y él no lo hizo.

Aceleró el ritmo, sus movimientos se volvieron más intensos, más desesperados. La habitación se llenó de jadeos y de gemidos, y el mundo, fuera de esas paredes, dejó de existir.

El clímax los alcanzó al mismo tiempo en un estallido arrollador que los dejó sin aliento, sin fuerzas.

Dimitri se dejó caer a su lado, respirando agitadamente, con su brazo alrededor de ella, atrayéndola contra su pecho. Casey, sonriente y satisfecha, apoyó la frente en su cuello, sin dejar de acariciarlo, sin dejar que se alejara.

—No lo has hecho mal, soldado —susurró, divertida, con un deje de ternura—. Pero me temo… que aún no has terminado conmigo.

Dimitri sonrió, sin reservas.

—Ni pienso hacerlo.

Y esa vez… sonó a promesa.

* * *

Casey estaba feliz: estar con Dimitri era lo mejor que le había pasado en la vida. Él no dejaba de acariciarla, de rozar con sus manos todas y cada una de sus zonas erógenas.

De repente, él se levantó y se acercó al cuarto de baño. Al regresar, se arrodilló a su lado, se inclinó para besarla, y Casey notó cómo el aceite caía sobre su cuerpo. «Un masaje», pensó mientras sentía un espasmo de excitación en su vulva.

Sus enormes manos empezaron a acariciarla: con suavidad, con destreza, con sensualidad. Los pechos, el vientre, los muslos… no tenía prisa, parecía querer disfrutar con su placer.

Ella extendió la mano y sujetó su erección. Y, con aquel inconmensurable cetro en la mano, en el momento en que él se apoderó de su vulva, empapada por su propia humedad y por el aceite, tardó un par de minutos en conseguir que el orgasmo la azotara de nuevo.

Mientras intentaba recuperar la respiración, él, que seguía arrodillado junto a ella, le hizo darse la vuelta, empujándola suavemente hacia un lado. Se puso bocabajo, notó caer el aceite, y Dimitri reinició el masaje

A Casey, que estaba algo más relajada, le encantaba notar la suavidad de sus manos y sus perturbadoras caricias. Sintió que llegaba hasta sus glúteos y los amasaba con destreza. Una mano se deslizó entre sus cerradas piernas y, al instante, las entreabrió.

La caricia que sintió en la vulva le hizo dar un respingo. Elevó un poco las caderas, ofreciéndose, y la experta mano se recreó en su sexo. Casey, de nuevo, se sintió muy cerca del éxtasis. Permanecía bocabajo, con los ojos cerrados y concentrada en sus sensaciones.

De repente, notó que él se levantaba y se arrodillaba sobre sus muslos, extendidos y entreabiertos. Notó dos golpes seguidos de algo duro sobre sus glúteos y abrió más las piernas. Él la sujetó por las caderas y las elevó ligeramente. Rozó su sexo en el de ella, frotándola con él, y apoyó la punta en el lugar que correspondía.

Casey lo notó entrar y boqueó al sentir que aquella maravillosa erección se enterraba en su interior.

Dimitri inició un cadencioso movimiento con sus caderas. Lo extraía, casi del todo, y lo volvía a hundir, de forma lenta y delicada. A cada acometida, Casey pensaba que iba a perder el sentido, que la iba a partir en dos. Estaba total y absolutamente llena de él.

Los movimientos de ambos se volvieron más intensos, y un minuto después se transformaron en frenéticos. Casi al instante, se convulsionaron al unísono en un maravilloso y devastador orgasmo.



Capítulo 10

Resort en Isla Harbour, Bahamas

La brisa del mar seguía colándose por los ventanales abiertos de la suite, trayendo consigo el murmullo lejano de la fiesta y el rumor de las olas. Las velas que Casey había encendido horas antes seguían ardiendo, lanzando destellos cálidos sobre las paredes de madera blanca y los cuerpos semidesnudos enredados sobre la cama.

Casey, con el cabello alborotado y la piel todavía tibia por lo que acababa de ocurrir entre ellos, se apoyó sobre un codo, observando a Dimitri. Él estaba recostado a su lado, con la sábana cubriéndole apenas la cadera, el torso desnudo, marcado, salpicado de pequeñas cicatrices. Su respiración seguía algo acelerada, aunque su expresión volvía a ser la de siempre: controlada, serena… demasiado serena.

Casey entrecerró los ojos y le sonrió con esa mezcla de ternura y desafío que solo ella sabía combinar.

—Vale, Volkov… —su dedo dibujó un lento recorrido por su pecho, siguiendo la línea de una vieja cicatriz junto a la clavícula—. Acabas de demostrarme que no eres tan frío como te empeñas en aparentar… Y no, no voy a fingir que no me encanta. Pero, ¿sabes qué es lo que me falta aquí? —Se inclinó un poco más y sus labios rozaron su hombro—. Las palabras. Las confesiones. Ese rollo de

«conozcámonos mejor». ¿O solo me vas a dar sexo al estilo ruso y nada más?

Dimitri la miró de reojo. Sus labios apenas se curvaron, pero su mirada seguía siendo ese mar helado que la desconcertaba… y que empezaba a derretirse.

—Eres… insistente.

—Si piensas que voy a rendirme, es porque no me conoces —respondió, acomodándose sobre su costado, con la sábana resbalando por su cuerpo desnudo—. Pero sé que si quiero que me expliques tu vida… lo más justo es que empiece yo, ¿no?

Él asintió, sin decir nada. Casey respiró hondo. Su tono perdió un poco del sarcasmo habitual.

—Crecí en Nueva York. Soy una niña rica con una familia de catálogo. —Se encogió de hombros, como si intentara restarle importancia, aunque sus ojos brillaban con sinceridad—. ¿Sabes ese tipo de padres que te apoyan en todo, que son brillantes, que te adoran… y que, además, tienen tanto dinero que ni te das cuenta de lo que cuesta algo? Pues esos son los míos.

Dimitri no apartó la mirada de ella. Casey continuó.

—Mi abuela paterna era una loca encantadora, millonaria por accidente tras casarse con un genio de las finanzas. Me dejó su herencia… más de diez millones. Y mis padres… bueno, cuando estiren la pata —dijo, sonriendo con picardía—, me van a dejar unos cientos de millones más. Lo sé. Suena asquerosamente superficial. Pero lo jodido es que, todo eso, por sí solo, no me ha hecho feliz.

Dimitri alzó una ceja, pero no la interrumpió. Casey se recostó un poco más cerca, con una de sus piernas enredándose entre las de él.

—A los dieciocho me largué a la Universidad… fiesta, chicos, un par de relaciones de esas que duran menos que un mojito en el Caribe. Ninguno importante. El primero, un capullo egocéntrico. El segundo… otro capullo, pero al menos me enseñó a no repetir errores.

Se detuvo un segundo y su mirada se clavó en la de él, con esa mezcla de vulnerabilidad y descaro que solo ella conseguía proyectar.

—Y luego estás tú —susurró, con una sonrisa encantadora—. El guardaespaldas con cara de póker y cuerpo de pecado, que se supone que está aquí para protegerme… y al final, eres el más peligroso, porque me es imposible resistirme a ti.

El silencio se hizo entre ellos, solo roto por el murmullo lejano del mar. Dimitri no apartó la mirada, pero Casey notó cómo su mandíbula se tensaba levemente. Sabía que no le resultaba fácil. No a él. No a un hombre como él.

—Te lo estoy poniendo fácil, Volkov —murmuró, acariciando su mejilla con la yema de los dedos—. Me muestro tal como soy. Ahora… quiero saber quién eres tú. Sin uniforme. Sin esa coraza de «soy de hielo y nada me afecta». ¿Tienes familia? ¿Hermanos? ¿Rusia sigue siendo… tu casa?

Dimitri respiró hondo y sus ojos azules se oscurecieron. Casey se quedó en silencio, esperándolo.

Pero no lo presionó. Sabía que, si quería derribar sus muros, tenía que hacerlo a su ritmo.

Solo sonrió y, acercándose, dejó un suave beso en la comisura de su boca.

—Tranquilo… Si no quieres, hoy no te voy a torturar más. —Sus labios rozaron los suyos, húmedos, tentadores—. Solo prométeme que me lo contarás cuando estés listo. Y que no volverás a fingir que no sientes lo que acabamos de vivir. —Su mano volvió a bajar, lenta, descarada, recorriendo su pecho, su vientre, deteniéndose apenas en la sábana que cubría sus caderas.

La chispa de sus ojos, su insinuante sonrisa, y el calor que emanaba de ella… dejaba claro que Casey Morgan no pensaba rendirse.

Y que Dimitri Volkov… ya estaba muy lejos de poder resistirse.

Confesiones bajo la piel

Dimitri Volkov no era de los que hablaban. Nunca lo había sido. Aprendió demasiado pronto que las palabras eran munición desperdiciada si no se disparaban con precisión. Y que los sentimientos… eran balas perdidas. Peligrosos e imprevisibles. Letales.

Pero Casey Morgan… se había convertido en su brecha favorita.

La observó en silencio, con su cuerpo enredado al suyo, su piel cálida aún con el aroma del mar y el eco de lo que acababan de hacer. El cabello revuelto, los ojos brillantes, y esa manera suya de mirarlo… como si pudiera desarmarlo sin esfuerzo.

«Porque ya lo has hecho», pensó con resignación.

Ella se lo había contado todo. Su vida de niña rica, su alocada adolescencia, sus padres perfectos, sus relaciones sin importancia. Incluso sus millones de dólares… Que a Dimitri le daban exactamente igual. Él no quería su dinero. La quería a ella. Así de simple. Así de complicado.

Y ahora… era su turno.

Suspiró, deslizando los dedos por su hombro desnudo. Su voz sonó grave, con ese deje ruso que ni los años fuera de su país habían conseguido limar.

—Mi infancia no fue como la tuya —empezó, directo, sin adornos—. Crecí en San Petersburgo, en un barrio obrero. Mi padre trabajaba en astilleros, y mi madre limpiaba casas. —Se detuvo un segundo y la sombra de una sonrisa cruzó sus labios—. No había dinero, ni ninguna fiesta. Solo frío… y disciplina.

Los ojos de Casey lo estudiaban, atentos, dulces, como si cada palabra fuera un secreto que ella quería guardar.

—Mis padres fallecieron hace años, y mi hermano murió. Solo me quedan un par de primos a los que apenas veo. Y Rusia… siempre será mi casa. —Sus labios se tensaron y el acento se le marcó más—. Pero es una casa que ya dejé atrás, hace mucho tiempo.

Casey no dijo nada. Solo acarició su pecho, paciente, sin presionarlo.

Dimitri inspiró hondo. La confesión que venía no era fácil. Pero ella se la merecía. Si él estaba dispuesto a derribar sus muros, tenía que empezar por esa herida que nunca terminaba de cerrar.

—Entré en el ejército a los dieciocho años. En las fuerzas especiales. Ascendí rápido y a los veintisiete ya era oficial y comandaba un pequeño grupo. Operaciones delicadas… fronteras complicadas… misiones que nunca salen en los periódicos.

Los recuerdos le golpearon como una ráfaga de metralla.

—Tuve una relación. Solo una —admitió, con esa sinceridad cruda que lo caracterizaba—. Se llamaba Katya. Era soldado y estaba bajo mi mando. Era valiente, fuerte… y tenía esa misma maldita sonrisa que tú. —Sus labios se curvaron, amargos y nostálgicos a la vez—. Creí que podía protegerla. Que bastaba con ser bueno en mi trabajo. Pero en combate… no hay garantías.

Casey enarcó levemente las cejas, pero no lo interrumpió.

—Nos tendieron una emboscada con fuego cruzado. Aunque yo estaba a cinco metros de ella… no llegué a tiempo. —Continuó en

voz baja, rugosa, como si el recuerdo le abrasara por dentro—. La vi morir. Y ese día entendí que, por muy preparado que estés… a veces pierdes lo que más importa.

El silencio se instaló entre ellos. Solo se oía el murmullo del mar y su respiración contenida.

—Por eso dejé el ejército. No porque fuera débil, sino porque… no quise volver a vivir con esa culpa. —Sus ojos azules se clavaron en los de ella, duros y vulnerables al mismo tiempo.

Casey acercó la mano a su rostro y sus dedos rozaron su mandíbula, firmes, cálidos.

—No eres débil, Dimitri. Ni cobarde. Ni frío… aunque te encante fingirlo —susurró ella, con esa chispa que calentaba la sangre más que cualquier caricia—. Eres un hombre que ha vivido lo que la mayoría solo ve en películas. Y sigues aquí. Luchando. Protegiendo. Jodiéndome la cabeza… y el corazón.

La sonrisa se le ensanchó, descarada, dulce, imparable.

—Y sí, Volkov. Me jode reconocerlo… pero siento algo muy serio por ti. Así que espero que no vuelvas a esconderte detrás de tu acento ruso y tus silencios de soldado.

Dimitri la miró durante un largo segundo. Y por primera vez… dejó caer la armadura.

Su mano se deslizó por su mejilla y la acercó a su nuca. La atrajo hacia él y sus labios se encontraron en un beso lento, profundo, sin prisas.

Cuando se separaron, sus ojos seguían fijos en los de ella.

—Eres diferente a todo lo que he conocido, Casey Morgan —murmuró, ronco, sincero—. Y no sé a dónde nos lleva esto… pero no voy a fingir que no quiero descubrirlo.

Los labios de Casey se curvaron en una sonrisa luminosa, irresistible.

—Eso… ya suena mucho mejor —comentó muy contenta—. ¿No crees que eso se merece otro polvo?

Y antes de que Dimitri pudiera responder, ella lo besó de nuevo. No hubo más palabras, solo la certeza de que, juntos, estaban cruzando una línea de la que ninguno querría volver.

Playa, risas y un ruso casi domesticado

Cuando Casey abrió los ojos, estirándose con pereza entre las sábanas de la suite, el sonido de las olas rompía suavemente contra la arena blanca. El sol entraba a raudales por las cristaleras, iluminando el interior con ese dorado perfecto que solo las Bahamas sabían regalar.

Sonrió. Y no por el paisaje. A su lado, Dimitri, apoyado de medio lado, la observaba en silencio. Con el cabello revuelto, los músculos relajados… y esa expresión en los ojos que, por primera vez, no era de vigilancia. No era de guardaespaldas, sino de un hombre que se había rendido y que estaba donde quería estar.

—Vas a desgastarme con esa mirada, Volkov —murmuró ella, estirándose, sin disimular lo a gusto que estaba.

Él mostró una sonrisa. Escasa, pero sincera.

—Me arriesgaré —respondió, con la voz grave por el sueño.

Casey se giró hacia él, apoyando la cabeza en su brazo.

—Hoy… no quiero amenazas, ni rusos turbios, ni miradas de francotirador. —Jugó con los dedos sobre su pecho—. Solo quiero… playa, cócteles y un guardaespaldas que se comporte como un novio normal.

Dimitri arqueó una ceja, divertido.

—¿Novio? —repitió, con un deje burlón, pero sin apartarse ni un milímetro—. ¿Eso es oficial? No hace ni una semana que te conozco

—Oficial y condecorado, cariño. Me has rendido en esos pocos días. Me gustas. Me haces perder el norte. Y te aviso: pienso disfrutarlo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa descarada, y sus dedos bajaron por su abdomen—. Así que, sí, mi exsoldado de hielo, eres mi novio. O algo muy parecido.

Dimitri soltó una carcajada, profunda, masculina. Era extrañamente placentero escucharla. Casi tanto como sentir su mano deslizándose por la cintura de ella, atrayéndola contra su cuerpo.

—Entonces hoy… playa, «Novia» —confirmó él, y la besó sin prisas, saboreando el momento.

* * *

La arena estaba tibia bajo sus pies, y el sol les acariciaba la piel cuando llegaron a la playa privada del resort. Casey, con un bikini negro y un pareo, caminaba a su lado con la seguridad de quien sabe que todos los ojos la siguen. Dimitri caminaba como si nada pudiera afectarlo, pero sus dedos, entrelazados con los de ella, lo decían todo.

—Esto es vida —suspiró Casey, estirándose en la tumbona, con las gafas de sol puestas y una sonrisa satisfecha.

Dimitri, a su lado, dejó caer la toalla y se sentó junto a ella, sin perder esa pose de guerrero en descanso.

—Me está costando más de lo que imaginaba no estar pendiente de todo —admitió él, mientras su mirada barría el entorno

por puro instinto—. Pero… —se inclinó hacia ella, su voz rozándole la oreja—, me he prometido que tú eres la prioridad.

Casey se mordió el labio, divertida.

—¿Sabes lo sexy que suena eso, dicho con acento ruso? —bromeó—. Casi compensa lo cabezón que eres.

Pasaron la mañana entre baños en el mar, caricias bajo el agua y esas miradas cargadas de intención que no necesitaban traducción. Dimitri se relajó. Sonrió más de una vez. Y hasta dejó que Casey lo arrastrara a caminar por la orilla, como cualquier pareja normal.

Cuando se tumbaron de nuevo al sol, Casey apoyó la cabeza en su hombro, disfrutando de ese calor compartido.

—Quiero conocer a tu gata —dijo de pronto, sin filtro.

Dimitri parpadeó.

—¿Mi gata? ¿A Kitty?—repitió, sorprendido.

—Sí, la cariñosa gata que vive en casa de tu vecina Jenny. Si voy a salir con su humano, lo mínimo es conocerla. Además… quiero ver tu apartamento. Tu vida fuera del uniforme y de los hoteles de lujo.

Dimitri la observó, con esa sutil sonrisa que asomó de nuevo.

—Eres peligrosa, Casey Morgan —dijo en voz baja—. Ya estás intentando desmontar todas mis barreras.

Ella se encogió de hombros, apoyándose mejor en él.

—Acostúmbrate, Volkov. Has abierto una brecha en tu coraza. Me has dejado entrar… y no pienso salir.

Los labios de él, suaves y protectores, rozaron su sien.

—Creo que no me importa que lo hagas —admitió, ronco, sincero.

Y mientras el sol los envolvía, y las olas susurraban alrededor, Dimitri pensó que… no había amenazas, ni pasados rotos, ni futuros inciertos.

Solo ellos, y todo lo que estaban empezando a construir.

Mansión de los Morgan, Westchester.

Esa misma mañana…

La luz matinal se colaba por los ventanales del salón, bañando los sillones de lino y la alfombra persa con un brillo cálido y sofisticado. William Morgan, impecable en su camisa blanca y pantalones de traje, bajó el periódico y miró a su esposa por encima de las gafas de lectura.

—¿Has sabido algo de Casey? —preguntó, sin disimular el leve poso de preocupación en su voz.

Victoria, sentada frente a él, cruzó las piernas con elegancia. Su vestido caía sobre su figura con la misma naturalidad con la que manejaba cualquier conversación social. Sonrió, con ese aire tranquilo que tanto desconcertaba a su marido.

—No hemos podido hablar —respondió, sirviéndose un poco más de té—. Pero… por lo que me ha contado en sus mensajes, está bien. Y feliz.

William entrecerró los ojos.

—¿Feliz? ¿En qué sentido?

Victoria se recostó en el sillón, moviendo distraídamente la cucharilla en la taza. Sus labios se curvaron con una mezcla de ternura y diversión.

—Me ha confesado que… se siente muy atraída por Dimitri — Alzó la mirada y sostuvo su atención.

El silencio llenó la estancia durante unos segundos. William dejó el periódico sobre la mesita de cristal con un suspiro contenido.

—Ese hombre… —se pasó una mano por la mandíbula, pensativo—. No es precisamente lo que yo esperaba para mi hija. Creí que, llegado el momento, se interesaría por alguien… más parecido a nosotros.

—¿A nosotros? —Victoria alzó las cejas, divertida—. ¿Te recuerdo que yo no era más que una chica bonita cuando me conociste? Sin apellido, sin fortuna. Y no recuerdo que eso te impidiera enamorarte de mí y hacerme tu esposa.

William la miró en silencio y sus labios esbozaron una resignada sonrisa.

—Tú no eres comparable, cariño. Además, yo era joven… impulsivo.

—Y ahora —lo interrumpió ella, con suavidad—, eres un hombre maduro que sabe que el apellido y el dinero no compran la felicidad de una hija.

Él bufó, pero no discutió.

—Lo que no sé… —continuó, girándose hacia la ventana—, es si ese tal Volkov siente algo por ella, o solo disfruta del encargo. Al fin y al cabo, le pagamos muy bien.

—Eso lo descubrirás en cuanto lo veas —dijo Victoria, segura.

William frunció el ceño.

—La policía me ha dicho que el asesino ha confesado. Ya está en prisión, a la espera de juicio. No hay margen de duda: será condenado.

Victoria asintió con calma, observando la inquietud disimulada en su esposo.

—Entonces… ¿le vas a quitar a nuestra hija su nuevo juguete? —preguntó con sarcasmo, aunque su mirada decía que conocía muy bien a Casey—. ¿O crees que esto es algo más?

William se levantó despacio, ajustándose los gemelos con gesto medido.

—Eso es lo que necesito averiguar —repuso, sacando el móvil del bolsillo—. Si es solo un capricho… se le pasará cuando Dimitri se aleje.

Marcó el número de Dimitri y lo llevó al oído. Su mirada seguía clavada en el ventanal, donde el sol acariciaba el jardín impecable.

—Volkov —dijo, en cuanto escuchó la voz al otro lado—. Cuando regresen de las Bahamas… tenemos que hablar.

Colgó antes de escuchar su respuesta.

Victoria lo observó con esa mezcla de cariño y picardía que solo una esposa podía tener después de tantos años.

—No subestimes a tu hija, William —advirtió, apurando su té—. Si se le mete en la cabeza… ni tú ni yo podremos hacer nada.

William esbozó una sonrisa casi melancólica.

—Eso es lo que me preocupa.

Y el silencio volvió a reinar, solo roto por el leve tic-tac del reloj de pie junto a la chimenea.

Isla Harbour, Bahamas. Playa privada del resort

El agua turquesa lamía la orilla con esa pereza caribeña que convertía los minutos en horas. Casey, tumbada sobre la toalla, se quitó las gafas de sol y giró la cabeza justo a tiempo para ver cómo Dimitri colgaba el móvil. Su expresión era hermética, tan opaca como las gafas oscuras que llevaba.

—¿Qué? —preguntó ella, ladeando la cabeza y sonriendo—. ¿Algún espía de tu lista secreta dándote órdenes crípticas? ¿O has recibido el clásico «su misión, si decide aceptarla…»?

Dimitri no sonrió. Sus labios se tensaron apenas.

—Era tu padre —respondió, seco.

Casey parpadeó y luego se rio por lo bajo, incorporándose sobre los codos.

—Vaya… no habéis hablado mucho, ¿verdad? —Su tono seguía siendo sarcástico, pero sus ojos no se apartaban de él—. ¿Y qué ha dicho el misterioso señor Morgan? ¿Te va a invitar a una barbacoa familiar, o a un juicio sumarísimo?

Dimitri se sentó en la arena, apoyando los antebrazos sobre las rodillas. El sol perfilaba su musculosa espalda y su silueta de depredador.

—Solo ha dicho que, cuando volvamos a Nueva York… hablaremos.

Casey alzó las cejas, divertida, pero no tonta. La frase estaba cargada de implicaciones.

—Curioso —murmuró, jugueteando con un mechón de su melena rubia—. No sé si eso significa que ya estoy oficialmente libre de amenazas… o que se ha enterado de que su princesita millonaria está liándose con su escolta.

Dimitri no respondió de inmediato, pero su mandíbula se tensó. Casey se incorporó del todo y se arrodilló sobre la toalla, inclinándose hacia él.

—Sea lo que sea… —continuó, con ese brillo descarado y dulce en los ojos—, está claro que nuestra relación profesional está llegando a su fin, ¿no? Y mira que me gustaba eso de tener a un guardaespaldas personal.

Él alzó la vista hacia ella, imperturbable, pero la sombra de una sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Sabíamos que pasaría —sugirió, con calma—. No creo que me mantenga en el puesto.

Casey ladeó la cabeza, divertida.

—No voy a fingir que no ha pasado nada entre nosotros. —Su sonrisa se amplió, juguetona—. No intentaré convencer a nadie de que solo eres un tipo grandote y sexy que me sigue a todas partes sin la menor intención de meterse en mi cama… o en mi vida. Lo siento, cariño, pero soy rica… no idiota.

Dimitri la observó en silencio y su expresión apenas se suavizó. Sus ojos azules brillaron con la habitual intensidad.

—Entonces… —dijo él, midiendo las palabras—, ya puedes acostumbrarte a que no soy tu guardaespaldas.

Casey se encogió de hombros. Le mostró su preciosa sonrisa y sus ojos chispearon.

—Perfecto. Me encantan los hombres que no están en nómina. Cuando me beses… no tendré que pensar que lo haces por contrato.

Él la miró un segundo, y la tensión entre ambos se diluyó en una complicidad nueva, más honesta. Casey se inclinó y le tocó el pecho con un dedo, ligera, descarada.

—Venga, Volkov… admítelo. Lo que realmente quieres es largarte ya de esta isla y enfrentarte a la bronca de mi padre, ¿no?

Dimitri dejó escapar un leve suspiro y le acarició la muñeca, atrapándola con suavidad.

—Lo que quiero —murmuró, con esa voz grave que le erizaba la piel—, es volver, acabar con esto… y dejar claro que, protegiéndote o no… no pienso alejarme de ti.

Los ojos de Casey se iluminaron. Su sonrisa se volvió más dulce, aunque no perdió ese toque descarado que la hacía irresistible.

—Muy bien, Volkov. Vuelve conmigo a Nueva York, enfréntate a mi padre… y luego ya veremos si te dejo alejarte.

Se inclinó y le besó fugazmente los labios, antes de apartarse con un guiño.

—Además… —añadió, girándose para recoger sus cosas—, sigo queriendo conocer a tu gata y a esa vecina que dices que solo es una amiga. Así que… prepárate.

Dimitri se quedó en silencio, observándola caminar hacia el agua, con esa mezcla de desafío, sarcasmo y dulzura que lo

descolocaba.

«Definitivamente —pensó—, esto ya no tiene nada que ver con un trabajo».

Isla Harbour, Bahamas. Último día

El calor del Caribe seguía impregnando el aire, pero en el embarcadero donde les esperaba el hidroavión, reinaba ese ambiente de las despedidas. Mientras observaba el aparato que los llevaría al aeropuerto de Nassau, para volver a Nueva York en su jet privado, Casey con su melena rubia ondeando al viento, se ajustó las gafas de sol. Detrás de ella, Dimitri supervisaba el equipaje, aunque sus ojos no se apartaban de los alrededores.

Mikhail Tereshenko apareció junto a su escolta, Igor Novikov, como si fuera el dueño del sol y de la pista. Impecable, relajado, con esa arrogancia heredada que parecía envolverlo como un perfume caro.

—Vaya… así que os vais —comentó el ruso, acercándose con su sonrisa de niño rico y peligroso—. Me preguntaba si me ibas a decir adiós, Casey Morgan… o si pensabas desaparecer como un fantasma.

Ella se giró hacia él, divertida, sin perder ese toque de sarcasmo que le nacía de serie.

—¿Y dejar que pensaras que te he olvidado? Imposible. Sería una grosería —contestó, quitándose las gafas y clavándole los ojos con descaro—. Además, no todos los días una puede bailar con un mafioso ruso en un paraíso tropical.

Mikhail soltó una carcajada y sus ojos la recorrieron sin disimulo.

—Exageras. Solo soy un joven empresario en busca de oportunidades y de mujeres interesantes.

Su mirada se desvió hacia Dimitri, que, tenso pero contenido, los observaba a pocos metros.

—Lástima que me pilles ocupada —dijo ella, inclinando la cabeza y sonriendo—. Aunque reconozco que tienes un… no sé… ese algo turbio que me pone nerviosa.

Mikhail alzó las manos, teatral.

—Me lo tomaré como un cumplido. Sin un poco de peligro, la vida sería muy aburrida. —Sus ojos la recorrieron una vez más—. Si alguna vez te cansas de tu guardaespaldas… llámame. Puede que te sorprenda.

Casey se rio, pero su mirada se endureció, dejando claro que sabía exactamente con qué tipo de persona estaba hablando.

—Tendré en cuenta la oferta, embajador de la arrogancia —replicó, dando un paso atrás—. Pero creo que me irá mejor con un tipo frío, serio… y con tendencia a romperle la cara a quien me moleste.

Mikhail siguió su mirada hasta Dimitri y sonrió, complacido por el subtexto.

—Suerte con eso, princesa.

Ella alzó una ceja.

—Gracias por la charla… y el baile.

Mikhail se inclinó, sin perder la sonrisa.

—Hasta pronto, Casey Morgan. Seguro que nos volveremos a ver. Los círculos pequeños… y los negocios sucios… siempre se cruzan.

Ella le guiñó un ojo y se giró, caminando hacia Dimitri, que la esperaba junto al jet, con esa mezcla suya de impasibilidad y vigilancia. Igor Novikov les observaba desde la distancia, su expresión era seria, sin atisbo de simpatía, pero hizo un leve asentimiento de respeto hacia Dimitri. Entre ellos no hacían falta las palabras.

—¿Nos vamos? —preguntó Casey, acercándose a Dimitri y rozando su mano con la suya.

Él no respondió de inmediato. Sus ojos azules se deslizaron sobre Mikhail y Novikov una última vez antes de asentir.

—Nos vamos.

Mientras subían al avión, Casey no pudo evitar una última sonrisa, pensando en Mikhail y en ese mundo peligroso al que pertenecía.

«Las vacaciones se acaban… pero lo divertido acaba de empezar», pensó, mientras se acomodaba en el asiento junto a Dimitri, lista para lo que les esperara en Nueva York.



Capítulo 11

Adiós al Paraíso

El jet privado despegó de Nassau, elevándose sobre las aguas turquesas de las Bahamas, mientras Casey dejaba que su cabeza descansara en el respaldo y observaba el cielo despejado a través de la ventanilla.

A su lado, con su gesto frío y tranquilo, Dimitri permanecía callado. Pero ella ya sabía leerle, y sabía que esa serenidad era solo fachada. Bajo la camisa clara y los vaqueros, había tensión. La misma que se había instalado en él desde la llamada de su padre.

—¿Seguro que el que te llamó no era un espía ruso con una orden secreta? —bromeó Casey, entrecerrando los ojos—. Te veo muy… versión KGB hoy.

Dimitri ladeó la cabeza, serio, pero la comisura de sus labios apenas se curvó.

—Ya te dije que era tu padre. Quiere que hablemos.

Casey sonrió, pero no del todo. El estómago le dio un leve vuelco.

—¿Hablemos…? Eso no suena, precisamente, a un «bienvenido a la familia».

Dimitri no añadió nada. Ella suspiró, dejando que el sonido del avión los envolviera.

El paraíso caribeño se quedaba atrás. Lo que viniera en Nueva York… sería otro tipo de tormenta.

Mansión Morgan: Primer Asalto

La imponente fachada blanca de la mansión de sus padres los recibió con el mismo aire elegante de siempre. Todo perfecto. Y, en la puerta, Victoria Morgan, impecable, guapa, con su melena rubia recogida y una sonrisa acogedora.

—¡Cariño! —exclamó al verlos, abrazando a Casey con un entusiasmo genuino—. ¡Estás preciosa! ¿Qué tal lo habéis pasado en el paraíso?

—Estupendamente —contestó Casey, quitándose las gafas de sol con teatralidad—. Playa, cócteles…

Antes de centrar su atención en él, Victoria paseó la mirada entre su hija y el ruso, y notó algo especial.

—¿Y tú qué tal, Dimitri? ¿Cómo va tu herida?

Dimitri, impecable como siempre, asintió con cortesía.

—Muy bien, gracias. Solo fue un rasguño. Un par de puntos. Nada serio.

Victoria lo observó con atención, midiendo algo más que la herida. Casey lo notó. Su madre podía ser dulce como el azúcar, pero a sus ojos no los engañaba nadie.

Entraron en la casa y Dimitri subió a su habitación, dejándolas solas. Entre té y pastas, le explicó su estancia en aquel paraíso. Todo fue muy natural, hasta que, con toda la naturalidad del mundo, Casey soltó la bomba.

—Por cierto, mamá… estoy enamorada de Dimitri.

Victoria parpadeó, pero solo un segundo. Luego sonrió, como si ya lo supiera.

—Me lo imaginaba —admitió la madre.

Casey se mordió el labio, divertida.

—¿Papá lo sabe? —preguntó, volviendo su atención a su madre.

—Algo le he dicho… —Victoria suspiró—. Pero ya sabes cómo es tu padre. Formal, protector… desconfiado.

—¿Y por eso quiere hablar con Dimitri? —adivinó Casey, sin perder la sonrisa.

Victoria asintió.

—Esta noche lo hará. Antes de la cena. Quiere evaluar la… situación. Pero tienes que entenderlo, cariño. Ya no hay peligro. La policía asegura que el culpable está detenido y a la espera de juicio. Oficialmente, ya no necesitas escolta.

Casey lo sabía. Y, en cierto modo, lo prefería así.

—Lo sé. —Sus ojos azules brillaron con determinación mientras miraba a Dimitri—. Porque no quiero un guardaespaldas. Quiero un hombre. Y ya lo tengo.

Victoria sonrió, pero su mirada se endureció, protectora.

—Espero que sepas lo que haces.

—Créeme —susurró Casey—. Por primera vez en mi vida… lo sé.

Confesiones entre paredes conocidas

La puerta de su habitación se cerró con un leve clic a su espalda. Casey dejó caer el bolso sobre el sillón, junto a la ventana, y se quitó las sandalias, disfrutando del frescor de la madera bajo los pies. El viaje había sido largo… y emocionalmente intenso. Y aún quedaba mucho por aclarar.

Sacó el móvil y buscó el contacto que necesitaba. Norma. Su amiga, su confidente… y, probablemente, la única persona que entendería lo que le estaba pasando por la cabeza.

La llamada no tardó en conectar.

—¡Norma, dime que estás libre y lista para un escándalo digno de la prensa rosa! —soltó Casey, con ese entusiasmo descarado que no necesitaba ensayo.

—Cariño… —La voz de Norma sonó en el altavoz, mezcla de intriga y reproche—. ¿Acabas de aterrizar en Nueva York y ya quieres meterme en líos? Eres mi ídolo. ¿Vamos a quedar?

—Siempre lo he sido —replicó, riéndose—. Pero hoy no hay plan de chicas. Tengo… otros asuntos.

—¿Otros asuntos? —Norma alargó la frase como quien saborea un chisme—. ¿Tiene acento ruso y cuerpo de pecado?

Casey se mordió el labio, divertida.

—Puede… —admitió—. Esta tarde quiero que me enseñe su casa. Ya sabes… su guarida secreta de espía reformado, o lo que sea Dimitri.

—¿Dónde vive? ¿Un ático en Manhattan? ¿Un búnker bajo tierra? ¿Un chalé en Nueva Jersey con piscina y vecinas desesperadas? —bromeó su amiga.

Casey se tumbó en la cama, estirándose como un gato satisfecho.

—Vive en White Plains, en Westchester. Tranquilo, discreto… y cerca de Nueva York. Muy Dimitri.

—Muy Dimitri —repitió Norma, divertida—. Tengo ganas de verlo.

—Pronto —prometió ella—. Si sobrevive a la charla con mi padre.

Norma soltó una carcajada.

—Vale, guapa… pero después quiero todos los detalles.

—Hecho —aseguró Casey antes de colgar.

Sonrisas y advertencias

La comida en la casa de los Morgan era, como siempre, elegante y cuidada. La vajilla de porcelana, los manteles impolutos, el aroma de las flores frescas… Todo impecable, como el apellido familiar.

Casey, sin embargo, parecía mucho menos preocupada por las apariencias que por los ojos de Dimitri, que, sentado a su lado, se esforzaba en mantener su habitual compostura.

«Tiene esa expresión suya de muro de hormigón armado», pensó, mientras partía el pan—. Pero juraría que le he visto sonreír al menos dos veces hoy. Vamos progresando, Volkov».

Victoria, su madre, tampoco pasaba nada por alto. La mujer, elegante y con esa serenidad envidiable de quien domina su entorno, intercambiaba miradas sutiles con su hija.

—¿Y qué tal en el paraíso? —preguntó con una sonrisa—. Espero que hayas tenido tiempo de descansar… y de alejarte de problemas.

Casey se llevó un trozo de pan a los labios y sonrió con picardía.

—Descansar, sí. Problemas… bueno, solo los habituales. Ya sabes, mafiosos rusos encantadores, guardaespaldas gruñones…

Victoria casi se atraganta.

—¿¡Perdona!? —exclamó, escandalizada—. ¿Has dicho mafiosos rusos?

Dimitri no reaccionó, como si hablar de criminales internacionales durante la comida fuera lo más normal del mundo.

Casey se rio.

—Tranquila, mamá. Era un mafioso simpático. Y Dimitri no hubiera permitido que me pasara nada. —Lo miró de reojo, y una chispa divertida bailó en su mirada—. Además, estaba ocupada… enamorándome de él.

Casey mantuvo la sonrisa, y sus ojos brillaron con decisión. Dejó el pan, y se apoyó en la mesa, sin perder ese brillo burlón.

—Quiero que hable con papá. Sé que ya no necesito su protección profesional… pero no pienso renunciar a él.

La mirada de Victoria recorrió la mesa y se detuvo en el gesto serio de Dimitri. Pero no era tan inexpresivo como siempre. De vez en cuando, los dedos de Casey rozaban los de él en pequeños gestos que, si bien eran discretos, decían mucho más que las palabras.

«Nunca la he visto así», pensó Victoria. Y, aunque no podía evitar temer la reacción de William, lo único que deseaba… era que su hija siguiera sonriendo así.

Bienvenida al territorio Volkov

El coche se detuvo frente a un precioso chalet de fachada blanca y tejado oscuro, rodeado por un jardín impoluto y un seto perfectamente recortado. La piscina, al fondo, brillaba bajo el sol de la tarde como un espejo turquesa.

Casey bajó del vehículo y echó un vistazo al lugar. Se cruzó de brazos, y mostró una sonrisa que mezclaba curiosidad y picardía.

—Vaya… Admito que me esperaba algo más… ruso —bromeó —. Ya sabes, cemento, ventanas blindadas, un francotirador en la azotea…

Dimitri, a su lado, ni se inmutó.

—Hay un francotirador en el barrio. Se llama Bob y es instructor de tiro. Te caerá bien —replicó, seco, mientras cerraba el coche.

Antes de que Casey pudiera soltar una carcajada, la puerta de la casa contigua se abrió y apareció una mujer de unos cincuenta y cinco años, bajita, algo rellenita, con el pelo rubio recogido en un moño desordenado y una cálida sonrisa que desbordaba simpatía.

—¡Dimitri! —exclamó, acercándose con paso rápido—. ¡Por fin has vuelto! Y… —sus ojos se clavaron en Casey, brillando con entusiasmo—. ¡Y traes compañía!

Dimitri la saludó con un leve asentimiento. Casey, en cambio, sonrió ampliamente y se adelantó, tendiéndole la mano.

—Casey Morgan. Y sí… soy su… —ladeó la cabeza, mirando de reojo a Dimitri—. ¿Cómo lo diría? ¿Su último error, o su mejor

decisión? Aún no lo tengo claro.

Jenny soltó una carcajada encantadora mientras le estrechaba la mano.

—Oh, cariño… ¡Eres la primera mujer que veo pisar esta casa con él! Y te aseguro que llevo varios años vigilando —se giró hacia Dimitri, divertida—. Ya era hora, ¿no crees?

Dimitri resopló, pero Casey no dejó pasar la oportunidad.

—¿Ves? Lo dice tu vecina. Hasta ella sabe que soy tu mejor decisión.

Jenny asintió, cómplice.

—Ahora entiendo que hoy estés más sonriente. Bueno, en tu versión de sonriente —bromeó, guiñándole un ojo a Casey.

Dimitri puso los ojos en blanco, resignado.

—Solo vamos a estar esta tarde, Jenny. Esta noche volvemos a Westchester, pero regresaremos en unos días.

—Perfecto. Me quedaré con Kitty mientras tanto, ya sabes que la adoro.

Casey frunció el ceño, intrigada.

—¿Kitty? ¿Una mujer, una planta, un arma camuflada…? —preguntó en broma.

Jenny soltó otra risa y señaló la puerta de Dimitri.

—Su gata. Vas a conocerla. Y te aviso, si no le gustas, estás perdida.

—Genial, ya tengo a la suegra ganada… solo me falta la gata —murmuró Casey, divertida.

Seducción en terreno enemigo

La puerta de la casa de Dimitri se cerró tras ellos y, al instante, un pequeño torbellino de pelo blanco apareció trotando por el pasillo. La gata, de ojos azules intensos y pelaje esponjoso, se acercó directamente a Casey, ronroneando y restregándose contra sus piernas.

Casey se agachó y la acarició, encantada.

—Bueno, bueno… Al menos alguien en esta casa me recibe con entusiasmo —bromeó, mientras Kitty ronroneaba, exigiendo caricias —. ¿Quién es la más bonita? Tú, seguro que tú…

Dimitri las observó desde el umbral, con los brazos cruzados y esa expresión de falso desinterés que ya no engañaba a Casey.

—Le caes bien. No suele hacerlo con los desconocidos — comentó, lacónico.

—Me lo imaginaba. Los seres inteligentes y sofisticados me adoran. —Le lanzó una mirada cargada de intención, antes de levantarse y sacudirse las manos—. ¿Me enseñas tu guarida, Volkov?

Dimitri asintió y le mostró la casa. Un salón amplio, de líneas sobrias, tonos grises y madera oscura; cocina moderna y minimalista; dos dormitorios y un despacho donde predominaban los mapas, las armas y el orden militar.

—Definitivamente, falta algo femenino aquí… —comentó Casey, recorriendo con los dedos el respaldo del sofá—. Pero tranquila, Kitty, ya he llegado para equilibrarlo.

La gata, en la alfombra, maulló como si le diera la razón.

Terminaron en la cocina, donde Dimitri preparó dos cafés. Casey se apoyó en la encimera, observándolo, y sus ojos azules brillaron con malicia.

—¿Sabes? Me gusta esta casa… Es discreta, tiene piscina, una gata adorable… y un dueño terriblemente atractivo al que le encanta hacerse el frío —susurró, avanzando lentamente hacia él.

Dimitri la miró de reojo, pero su expresión empezó a resquebrajarse.

Casey se pegó a él, y rodeó su cuello con los brazos, pegando su cuerpo al suyo.

—¿Crees que la encimera aguantará lo que quiero hacer contigo? —susurró contra su oído, mientras sus labios rozaban la piel de su cuello.

Dimitri soltó un leve gruñido, y su mano se apoyó en la cintura de ella.

—Lo comprobaremos —respondió, con esa voz grave que le recorría la piel como una descarga.

Casey sonrió, sabiendo que estaban en su territorio, pero que también lo tenía completamente a su merced.

Dimitri se acercó hasta ella y la abrazó por la cintura. Casey quería disfrutar de forma pausada con él, pero muy pronto supo que le iba a resultar difícil. Aquel ruso tenía algo que la excitaba demasiado.

Dimitri notó sus labios. Eran húmedos, tiernos y sensuales. Sintió su lengua jugando con los suyos, y sus manos, cruzadas sobre

su nuca, que ejercían presión, acercándolos, fundiendo aún más sus bocas. Mientras se besaban con pasión, su sexo comenzó a crecer.

La excitación de Casey aumentó de forma exponencial. Notaba la presión del pene sobre su ya húmeda vulva, y que, duro como una piedra, palpitaba sobre su botón. Cada vez que él lo tensaba en el interior de su pantalón, le arrancaba pequeños espasmos. Gimió.

Sus lenguas danzaban juntas al compás de la música que sus gemidos iban pautando, como si siempre hubieran estado armonizando aquel maravilloso ritual de caricias y sensualidad.

Él dejó caer su pantalón, y Casey se levantó la falda. El sexo de él, en completa erección, presionó en el mismo centro de la entrepierna de ella. Cuando Dimitri tensó los músculos, de una forma rítmica, involuntaria, Casey lo sintió palpitar sobre él. Aquel roce, justo en su botón, la estaba volviendo loca. Ni siquiera la había penetrado y ya estaba a punto de correrse. Sabía que no tardaría demasiado en empezar a gritar de placer.

Dimitri necesitaba penetrarla, hacerla suya. Cogió una de sus piernas y la levantó, dejándola expuesta a lo que iba a pasar. Ella apartó su ropa interior, y, al momento, de un solo golpe, entró con fuerza dentro de ella. Casey tiró la cabeza hacia atrás, apartó su boca de la suya y soltó un grito. Sus caderas adquirieron vida propia, impulsando su pelvis contra él, y unos segundos después, se corrió en un orgasmo largo, intenso, liberador.

Se dio cuenta de que Dimitri había permanecido quieto dentro de ella, mirándola acabar, dejándola desfogarse entre espasmos. Y entonces, cuando Casey apenas había recuperado el resuello, sintió

que él la levantaba del suelo y la sentaba sobre la encimera de la cocina.

Empezó a entrar y salir de ella, con creciente vigor, con ímpetu, con energía, llenándola. Se abrazó con fuerza a él y respondió a sus embestidas.

Miró en dirección a su sexo y observó a aquel maravilloso émbolo penetrándola, llenándola en su totalidad. Abrió más sus piernas, que Dimitri sujetó con los dos brazos, se apoyó sobre la encimera, con los suyos extendidos, y lo miró a la cara.

Dimitri estaba desatado. Casey le excitaba mucho, demasiado. Cruzó su mirada con la de ella, y sus preciosos ojos azules estaban clavados en los de él. Abría la boca, gimiendo, intentando coger aire.

Casey no podía dejar de mirarlo. Era tan guapo como un Dios, tan vigoroso como el mejor de los atletas y más fogoso que nadie que hubiera conocido. Le vio fruncir el ceño, y notó que aumentaba la cadencia de sus embestidas. Ella ya no podría aguantar mucho, iba a explotar ya… Le venía ya…

Justo en el momento en que se iba a correr, lo vio hacer un gesto y escuchó un grito… Y Casey, también gritó.

* * *

Aunque seguían abrazados y ensamblados, respirando de forma agitada, ninguno hizo el ademán de separarse.

—¡Dios bendito, cielo! Me ha encantado esta primera vez en tu casa —le susurró Casey al oído, balbuceando—. Ha sido muy

excitante.

—Pienso lo mismo, Casey.

Casey soltó una carcajada, sintiéndose vencedora.

—Necesito limpiarme, Dimitri. Estoy llena de mis fluidos y de los tuyos —comentó mimosa—. Cuando nos separemos, vamos a dejar el suelo…

—No lo hagamos, Casey: vivamos siempre así —le dijo él riendo

Ella soltó otra carcajada.

—Eres un mentiroso. Dentro de un par de años te cansarías de mí y me abandonarías.

—Nunca podría cansarme de ti.

Casey lo miró con devoción, sabiendo que lo que sentía por él era algo totalmente desconocido.

El umbral del juicio

Mientras Dimitri colocaba una bolsa en el maletero, Casey se ajustó el vestido corto. Jenny, en el porche de su casa, los observaba con una sonrisa radiante y la gata Kitty en brazos.

—De verdad, Casey, ha sido un placer conocerte. Y no te preocupes por esta señorita —dijo, acariciando la barbilla de la gata —. Estará mimada a más no poder.

—Estoy segura. —Casey se acercó y la abrazó con sinceridad—. Me ha encantado conocerte, Jenny. Tienes un corazón enorme. No es casualidad que Kitty y Dimitri te quieran tanto.

La mujer se sonrojó un poco y le guiñó un ojo.

—Tú le haces bien, cariño. No lo sueltes. Aunque a veces parezca una estatua, tiene alma de héroe.

Dimitri carraspeó, incómodo.

—Nos vemos pronto, Jenny.

Jenny le acarició el brazo, como una madre a su hijo mayor, y asintió con calidez.

—Cuídala, Dimitri.

El viaje de regreso fue tranquilo. Casey iba con la cabeza apoyada en la ventanilla, sonriendo como una idiota. Se sentía feliz, enamorada. Con el deseo saciado, la piel aún sensible, y el corazón en otra galaxia.

«No quiero que se acabe este día. No quiero volver al mundo real…».

Cuando el coche cruzó las verjas de la mansión Morgan, Casey enderezó el cuerpo. La fachada blanca y majestuosa de la casa apareció entre los árboles, imponente y elegante como siempre. Pero al ver que su padre los esperaba en el pórtico, el pecho se le encogió.

William Morgan estaba impecable en su traje azul marino, con las manos a la espalda y la expresión controlada. Sus ojos, azules e intensos, la buscaron de inmediato… y se iluminaron.

Casey salió del coche corriendo y se lanzó a sus brazos.

—¡Papá!

—Mi niña… —la abrazó con fuerza, cerrando los ojos un segundo—. Por fin en casa.

El abrazo fue largo, cálido, lleno de ternura, pero cuando Dimitri cerró la puerta del coche y se acercó, el aire cambió.

William le dedicó una leve inclinación de cabeza. Cordial. Educado, pero distante.

—Señor Volkov.

—Señor Morgan —respondió Dimitri, con su tono neutro, clavando la mirada sin vacilar.

Victoria apareció en el vestíbulo y abrazó a su hija, y Casey, ajena a los nervios, decidió no esperar más.

—Papá, quiero que lo sepas cuanto antes. He encontrado al amor de mi vida —dijo, abrazando el brazo de Dimitri—. Y es él.

El silencio se mantuvo durante unos segundos.

William la observó. Su mirada viajó de los ojos brillantes de su hija a la expresión inmutable del hombre que la acompañaba. Asintió despacio, y luego, sin apartar la vista de Dimitri, habló.

—Me alegro por ti, Casey. Tu felicidad es lo primero. —Y entonces, con un tono que no admitía discusión—. Dimitri, ¿podríamos hablar un momento? A solas.

Casey abrió la boca, pero William ya se había girado hacia su despacho.

Dimitri solo la miró un instante, le acarició brevemente la mano con el pulgar… y lo siguió.

La puerta del despacho se cerró con un clic seco.

Casey se quedó congelada en el recibidor.

—¿Y si lo echa a patadas? ¿Y si le dice que no es suficiente? ¿Y si le habla de contratos de confidencialidad, del escándalo, de la seguridad?».

Victoria la rodeó con un brazo y la condujo hacia el salón.

—Tranquila, cielo. Tu padre no muerde. Bueno… solo un poco, si hace falta.

Casey soltó una risita nerviosa, pero sus ojos seguían clavados en el pasillo.

—Estoy más nerviosa que cuando defendí mi primer caso de oratoria en Harvard —murmuró.

—¿Quieres un té?

—Quiero una bola de cristal. Y un cuchillo, por si tengo que atrincherarme en el despacho.

—Te diré algo, Casey —dijo su madre, sentándose a su lado en el sofá—. Si ese hombre ha logrado arrancarte esa sonrisa… ya ha hecho más que nadie en muchos años. Eso tu padre lo verá.

Casey inspiró hondo, y en su interior una certeza se impuso, firme como una roca:

«No importa lo que pase tras esa puerta. Yo no pienso dejarlo ir».

El despacho del padre

Cuando la puerta del despacho se cerró, Dimitri se detuvo a medio metro del escritorio, con las manos relajadas y el rostro imperturbable.

William caminó hasta la botella de Glenfiddich de 18 años que reposaba en la vitrina de madera, sirvió dos dedos en un vaso ancho y le ofreció otro a Dimitri.

—¿Whisky?

—No, gracias.

William asintió y se lo llevó a los labios. Caminó hacia el escritorio, se sentó y cruzó las piernas. Le pidió a él que se sentara. Durante unos segundos, solo el tic-tac del reloj de pared rompía el silencio. El despacho olía a cuero, madera encerada y autoridad.

—Mi hija dice que te ama —dijo finalmente, con voz suave pero firme.

Dimitri sostuvo su mirada.

—Y yo a ella.

William lo observó unos segundos más, como si pesara cada palabra que iba a decir.

—Es una afirmación poderosa, Dimitri. Demasiado poderosa como para aceptarla sin más, viniendo de un hombre del que no sé prácticamente nada. —Le dio un sorbo al whisky—. ¿Quién eres? ¿Qué clase de vida llevas? ¿Qué puedes ofrecerle a una mujer como mi hija?

Dimitri no parpadeó.

—No tengo un apellido que impresione, señor Morgan. Ni una empresa que figure en Forbes. Mi vida ha sido discreta, sacrificada. Pero lo que puedo ofrecerle a su hija no tiene nada que ver con fortuna, ni con títulos. Tiene que ver con protegerla, respetarla y amarla sin condiciones. Y eso… lo tengo muy claro.

William apoyó el vaso con un leve chasquido sobre el escritorio.

—Tu historial es… singular. Te entrenaron en las fuerzas especiales, has trabajado en seguridad privada, has vivido en distintos países bajo distintos nombres. ¿Por qué aceptaste un trabajo como guardaespaldas personal de Casey?

—Porque me lo ofrecieron —respondió Dimitri, sin titubeos—. Y porque, cuando la conocí, supe que no sería un encargo más. Desde el primer momento, supe que era distinta.

William entrecerró los ojos. No era fácil leer a ese hombre, y le irritaba no poder hacerlo con claridad.

—¿Distinta cómo?

Dimitri bajó un poco la voz, con un tono grave, casi íntimo.

—Inteligente. Brillante. Impredecible. Bella. Con más fuego del que he visto jamás en alguien. Y sin miedo a desafiarme, incluso cuando yo me escondía detrás de mi armadura. Me desarmó sin tocarme.

William se quedó en silencio unos segundos más. Luego dejó escapar una mínima sonrisa, aunque cargada de ironía.

—Mi hija tiene ese efecto. Siempre lo ha tenido. Solo que… no todos los hombres están a la altura de ese fuego.

—Yo no pretendo apagarlo, señor Morgan. Solo cuidarlo. Y arder con ella, si hace falta.

Hubo un leve silencio tras sus palabras. William se puso de pie. Caminó hacia la ventana y se quedó allí, con la espalda recta y los hombros ligeramente tensos.

—Tengo enemigos, Dimitri. Y poder. Lo suficiente como para atraer peligro. Hasta ahora, y durante toda su vida, Casey ha vivido en una burbuja.

—Lo sé —respondió él con calma—. Y por eso sigo aquí. No permitiré que nadie le haga daño. Y si en algún momento yo mismo soy ese daño, me alejaré sin que ella tenga que pedírmelo.

William giró la cabeza, despacio. Lo miró con una expresión inescrutable, pero sus ojos ya no eran hostiles.

—Eres un hombre difícil de intimidar.

—Y usted un padre difícil de impresionar.

Se hizo una pausa, y entonces hizo ese gesto que todo padre guarda como as bajo la manga: William estiró la mano hacia él, y Dimitri la estrechó sin dudar.

—No confío en ti todavía —dijo el padre, con voz firme—. Pero tampoco desconfío. Estás en observación, señor Volkov.

—Estoy acostumbrado —replicó Dimitri, con una leve curva en la comisura de los labios.

William le sostuvo la mirada un segundo más… y luego se giró hacia la puerta.

—Ven. Mi hija se va a quedar sin uñas si no sales de aquí en los próximos treinta segundos.

Dimitri no sonrió. Pero sus ojos brillaron levemente al girarse hacia la salida.



Capítulo 12

En su abrazo

La puerta del despacho se abrió despacio. Casey se levantó de un salto del sofá, olvidando el té que su madre le había servido. Tenía el ceño fruncido, el labio inferior ligeramente mordido y los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Y bien? —preguntó sin rodeos, caminando hacia él.

Dimitri cerró la puerta a su espalda. Sus ojos se encontraron, y ella notó algo distinto en los suyos. No era inquietud. Tampoco era alivio. Era… calma. Y eso la desconcertó aún más.

—¿Ha sido terrible? ¿Ha intentado sobornarte para que me dejes? ¿Te ha enseñado su colección de rifles?

Él sonrió por primera vez desde que entró.

—Nada de eso. Solo ha sido… una conversación entre hombres.

Ella alzó una ceja.

—Ya. Eso suena muy siglo XX. ¿Qué significa exactamente?

Dimitri dio dos pasos más, hasta tenerla justo delante. No dijo nada, simplemente le rozó la mejilla con los nudillos y luego le acarició la mandíbula con la punta del pulgar.

—Significa que sigue siendo tu padre. Pero no me odia. Y eso… ya es bastante.

Casey entrecerró los ojos y se cruzó de brazos otra vez.

—¿Te ha amenazado? ¿Te ha dicho que tiene una lista negra con todos mis ex?

—No hay lista. Solo se preocupa por ti —susurró él, inclinándose un poco hacia ella.

Ella tragó saliva. Notó un nudo ascenderle por la garganta. Inesperado y dulce.

—¿Entonces…? —preguntó en voz baja.

—Me ha dado una oportunidad. Me ha dicho que estoy bajo vigilancia, y lo ha hecho con el ceño fruncido y muy serio.

Ella le rodeó por la cintura, sin pensarlo. Apoyó la cabeza contra su pecho. El latido de Dimitri era fuerte. Como él.

—Ya estoy más tranquila —susurró contra su camisa—. Aunque, si llega a echarte, me iba con la maleta y con la gata.

Dimitri soltó una cálida risa. Le alzó la barbilla con dos dedos.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Ahora sí. Aunque he estado a punto de irrumpir en el despacho con una katana. —Sonrió—. Muy Kill Bill, ¿no crees?

—Muy tú.

La besó en la frente con suavidad, y luego bajó los labios hacia los suyos. Fue un beso lento, profundo, que no buscaba excitar… solo sellar y confirmar.

Al separarse, ella murmuró con una media sonrisa:

—¿Crees que deberíamos llevarle flores a tu gata cuando volvamos?

—Kitty no quiere flores. Quiere salmón.

—La adoro.

—Y ella a ti. Me arañará si no te ve pronto.

Casey apoyó de nuevo la frente en su pecho y cerró los ojos.

«Lo amo. Con todo lo que soy. Con todo lo que siento».

Fue la primera vez que no tuvo miedo de pensarlo. Ni de decirlo.

—Dimitri…

—Dime.

—Gracias por no salir corriendo. Por quedarte. Por todo.

Él la apretó un poco más contra sí.

—No pienso irme a ningún sitio, Casey. Nunca sin ti.

Un lugar en la mesa

La mesa estaba servida con el esmero propio de la familia Morgan. Platos de porcelana blanca, copas relucientes, servilletas de lino y un centro floral muy elegante. El comedor de la mansión rezumaba calidez, aunque el corazón de Dimitri latía con la misma tensión que en una sala de interrogatorios.

Casey, sentada a su lado, se inclinó ligeramente y susurró.

—No estás en una embajada enemiga, cariño. Solo es una cena.

Él la miró de reojo. Su mirada era dura, como siempre, pero se ablandó un poco al verla tan risueña, con ese brillo travieso que tanto le gustaba. Estaba preciosa con su vestido verde musgo, que le sentaba como un guante, y esa sonrisa que convertía en hogar cualquier lugar al que entrara.

—A mí me parece territorio hostil —respondió él con voz baja y seca.

—Pues ten cuidado. Si haces algo mal, mi madre dispara con tenedor —dijo, mientras le guiñaba un ojo.

Victoria apareció justo en ese momento, radiante, con una copa en la mano.

—Bueno, bueno… ¿Todos listos?

William estaba sentado a un lado de la mesa. Victoria se colocó junto a él, y frente a ellos lo hizo la pareja. El padre de Casey dedicó una mirada serena, aunque algo analítica, al hombre que ahora se sentaba a su mesa.

—Gracias por cenar con nosotros, Dimitri —dijo William, con tono neutro pero correcto.

—Gracias por invitarme, señor Foster.

Casey soltó un suspiro exagerado.

—Papá, mamá, ¿podemos dejar de parecer una cumbre diplomática? Dimitri ya forma parte de mi vida. Y eso incluye cenas, cafés, cumpleaños y, con suerte, árboles de Navidad.

Victoria sonrió, encantada, y William disimuló una pequeña mueca.

—Está bien, hija. Solo estamos… adaptándonos.

—Pues adaptaros más rápido. Me gusta verle sentado a mi lado, aunque parece que esté esposado a la silla —dijo, dándole un codazo a Dimitri.

La madre soltó una carcajada.

—¡Pues habrá que soltarle un poco! —bromeó, sirviendo vino —. Dimitri, ¿puedo tutearte?

Él asintió.

—Por supuesto, señora Foster.

—Victoria, por favor.

Casey intervino en ese instante.

—Necesito que nos tuteemos, y eso incluye a todo el mundo. —Miró a su padre—. ¿Papá…?

Este asintió con la cabeza, dando su conformidad.

Durante la cena, el ambiente se fue suavizando. Casey lideraba la conversación, con su mezcla perfecta de sarcasmo y ternura.

Habló de la isla, de Jenny y la gata, de la piscina y de lo bien que nadaba Dimitri. Les comentó que siempre parecía que estaba huyendo de sus emociones. Todos rieron con el comentario, excepto él, que curvó una ceja… y luego mostró una leve sonrisa.

«Esa sonrisa vale más que todo un discurso», pensó Casey, observándolo con el corazón desbordado.

Fue entonces cuando William, más relajado, se sirvió un poco más de vino y preguntó:

—Dimitri… ¿Y tu familia? ¿Siguen en Rusia?

El silencio se hizo durante un segundo.

Dimitri dejó el tenedor con cuidado, sin mirar a Casey.

—No me queda familia cercana. Mis padres fallecieron hace años. Y mi hermano… murió en Siria. En 2015. Estábamos juntos en una operación militar. Era el único que me quedaba.

Victoria bajó la mirada con respeto. William asintió lentamente.

—Lo siento mucho. Debió de ser duro.

—Lo fue.

Casey le puso una mano en el muslo, bajo la mesa. Apretó con suavidad. Él no se movió, pero el gesto fue suficiente.

—Siempre has tenido un don para decir poco… y decirlo todo —murmuró ella, lo justo para que solo él la oyera.

Dimitri la miró. Sus ojos azules, por primera vez, estaban tranquilos.

—Y tú para llenar el silencio de cosas bonitas.

La cena continuó entre anécdotas, recuerdos de infancia que Casey contaba como si fueran capítulos de una novela cómica, y algún que otro comentario de Victoria sobre lo mucho que le gustaban «los hombres que saben escuchar más que hablar».

Cuando terminó la velada, William se levantó y dijo con tono firme pero sincero:

—Gracias por acompañarnos, Dimitri. Este ya es tu lugar.

—Gracias por aceptarme —respondió, levantándose—. Tal vez no sepa transmitirlo, pero me hace muy feliz.

No hubo abrazos, ni palmaditas en la espalda, pero Casey supo que todo había cambiado. Una barrera se había roto.

Esa noche, mientras subían la escalera hacia su habitación, ella le susurró:

—Mi padre no es de dar la bienvenida con champán. Pero si te deja entrar, no te deja salir fácilmente.

Dimitri la rodeó por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Entonces tendré que quedarme mucho tiempo. Para no darle disgustos.

Ella sonrió.

—Y porque me amas, idiota.

—Eso también.

Dormir contigo

La casa estaba en silencio cuando subieron las escaleras. Casey se detuvo un momento frente a su habitación, miró la puerta… y después giró sobre los talones y caminó con paso firme hacia la de él.

Dimitri acababa de entrar en la suya. Se había quitado la americana y desabrochado los primeros botones de la camisa. Al oír el golpecito leve en la puerta, supo que era ella. No necesitaba verla para reconocer su presencia.

Abrió.

—Casey…

Ella no esperó invitación. Se coló dentro con la misma determinación con la que se colaba en su alma desde que la conoció.

—No pienso dormir sola esta noche.

Él cerró la puerta y la observó con atención. El pelo lo tenía suelto, ligeramente alborotado, y la cara le brillaba de esa felicidad que no se puede fingir.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó él, sin demasiada convicción.

—No quiero sexo, Dimitri.

Sus palabras le sorprendieron. Ella lo miró, con una seriedad dulce, y añadió:

—Quiero lo que teníamos en la suite de las Bahamas. Quiero meterme bajo las sábanas contigo, acurrucarme a tu lado, y

quedarme dormida con tu respiración pegada a mi espalda. Quiero despertar contigo. Mirarte sin prisas. Besarte sin que importe la hora.

Él respiró hondo, sintiendo cómo su corazón se aceleraba en el pecho.

—Casey…

—¿Sabes lo que he sentido esta noche? —interrumpió ella, avanzando hacia él y tomando sus manos—. He sentido que, por fin, puedo sacar fuera este amor que me explota por dentro. No tenemos que escondernos —dijo feliz—. Mi madre te mira con cariño, y mi padre, con toda su rigidez, no te ha cerrado la puerta. Y, aunque no me lo digas, sé que tú también me estás empezando a querer. No quiero que estemos separados.

Dimitri bajó la cabeza. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, la abrazó. Sin urgencia. Con esa clase de abrazo que es casa, refugio y promesa.

—Yo también te quiero —murmuró en su oído.

Ella sonrió contra su pecho.

—¿Y lo de despertarte conmigo? ¿También lo quieres?

—Más que dormir.

Se metieron juntos bajo las sábanas. Casey apoyó su cabeza sobre el pecho de él, mientras Dimitri la rodeaba con un brazo. Con la otra mano, le acariciaba el pelo con movimientos lentos, casi reverenciales.

—¿Te das cuenta de lo que nos está pasando? —susurró ella.

—Sí.

—Estamos enamorados como dos críos —comentó Casey mientras se reía—. Y me encanta.

Dimitri no dijo nada. Solo la abrazó más fuerte.

«Sí, lo estamos», pensó. «Y no cambiaría este momento por nada».

Casey se removió un poco, lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Tú también lo sientes así?

—Como si fueras mi lugar en el mundo —contestó él, sin titubear.

Ella sonrió.

—¿Y sabes qué? Me da igual si roncas, o si me quitas la sábana por la noche. Me da igual si mañana estás serio, como siempre. Mientras me mires así al despertar, voy a saber que todo está bien.

Dimitri le rozó los labios con los suyos. Fue un beso suave. Íntimo. De esos que se dan con el alma más que con la boca.

—Prometo mirarte así. Todas las mañanas.

—Perfecto. Entonces quédate conmigo. Esta noche… y todas las que vengan.

Y de esta forma, entre caricias, respiraciones sincronizadas y promesas sin palabras, se quedaron dormidos. Uno envuelto en el otro. Dos cuerpos que se entendían. Dos corazones que ya no sabían vivir separados.

Esa noche, no hubo sexo. Solo amor en su forma más pura. Más plena y real.

«Y pensar que eras solo mi guardaespaldas…»

Los días posteriores a su regreso de las Bahamas fueron una mezcla perfecta de realidad y ensueño. Paseos de la mano por las calles de Westchester, desayunos largos en la mesa del salón, cenas en silencio mirando series con subtítulos, y esa inexplicable e intensa sensación de estar justo donde debían estar.

Casey era muy feliz con él. Lo comprendió una mañana cualquiera, mientras se duchaba en su antigua habitación y pensaba en que la taza de café sabía mejor en la cocina de Dimitri. O en cómo se dormía más rápido con su respiración tranquila al otro lado de la cama. O cuando Kitty maullaba si no la veía entrar por la puerta al anochecer.

Dimitri se había ido el día anterior a su casa, y se sentía demasiado sola. A mitad de tarde tomó una decisión. No dijo nada, no hizo planes. Simplemente… llegó.

Apareció en el porche de Dimitri con una maleta roja, unas gafas de sol y esa sonrisa suya, tan descarada como adorable.

—He decidido que tu casa es más bonita si yo estoy dentro.

Dimitri, que estaba regando las plantas del jardín, alzó la mirada. Durante un segundo no dijo nada, solo la contempló. Ella era la chica imposible, la clienta convertida en terremoto vital, la que había descolocado cada uno de sus protocolos. Sonrió.

—Nunca me atrevería a contradecirte.

* * *

La noche era cálida, y el jardín de Dimitri estaba iluminado con guirnaldas de luz que colgaban entre los árboles como estrellas. Casey, con un vestido blanco, caminaba descalza sobre el césped. Tenía la copa de vino en una mano y una sonrisa que no había dejado de brillar desde que bajó del coche.

Jenny había venido un rato antes a dejar a Kitty, que paseaba con su andar elegante por los maceteros. La vecina se había despedido con un abrazo, deseándoles lo mejor.

Cuando Casey entró y se le colgó por la espalda, como una niña traviesa, Dimitri estaba en la cocina, terminando de preparar el postre.

—¿Qué haces, chef particular?—murmuró junto a su oído.

—Intento no quemar la salsa de frambuesa —respondió sin moverse, pero con una sonrisa apenas contenida.

—Pues deberías saber que tienes algo mucho más dulce, porque estoy aquí, pegada a ti.

Dimitri se giró, la miró en silencio y le acarició la mejilla. Había paz en sus ojos. Y algo más: un brillo dulce, vulnerable, que Casey solo había intuido antes.

Cenaron en la mesa exterior, con velas encendidas y las luces meciéndose por el viento. El silencio entre ambos ya no era incómodo; era cómplice.

Cuando terminaron, Dimitri se levantó y desapareció unos segundos dentro de la casa. Volvió con algo en la mano. Casey lo observó, entre divertida y curiosa.

—¡Vaya, no me digas que también haces magia!

—No. Es algo más simple.

Abrió la mano y en la palma había una llave.

—Es tu llave de esta casa.

Casey parpadeó y su cara se iluminó con una sonrisa.

«¡Dios! Es en serio. No es un sueño».

—Dimitri…

—No te estoy pidiendo que te mudes. Ni que dejes nada. Solo que sepas que este es tu hogar, si algún día quieres que lo sea. Que no hace falta que pidas permiso. Ni que llores si un día te vas.

Ella lo miró fijamente. Y luego, en lugar de hablar, se levantó y le rodeó el cuello con los brazos.

—Estás jodidamente loco, Dimitri.

—Lo estoy.

—Y yo estoy jodidamente enamorada de ti.

Él la abrazó con fuerza. Kitty se enroscó junto a la silla y cerró los ojos.

En el fondo del jardín, una estrella fugaz cruzó el cielo. Dimitri no la vio. Casey tampoco. Ya se habían encontrado el uno al otro. Y eso, para ellos, ya era milagro suficiente.

Esa noche durmieron como si siempre hubieran dormido juntos. Sin grandes discursos. Sin preguntas. Como si el mundo entero hubiera cambiado su eje para permitirles coincidir.

* * *

Dimitri, con el pelo aún húmedo por la ducha, llevaba una camiseta gris de algodón. Casey, con una de sus camisas blancas, que le llegaba por los muslos, removía el café mientras Kitty se acomodaba descaradamente sobre la mesa, exigiendo atención como si fuera la reina del lugar.

—Te he dicho mil veces que no está permitido subirse a la mesa —murmuró él.

—Y te he dicho, otras mil, que Kitty no responde a tus amenazas —respondió Casey, lanzándole un guiño.

Dimitri se acercó por detrás, la rodeó con los brazos y la besó en el cuello. Ella cerró los ojos un instante. La felicidad era eso. Café, gata, caricias, y un hombre que ya no necesitaba armadura.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó él.

—Nada importante —dijo ella, girándose hacia él con una sonrisa traviesa—. Pero podemos empezar por terminar el desayuno… y luego volvemos a la cama.

Kitty maulló, como si diera su bendición.

Casey se rio y cogió su taza. Caminó descalza por el suelo de madera pulida hasta detenerse justo en el umbral de la puerta, donde la luz entraba cálida. Se giró, lo miró, y con esa chispa suya, soltó la frase con la que se cerraba toda su historia.

—Y pensar que solo eras mi guardaespaldas…

Dimitri la miró en silencio, con los ojos cargados de todo lo que nunca supo decir con palabras.

Y así terminó todo. O mejor dicho…

Así empezó el resto de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Has llegado hasta el final de esta historia, y no puedo expresar con palabras lo mucho que eso significa para mí. Cada página que has leído, las emociones que se han despertado en ti, y cada minuto que le has dedicado a este libro, han sido el mejor regalo que podías hacerme.

Gracias por dar vida a estas palabras con tu imaginación y tu corazón.

Es un privilegio haber compartido este viaje. Si he podido arrancarte una sonrisa, una lágrima, o hacerte reflexionar, todo el esfuerzo habrá valido la pena. Porque tú, lector o lectora, eres el alma de este relato.

Espero de corazón que esta historia te haya acompañado, tocado el alma y dejado un bonito recuerdo. Ojalá estés ahí, esperándome para la próxima aventura.

Gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.

Con todo mi cariño,

Melanie Wade